

Narrativas del antifútbol

El quiebre de una hegemonía

Trabajo Integrador Final de Producción

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata



**FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACION SOCIAL**

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Autor: Fausto Giorgis

Directora: Dra. Rossana Viñas

Co-director: Dr. Cristian Secul Giusti

Asesor: Lic. Andrés López

Primera edición no comercial en español, 2017, Argentina

Autor:

Fausto Giorgis

Arte de tapa y diseño editorial:

DCV-UNLP Mariano Zaffiro

Impresión:



Entrecuillas Impresores

Calle 6 esq. 42 n° 502/506

La Plata, Buenos Aires, Argentina 2017

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Agradecimientos

A mi familia y a quienes me abrieron las puertas años después,
por el imprescindible acompañamiento cotidiano.

A Verónica,
por su amor infinito y el empuje constante.

A mis amigos,
por la alegría compartida.

A mis directores,
por el tiempo dedicado.

Al Club Estudiantes de La Plata,
por ser parte de mi identidad.

A la Facultad de Periodismo y Comunicación Social,
por haberme formado como profesional y como sujeto político.

A la Educación Pública.

Índice

Prólogo	11
1- ¿Por qué antifútbol?	15
2- Implicancias de la modernización	25
3- La irrupción del equipo simpático.....	39
4- Vericuetos	49
5- Civilización vs Barbarie	63
6- Falsas antinomias	79
7- ¿La página negra?	91
8- El canto del cisne	109
9- Nuevo paradigma	121
Bibliografía	139

Prólogo

Quienes nos aventuramos a indagar en el campo de las ciencias sociales, de ante mano sabemos que estamos frente a un océano de problemáticas, complejidades, tensiones y contradicciones que componen el frondoso entramado de lo social. Realizar un recorte y definir qué queremos analizar de ese vasto mundo, quizás sea el paso más difícil de dar en el desarrollo de una investigación.

Sin embargo, existen ciertas trayectorias, subjetividades y experiencias previas que acaban por delimitar de alguna manera el horizonte de posibilidades. También operan condiciones contextuales y estructurales que organizan el mundo de lo pensable y de lo decible en un tiempo y sociedad determinados. De manera que *Narrativas del antifútbol, el quiebre de una hegemonía* surge como resultado de la conjugación de los factores anteriormente mencionados.

Al revisar las motivaciones que me llevaron a escribir este trabajo, no puedo obviar mi experiencia como becario en 2014 y 2015 del programa de Becas de Estímulo a la Vocación Científica (EVC) promovido por el Consejo Interuniversitario Nacional (CIN). Durante el primer año elaboré un proyecto de

investigación denominado “La construcción de la información deportiva en dos medios digitales de la ciudad de La Plata”, que me introdujo, en primera instancia, en el mundo de la investigación social. Durante este recorrido me familiaricé con todas aquellas pautas, etapas y estructuras formales que conlleva el campo de la investigación: desde armar un marco teórico y metodológico hasta presentar ponencias en jornadas y congresos. Pero también me sumergió en el microclima que me ofrecía la Facultad de Periodismo y Comunicación Social: el trabajo colectivo al interior del CILE -el Centro de Investigación en Lectura y Escritura que me cobijó durante dos años-, las charlas constantes con mis directores, junto con los aprendizajes fortuitos de los intercambios con amigos becarios y tesistas.

En segunda instancia, me abrió las puertas al campo de la investigación en Comunicación y Deporte, sobre el cual la facultad venía impulsando ciertas políticas destinadas a promover su desarrollo como la creación de la Tecnicatura Superior en Periodismo Deportivo, la realización de cinco congresos de periodismo deportivo, la institucionalización del Programa de Investigación/Extensión en Comunicación y Deporte, entre otras. Los estudios sociales sobre el deporte son un campo de investigación relativamente reciente, ya que han cobrado impulso en las últimas tres décadas, pero aún cuentan con escasos trabajos abordados desde la perspectiva de la comunicación social. De allí el interés de la facultad por convertirse en una institución protagónica en este sentido, al aportar conocimiento desde la universidad pública.

Al analizar el deporte desde una perspectiva comunicacional, me interesaba indagar en los discursos que circulan en torno al deporte en general y al fútbol en particular. Detenerme en las narrativas periodísticas suponía un excelente ejercicio para observar y entender cómo se selecciona, se construye, se jerarquiza y se (in)visibiliza la información deportiva. Esta perspectiva me permitía explorar qué represen-

taciones e imaginarios se construyeron sobre lo deportivo, en especial sobre el fútbol.

De manera que durante mi segundo año como becario, al reformular mi plan de investigación, no abandoné este marco, pero sí lo asocié a una de mis pasiones: el Club Estudiantes de La Plata. En esta segunda investigación titulada “Estudio de la narrativa de la revista *El Gráfico* entre los años 1967 y 1970 tomando como caso la cobertura periodística de las campañas del equipo de fútbol del Club de Estudiantes de La Plata”, me acerqué definitivamente al tema del presente Trabajo Integrador Final. De hecho, ambos procesos fueron simultáneos ya que los aportes resultantes de la beca acabaron por nutrir gran parte de este trabajo.

Gracias a mi experiencia como becario terminé de darle forma a la idea madre del libro que consiste en explorar y analizar discursivamente cómo fueron narradas por la revista *El Gráfico* y el diario *El Día* las campañas del Club Estudiantes de La Plata entre 1967 y 1970, en el marco del quiebre de la hegemonía de los llamados clubes “grandes” y la modernización del fútbol argentino. En este caso, a la propuesta presentada en mi segundo año como becario, le agregué un nuevo medio: el diario *El Día* y una pregunta que atraviesa todo el trabajo: por qué un equipo de las características de aquel Estudiantes de Zubeldía, que había conquistado su primer torneo local, tres Copas Libertadores de forma consecutiva, una Copa Interamericana y que había sido Campeón del Mundo en Inglaterra, había sido asociado a la categoría de “antifútbol”.

Esta inquietud surgió al preguntarme cómo este concepto originario de las gestas de aquel Estudiantes de fines de los años 60 había marcado a fuego la historia del club, incluso acabando por conformar parte de la identidad del mismo. De antemano contaba con dos elementos contextuales significativos de aquella década: por un lado, que Estudiantes había sido el primer equipo de los denominados “chicos” en coro-

narse campeón del fútbol argentino, y por otro, que lo había logrado a través de un estilo de juego “moderno” y contrario al estilo que históricamente se había asociado a los equipos de estas latitudes.

Más allá de las premisas anteriormente expuestas, existía algo de ese Estudiantes que incomodaba a cierto sector de la prensa deportiva, por lo que fue demonizado frente a la opinión pública para generar consenso y legitimidad sobre la mirada reprobatoria que se tenía sobre el conjunto de Zubeldía. El folclore futbolero se había encargado de reproducir el mito de que los jugadores utilizaban alfileres –entre otras artimañas-, para agredir y distraer a los rivales. Sin embargo, debía existir una explicación más seria sobre la condena que había recibido aquel equipo. Este libro, justamente, pretende encontrar una interpretación más rigurosa sobre los acontecimientos que marcaron al Estudiantes multicampeón. Y para ello era necesario retrotraerse a las fuentes que habían contado la historia del elenco platense. Tanto *El Gráfico* como *El Día*, medios de distintas características pero con gran influencia en el tema convocante, fueron elegidos para analizar sus narrativas y explorar las construcciones de la información y los modos de enunciar que operaron en torno al quiebre en la hegemonía y modernización del fútbol argentino, siendo Estudiantes de La Plata el caso paradigmático de este proceso.

En resumen, el Trabajo Integrador Final procura ser un aporte a los estudios sobre comunicación y deporte que se impulsan desde la Facultad, a partir de analizar cómo se organiza lo decible y lo narrable, qué se privilegia y qué no, cómo se aborda, cuáles son los actores que intervienen y cuáles son los que se rescatan en las narrativas deportivas de un proceso histórico específico. Estas inquietudes son a las que se intentará dar respuesta a lo largo de todo el trabajo.

-1-

¿Por qué antifútbol?

Corría el año 1967 y Estudiantes de La Plata ingresaba en las páginas doradas del fútbol argentino. Tras coronarse campeón del Torneo Metropolitano el 6 de agosto de ese año, se convirtió en el primer equipo denominado “chico” en conseguir el título más importante a nivel nacional en la era profesional. Debieron pasar 36 años para que un club que no perteneciera al círculo de los cinco “grandes” -Boca, River, Racing, Independiente y San Lorenzo- gritara campeón en la primera división.

Hasta ese año, Estudiantes contaba con una rica historia institucional, deportiva y social. Había sido campeón amateur en 1913, mientras que en los albores del profesionalismo había conformado una de las delanteras más famosas de la época, “Los Profesores”, que brillaron no solo en el conjunto platense, sino también en el exterior y en la Selección Argentina. En los años 40 fue campeón de la Copa Adrián Escobar y de la Copa de la República, que pese a ser considerados torneos oficiales no regulares por la AFA, no contaban con la jerarquía y el prestigio del Campeonato de Primera División. En 1953, con el club intervenido, descendió a la segunda categoría para regresar a la máxima competición al año siguiente.

Durante los primeros años de la década del 60, las campa-

ñas del Pincha fueron mediocres y estuvo muy cerca de volver a descender. Sin embargo, hacia 1963 comenzó a cobrar forma el andamiaje deportivo-institucional que catapultó al club al primer plano nacional e internacional. El presidente, Mariano Mangano y el secretario general, Rubén Lachaise, contrataron a Miguel Ignomiriello para que aplicara su proyecto en las divisiones inferiores del club. Gracias al trabajo de este entrenador-formador, en 1965, la tercera división conocida como “la tercera que mata”, logró consagrarse campeón de la reserva con varios de los jugadores que más adelante conformarían el Estudiantes multicampeón. Al mismo tiempo, la cúpula directiva contrató a principios del mismo año a Osvaldo Zubeldía para que se hiciera cargo del primer equipo. A la promoción de varios juveniles que se habían desempeñado en “la tercera que mata” como Poletti, Aguirre Suárez, Verón, Manera, Malbernat, Pachamé, Flores y Eche copar, se sumaron Bilar do, Ribaud y Spadaro, entre otros.

El pilar restante de aquella estructura tan redituable en logros deportivos estaba compuesto por el preparador físico, el profesor Jorge Kistenmacher; el ayudante y “espía” de los rivales, Juan Urriolabeitia; junto con el doctor del plantel, Roberto Marelli. De manera que hacia mediados de la década del 60 quedó conformado un grupo de trabajo de altísimo nivel que lograría su primer éxito en el Viejo Gasómetro, tras vencer de manera contundente por 3 a 0 a Racing en la final del Torneo Metropolitano de 1967.

Durante los siguientes tres años, el conjunto dirigido por Osvaldo Zubeldía hilvanaría una serie de títulos que lo llevaron a la cúspide del fútbol mundial a nivel clubes. Se transformó en el primer Tricampeón de América tras obtener la Copa Libertadores en las ediciones de 1968, 1969 y 1970, y alcanzó la gloria total al consagrarse campeón de la Copa Intercontinental de 1968, luego de vencer al Manchester United como local y de sellar un empate en el mismísimo Estadio Old Tra-

fford en el partido de vuelta.

Este período, que también incluyó la obtención de la Copa Interamericana frente al Toluca en 1969, los subcampeonatos del Torneo Nacional de 1967 y del Metropolitano de 1968, junto con los subcampeonatos del mundo frente al AC Milan en 1969 y el Feyenoord Rotterdam en 1970, es considerada la época dorada del club. En tan solo cuatro años, Estudiantes de La Plata pasó de ser una institución modesta, con aspiraciones a disputar los primeros puestos del torneo local, a conseguir un título nacional y cinco internacionales, entre ellos, la añorada Copa del Mundo. Estos logros lo posicionaron en un lugar de privilegio, que aún muchos años después, algunos de los clubes denominados “grandes” no han conseguido igualar.

Por otra parte, aquel Estudiantes de fines de los años 60 también sería recordado por otro aspecto decididamente revolucionario al interior del fútbol: contaba con una metodología de entrenamiento innovadora y desarrollaba un estilo de juego moderno. Zubeldía incorporó el entrenamiento a doble turno, la concentración de los jugadores antes de cada partido, hacía especial hincapié en la preparación física, les mostraba videos de sus rivales para analizar sus movimientos y ensayaba jugadas para contar con un reservorio de alternativas durante los partidos.

Asimismo, el entrenador era un obsesivo de la táctica y la estrategia. Estudiaba el reglamento y no dejaba detalles librados al azar. Fue un pionero en el uso de la presión sostenida, en quitarle no solo la pelota, sino los espacios al rival. Introdujo la famosa jugada del *offside* o achique, en la cual los defensores de Estudiantes se adelantaban para dejar en fuera de juego a los delanteros del equipo contrario. También incorporó el recurso de patear los tiros de esquina a pierna cambiada, junto con los centros al primer palo para que un jugador la peinara y el que viniese por detrás convirtiera el gol. En resumen, comenzó a implementar de forma sistematizada una serie de

jugadas y tácticas que le permitían a sus equipos contar con ventaja frente a rivales que carecían de estos recursos.

Sin embargo, el prestigio alcanzado a nivel material no tuvo su consecuente correlato en el plano discursivo. A pesar de los éxitos deportivos, el club, los jugadores y el cuerpo técnico recibieron fuertes cuestionamientos por parte de la prensa regional, nacional e internacional. Conforme iban sucediéndose las victorias, el conjunto platense fue el centro de una campaña de descrédito y demonización del periodismo deportivo. La caída frente al Milan en 1969, episodio que contó con ribetes extradeportivos, fue el pretexto perfecto que encontraron los medios para descalificar el proceso que venía llevando adelante Estudiantes.

El abuso del juego brusco y las extralimitaciones de algunos de los protagonistas, que agredieron con patadas y piñas a los jugadores del equipo italiano, derivaron en la intervención del entonces Presidente de la Nación de facto, el general Juan Carlos Onganía, quién en un intento de demostrar disciplina y firmeza, ordenó detener en la cárcel de Devoto a los jugadores Poletti, Aguirre Suárez y Manera, arresto que se prolongó durante un mes. La “batalla” con el Milán se convirtió en la excusa ideal para deslegitimar la campaña de Estudiantes.

A medida que la notoriedad del conjunto platense aumentaba, en la opinión pública se instaló que aquel equipo abusaba del juego violento, que los jugadores tenían la orden de pegar a los adversarios a discreción, que insultaban y buscaban ofender a sus rivales. También cobró fuerza el rumor de que utilizaban alfileres para pinchar al equipo contrario en las pelotas paradas como los tiros libres o córners. Publicaciones principalmente porteño-centristas como *Primera Plana*, *Panorama*, *Semanario*, *Goles* y *El Gráfico* junto con los diarios *La Razón*, *La Nación*, *Clarín* y *El Día* se habían encargado de fagocitar estas ideas. El periodista Dante Panzeri, por ejemplo, decía que los planteos tácticos y las estrategias eran poco éticos y que en muchos casos, estaban por fuera de lo permitido por el reglamento. Cuando Estudiantes viajó a Manchester a

disputar la final del mundo, los hinchas del equipo inglés recibieron al conjunto argentino al grito de “*Animals!, Animals!*” (Ardizzone, 22-10-1968: 68) luego de que los periódicos británicos retrataran al elenco platense como una suerte de bestias.

Las críticas pergeñadas por la prensa estaban fundamentadas en tres supuestos: que el Estudiantes de Zubeldía era un equipo tramposo, destructivo y violento. Los periodistas más conservadores decían que Estudiantes hacía trampa cuando efectuaba la jugada del *offside* o lo catalogaban de destructivo porque centraba su plan de juego en la faz defensiva, es decir, en impedir que el rival desarrollase su mejor fútbol. Lo acusaban de violento por abusar del juego brusco y sin embargo las escaramuzas eran un rasgo distintivo y generalizado del fútbol de la época, sobre todo en los partidos por Copa Libertadores. En resumen, ante el espiral in-crescendo de victorias y títulos, cierto sector del periodismo buscó distintas alternativas para desprestigiar la imagen de los jugadores y del director técnico. Las notas escritas durante aquellos años hablaban de un fútbol destructivo, miserable, defensivo, que no era digno de ser desarrollado por un equipo argentino.

La serie de descalificaciones e improperios sufridos por el elenco platense pasaron a la posteridad bajo una categoría que sería asociada a Estudiantes de allí en adelante: “antifútbol”. Este neologismo fue producto de los modos de enunciar y la construcción discursiva del periodismo deportivo de fines de los años 60. A pesar de los múltiples sentidos que se le puede asignar al concepto según su contexto, en este caso su uso tenía una clara carga peyorativa: Estudiantes era considerado el “no fútbol”; la antítesis de ese deporte. Lo que hacía Estudiantes adentro del campo de juego era otra cosa: pegar, ensuciar y destruir.

Llegado este punto es conveniente plantear los primeros interrogantes: ¿cuál o cuáles eran los motivos que ciertos medios y periodistas deportivos sostenían para desprestigiar la serie exitosa de Estudiantes? Y en segundo lugar, ¿por qué sostener la crítica a partir de negar a Estudiantes como un equipo de fútbol? Estos cuestiona-

mientos fueron los que motivaron un primer acercamiento a este tema. ¿Por qué un equipo que era campeón del mundo generaba recelo en la prensa deportiva de la época? ¿Por qué la etapa brillante de un club modesto sería recordada como un proceso indigno y oscuro del fútbol argentino?

Para poder encontrar las posibles respuestas a estos interrogantes fue imperioso indagar en los textos periodísticos de aquella época. Fue necesario conocer cómo fueron relatados y analizados los logros conseguidos por Estudiantes. ¿Qué imagen había construido el periodismo del equipo de Zubeldía durante esos años? ¿Qué aspectos fueron jerarquizados y cuáles fueron invisibilizados? ¿Qué espacio ocupó en las coberturas periodísticas? ¿De qué modo se titulaba y cuáles eran las imágenes que acompañaban?

Bajo esta perspectiva de análisis, entra en cuestionamiento el discurso de la información, en este caso en particular, el discurso periodístico deportivo. Se considera a los medios de comunicación como agentes inmersos en relaciones de poder que pugnan por el dominio de lo simbólico. Resulta pertinente hacer esta aclaración, ya que aún hoy están muy arraigadas en el sentido común las ideas que defienden una presunta “transparencia”, “independencia” y “objetividad” en el proceso informativo que llevan adelante los medios de comunicación.

El caso analizado en este libro viene a contrarrestar estos supuestos presentes en el conjunto de la sociedad. Justamente los discursos periodísticos se caracterizan por su opacidad, por estar cargados de subjetividad y por responder a cierta matriz cultural, política e ideológica. La información deportiva, que en los últimos años ha ganado un espacio central en las narrativas periodísticas, tampoco escapa de estas reglas.

Al interior de estas narrativas también hay una búsqueda por tomar el control de lo que se dice acerca de lo deportivo. Aquí también existen discursos hegemónicos que pretenden instalar como naturales ciertas visiones que no son más que cons-

trucciones sociales dadas en un tiempo y un espacio determinados. ¿O acaso la distinción entre los clubes “grandes” y los clubes “chicos” del fútbol argentino vino establecida de antemano por los ingleses que trajeron el fútbol a la Argentina? ¿Quién dijo que existía un estilo de juego “inglés” y uno “criollo”? ¿Por qué se afirma en general que el jugador argentino es pícaro, habilidoso, gambeteador, poco afecto a los esquemas rígidos?

El fútbol argentino nació hacia fines del siglo XIX, pero recién a principios de la década del 30 acabaría por conformar una identidad definida. Aquel proceso fue narrado por la prensa deportiva de la época, fundamentalmente por *El Gráfico* y el diario *Crítica*, que establecieron como verdades trascendentes ciertas prácticas meramente coyunturales y definieron muchas de las características y de los lineamientos originarios por los que hoy se conoce al fútbol rioplatense. De modo que se torna interesante poner en cuestionamiento estas categorías. Si se ahonda en el tema, las respuestas que surgirán van a estar más vinculadas con una disputa política-cultural-económica que con estrictos criterios deportivos. Disputa de la que participaron activamente los medios de comunicación de aquella época, con fuertes intervenciones en el campo de lo simbólico, construyendo sentidos y formulando “verdades”.

Dado que sería imposible realizar un estudio minucioso de la totalidad de las narrativas sobre las campañas de Estudiantes en el plano futbolístico, para examinar este caso se seleccionaron el diario *El Día* y la revista *El Gráfico*. El primero por ser el periódico local, por su proximidad con el club dado que ambas instituciones están asentadas en la ciudad de La Plata, y la segunda, por tratarse del semanario deportivo más importante de la época.

De lo publicado por ambos medios, se realizó una selección de notas sobre los acontecimientos más relevantes del proceso que situó a Estudiantes en la cima del mundo. Asimismo, al interior de las notas publicadas en la sección deportiva

del diario *El Día*, se eligieron varias colaboraciones firmadas por Dante Panzeri. Este periodista, que supo ser director de *El Gráfico* y que era considerado una de las plumas más prestigiosas del momento, fue un crítico acérrimo del equipo platense y llegó a mantener discusiones públicas con su entrenador. La particularidad del caso viene dada porque Panzeri escribía sus virulentas columnas en las páginas del diario local, que a priori se presumiría con cierta “simpatía” por el club, dado el criterio de noticiabilidad de proximidad por su pertenencia a la misma ciudad que el medio. Sin embargo, esto no sucedía a fines de los años sesenta y Panzeri tuvo la posibilidad de descalificar a Estudiantes desde el mencionado periódico.

Por su parte, la mayoría de las notas extraídas de *El Gráfico* fueron firmadas por Osvaldo Ardizzone, Julio César Pasquato, quién utilizaba el seudónimo “Juvenal” y Carlos Fontanarrosa. Hacia mediados de los años 60, esta revista junto con *Goles* eran los medios gráficos especializados en deportes más destacados. *El Gráfico* de esa época era un semanario de enorme popularidad que contaba con una gran tirada y una trayectoria muy ligada al desarrollo del fútbol en la Argentina. Se trataba de un medio con el poder suficiente para construir sentidos acerca del fútbol, de lo deportivo y de lo nacional. De hecho, desde sus páginas se buscó diferenciar en los albores del fútbol profesional el estilo de juego “inglés” del “criollo”.

A fines de la década del 20, *El Gráfico* se había encargado de construir una narración mítica sobre el origen del fútbol argentino, asociándolo a las nociones de “potrero”, “gambeta”, “picardía” que caracterizarían a los jugadores criollos a diferencia del estilo inglés, mucho más estructurado, previsible, carente de creatividad y desequilibrio. El periodista estrella del semanario en aquella época, Borocotó, había sido el autor intelectual de muchas de estas ideas en las que se definía, por ejemplo, que el fútbol en la Argentina debía jugarse de forma libre, sin ataduras tácticas ni estratégicas, a merced del des-

empeño de los habilidosos (Borocotó, 16/6/1928: 7).

De esta manera, una vez definidos los medios, la tarea central fue analizar las narrativas sobre aquel equipo campeón. ¿Qué se decía del conjunto de Zubeldía? ¿Quiénes lo decían? ¿De qué manera fueron relatadas las victorias y cómo fueron construidas las derrotas consumadas por Estudiantes de La Plata? ¿En qué contexto estuvieron inmersas? No es ocioso aclarar que el objetivo de este trabajo no es tanto problematizar los conceptos futbolísticos, como poner en cuestionamiento las formas en las que se construyó como noticia el nuevo estilo explotado por Estudiantes. No se pretende profundizar sobre contenidos deportivos -aunque a menudo se necesite recurrir a ellos- sino que se trata de analizar el relato deportivo.

Este libro indaga más sobre cuestiones periodísticas que de fútbol. El objeto de estudio son los discursos acerca del fútbol de los años 60, tomando como caso paradigmático el Estudiantes de Zubeldía. Para llevar adelante esta tarea, el marco teórico elegido pertenece a los estudios sobre el análisis discursivo. Sin embargo, tampoco se trata de una investigación académicamente formal. No se ahonda de manera estricta en el campo del análisis del discurso. Solo se toman algunas de las categorías y herramientas de este enfoque sobre los estudios del lenguaje para aplicarlos sobre el caso en cuestión.

Se indaga, fundamentalmente, sobre los mecanismos de producción de los discursos, sobre cómo se produce el sentido social y sobre las estrategias que operan al momento constituir el hecho noticiable. ¿Qué voces circulan al interior de esos discursos? ¿Cuáles son invisibilizadas? ¿Qué cuestiones son consideradas como fetiches y qué otras como tabúes en el fútbol? ¿En qué presupuestos están basadas algunas verdades? ¿Qué efectos de verdad se buscan con ciertas afirmaciones que pretenden ser objetivas? ¿Qué selección de léxico se realiza? ¿Cómo se ordena la información?

Ensayemos algunos ejemplos concretos: ¿Por qué en las

notas de Panzeri las viejas glorias del fútbol poseen más autoridad para hablar de este deporte que los propios directores técnicos? ¿Por qué el “juego lindo” se asocia a los años 40 en la Argentina y en los 60 se empieza a hablar de fútbol “planificado”, “especulativo”, “destructivo”, finalmente “antifútbol”? ¿Por qué se aprecia una gambeta y se condena la jugada del *offside*? ¿Por qué el fútbol ofensivo es presentado únicamente cómo válido? ¿Por qué se habla de un fútbol “lindo” y un futbol “feo”?

Bajo esta perspectiva, cobra mucho valor la puesta en contexto de los enunciados. ¿Por qué en los años 60 se comienza a hablar de fútbol “viejo” y fútbol “moderno”? ¿De dónde surge la antinomia fútbol criollo/fútbol industrial? ¿Qué cambios se estaban produciendo en el fútbol a nivel mundial, pero en particular en el rioplatense, que llevaron a esa división tan taxativa? ¿Qué sucedía en la Argentina y en particular con su seleccionado durante la década del 60?

Por lo tanto, se vuelve de esencial interés abordar la problemática del quiebre de la hegemonía de títulos de los clubes grandes producido por la serie exitosa de Estudiantes de La Plata, junto con su estilo moderno y contrario a los cánones supuestamente “criollos” en relación a las tácticas y estrategias de juego. *El Gráfico* y *El Día* se encontraron con una profunda disyuntiva a la hora de construir sus narrativas, ya que un club de los considerados “chicos” pasó a detentar el privilegio de la representación de lo “nacional” en las competencias internacionales, pero bajo un estilo opuesto al pregonado fundamentalmente durante décadas por la revista y también por el diario.

-2-

Implicancias de la modernización

La década de 1960 fue un punto de inflexión en el fútbol argentino. Incluso, para ser más precisos y poder hablar de las transformaciones que sucedieron durante esta época, es conveniente hablar de una década de 1960 “larga” -si se permite retomar un criterio de recorte temporal *hobsbawmiano*- que empezaría en 1958 y terminaría en 1970. Trece años en los que el fútbol argentino cambiaría para siempre.

Tanto el inicio como el final de esta década larga están vinculados al desempeño de la Selección Nacional en las diferentes participaciones internacionales. La eliminación del Mundial de Suecia de 1958 tras un humillante 6 a 1 por parte de Checoslovaquia y no haberse clasificado al Mundial de México de 1970 luego de caer derrotado frente a Perú, marcaron el comienzo y el cierre de esta etapa disruptiva. Al mismo tiempo, la creación de la Copa Libertadores en 1960 como primer torneo internacional a nivel sudamericano, también sería determinante en el devenir de esta década.

Las transformaciones al interior del fútbol argentino se desarrollaron en distintos planos: a nivel institucional, a nivel de clubes, a nivel selección y a nivel simbólico-identitario. Por supuesto que cada elemento está intrínsecamente relacionado con

los demás y de la interacción de estos cuatro componentes se fueron desarrollando cambios que a priori podrían parecer aislados, pero que resultaron en una transformación generalizada.

Desperonización e intervencionismo

Al interior del plano institucional, tras el derrocamiento de Perón en 1955, el país en general y la AFA en particular, fueron sometidos a un violento proceso de “desperonización” llevado adelante por las fuerzas armadas que habían tomado el poder de facto, acompañadas por la Iglesia Católica y numerosos sectores de la sociedad civil. Si durante la década peronista se había logrado una articulación fructífera entre el Estado y el deporte a través de políticas públicas destinadas a sostener lo deportivo como un espacio de inclusión de las clases populares, a partir del mandato del general Aramburu se buscó romper este vínculo, se retiró al Estado como partícipe activo de este escenario con el objetivo inmediato de lograr la “despolitización” del deporte.

Además de eliminar las políticas públicas destinadas a este ámbito, el gobierno militar intervino las asociaciones deportivas como la AFA, con el pretexto de una “normalización” de la entidad sumida en los “vicios” peronistas. El presidente de ese entonces, Cecilio Condití, junto con el tesorero, Pablo Martín, fueron obligados a renunciar. El sillón de calle Viamonte pasó a ser ocupado por Arturo Bullrich, quien asumió en calidad de interventor.

Algunas de las medidas adoptadas apuntaron a minar el universo simbólico que había construido el peronismo: tanto Estudiantes como Gimnasia volvieron a incorporar en sus nombres “de La Plata”, ya no más de Eva Perón, como se llamó la ciudad entre 1952 y 1955. Al mismo tiempo, se prohibió hacer referencia al nombre que llevaba el estadio de Racing Club por tratarse del “tirano depuesto”. Por otra parte, se eliminó el

Consejo Popular del Fútbol, se nombró un nuevo Tribunal de Penas y se realizaron cambios en el Colegio de Árbitros.

La autodenominada “Revolución Libertadora” se encargó de realizar una restauración conservadora, borrando toda huella de corte popular que había introducido el peronismo en la sociedad. Luego de estar un año al frente de la AFA, Bullrich sería reemplazado por Raúl H. Colombo, de origen radical pero con simpatías por el gobierno golpista, quien estuvo al frente de este organismo por nueve años. Su gestión sería recordada por haber sido la primera experiencia de los promedios en el fútbol argentino. Solo duró dos años este sistema (1961-1962), que había sido introducido con el pretexto de buscar mayor competitividad, de manera que todos los equipos tuviesen un objetivo por el cual pelear. Sin embargo, el intento fracasó y como medida para paliar el desajuste producido por la introducción de los promedios, desde 1963 a 1966 se suspendieron los descensos (Fabbri, 2008).

Al mismo tiempo, los presidentes de Boca y River, Alberto J. Armando y Antonio V. Liberti respectivamente, tomaron la iniciativa de incorporar refuerzos estrella, en muchos casos de origen extranjero (Alabarces, 2007). La apertura hacia el mercado de futbolistas corrió lentamente el eje sobre la concepción del fútbol. Se comenzó a pensar más en términos de espectáculo y no de juego. Los dirigentes buscaban el éxito deportivo, pero también el económico. Los clubes con infraestructuras cada vez más grandes, necesitaban que el fútbol generase los ingresos necesarios para ser rentables. La compra de jugadores-estrellas tenía como objetivo atraer un alicaido público nuevamente a las canchas (Alabarces, 2007).

Tras un breve interregno de Francisco Perette -hermano del entonces vicepresidente de la Nación, Carlos Perette, integrante de la formula radical junto a Arturo Illia- en 1967 sería nombrado como interventor Valentín Suárez. El General Juan Carlos Onganía, quien había llegado a la Presidencia de la Na-

ción bajo un nuevo golpe de estado, decidió intervenir el poder del máximo órgano del fútbol argentino. Suárez, dirigente histórico del club Banfield, muy ligado al peronismo, ya había sido presidente de la AFA entre 1949 y 1953. Sin embargo, al momento de asumir como interventor negó su vieja filiación política y resultó funcional al nuevo proceso autoritario que gobernaba la Argentina.

Durante su mandato se introdujeron modificaciones estructurales en la organización de los torneos de Primera División. Se dejó atrás el torneo anual de 38 fechas que en los últimos años había producido cierto desencanto entre los hinchas que concurrían en un número cada vez menor a los estadios, para dar lugar a los nuevos Campeonato Metropolitano y Campeonato Nacional. En primer lugar, se aumentó el número de equipos participantes de veinte a veintidós, de modo que durante el primer semestre del año se jugaría el Metropolitano, dividido en dos zonas con once equipos respectivamente. Los primeros seis de cada división se aseguraban un lugar en el Torneo Nacional que además incorporaba la participación de cuatro equipos del interior del país. Al mismo tiempo, los que quedasen ubicados entre el séptimo y octavo lugar jugarían un torneo promocional junto con otro cuatro equipos del interior, mientras que los descensos se definirían en un torneo reclasificatorio entre los tres últimos de cada zona y los cuatro primeros de la Primera B (Fabbri, 2008).

Más allá de que la reformulación de los torneos no trajo los resultados esperados en términos de recaudación, se produjo un quiebre en la hegemonía de títulos al interior del profesionalismo que hasta ese momento dominaban los “cinco grandes”. En aquella primera edición del Torneo Metropolitano, Estudiantes de La Plata se consagró campeón iniciando así una serie de conquistas a nivel internacional que eran impensadas pocos años atrás.

No sólo el club platense fue favorecido por esta modifica-

ción en el reglamento, sino que a partir de ese momento, varios equipos de los considerados “chicos” consiguieron sus primeros títulos en la Primera División. En 1968 Vélez Sarsfield obtuvo el Torneo Nacional; en 1969 Chacarita ganaría el Metropolitano; Rosario Central obtendría las ediciones de 1971 y 1973 del Nacional, mientras que Huracán se quedaría con el Metropolitano de 1973 y Newell’s Old Boys con el de 1974 (Alabarces, 2007). En tan solo ocho años, el fútbol argentino pasó a tener seis nuevos campeones que minaron el reinado absoluto que tenían los cinco “grandes” hasta ese entonces.

Aislacionismo

Al retomar el plano estrictamente futbolístico, es necesario retrotraerse al Mundial de Suecia de 1958. La Argentina volvía a participar de la máxima competición organizada por la FIFA tras 24 años de ausencia. Su última presentación había sido en 1934 en la edición organizada por Italia. En aquella oportunidad, la Argentina presentó un equipo de segunda línea, ya que muchas de sus figuras no fueron habilitadas a viajar al país europeo en el marco de una disputa entre las asociaciones nacionales por la profesionalización del fútbol.

En 1939, Guillermo Stábile asumió como Director Técnico y se mantuvo en el cargo hasta 1959, obligado a renunciar tras lo que fue conocido como el “desastre de Malmö”. Durante más de veinte años, por distintas razones, la Selección Argentina había desistido de participar en los mundiales. Como atenuante vale decir que las ediciones correspondientes a los años 1942 y 1946 fueron suspendidas por la FIFA debido a la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, a nivel continental, el representativo albiceleste vivió su época dorada conquistando siete Copas Américas. Argentina llegaba al Mundial de Suecia de 1958 con el antecedente inmediato de haber ganado en 1957 el

último certamen sudamericano organizado por Perú.

En la fase de grupos, Argentina tuvo como rivales a Alemania Federal, Irlanda del Norte y Checoslovaquia. Tras salir derrotado frente al conjunto teutón y obtener una victoria ante el equipo isleño, Argentina definió su pase a la siguiente ronda frente a Checoslovaquia. La derrota humillante por 6 a 1 provocó la eliminación y el regreso anticipado al país. Las duras críticas de la opinión pública marcaron el final de una época para el fútbol nacional. El inesperado resultado obligó a repensar el estado en que se encontraba el fútbol argentino. La falta de roce internacional con equipos que no fuesen sudamericanos y el atraso en materia de preparación física, táctica y estrategia, acabó con la fantasía de la superioridad del estilo de juego argentino (Archetti, 2005).

Los propios jugadores remarcaron la “distancia” que existía entre la preparación de los equipos europeos y la Argentina:

Para Maschio había que desterrar el “viejo vicio del pasecito o de la gambeta de lujo innecesaria” (*El Gráfico*, 1966:27) y para Di Stéfano “los argentinos tienen que olvidarse de la pisadita y el jueguito de media cancha, frente al fútbol europeo, esto no tiene ningún valor” (*El Gráfico*, 1966: 28) (Archetti, 2005: 8).

La confianza ciega en el estilo de juego de los jugadores nacionales, en los cuales se presuponía que triunfaría el talento heredado del potrero, la gambeta, la improvisación de los habilidosos, sufrió las consecuencias de un mayor desarrollo físico y táctico de los jugadores europeos. “Habergger, el entrenador alemán, había sido premonitorio al decir que no temía a los argentinos porque habían estado ausentes del fútbol internacional y no estaban al tanto de los cambios ocurridos en el fútbol mundial” (Archetti, 2005: 8).

A excepción de Sudamérica, la Selección Argentina había se

había desvinculado del mundo, quedando fuera de la evolución propia de cualquier deporte. A pesar del duro golpe que supuso el 6 a 1 frente al seleccionado checoslovaco, el Mundial de Suecia sirvió para cortar el dulce letargo en el que había quedado dormido el fútbol argentino y ofició de disparador para introducir cambios en los modos de concebir este deporte. Con la contratación de Juan Carlos Lorenzo, los dirigentes buscaron escapar del atraso y *aggiornarse* a los nuevos estilos y metodologías de entrenamiento que se imponían en Europa.

Lorenzo se había formado como entrenador en el Viejo Continente bajo la influencia de Helenio Herrera, otro director técnico argentino, quien más tarde se consagraría multicampeón con el Inter de Italia a través de la táctica conocida como *catenaccio* o cerrojo, en la cual se privilegiaba el armado de la defensa con cuatro hombres en línea y un líbero sin responsabilidad en la marca. Lorenzo estuvo al frente de la Selección Argentina en los mundiales de 1962 y 1966, pero los resultados no fueron los esperados. En la Copa organizada por Chile el conjunto nacional regresó nuevamente en primera ronda y en la edición organizada por los ingleses, perdió contra los anfitriones 1 a 0 en Cuartos de final.

Los nuevos esquemas de trabajo y entrenamiento que había introducido Lorenzo no tuvieron su correlato en los resultados. La prensa deportiva, en particular *El Gráfico*, que había reclamado desde sus páginas un cambio en el estilo de juego, también se volvió crítica del proceso modernizador. Al interior de la redacción de los primeros años de la década del 60, Dante Panzeri y Osvaldo Ardizzone sostenían el discurso tradicional de *El Gráfico*. Tras la salida de Panzeri de la revista en 1962, la tensión discursiva quedaría encarnada en Ardizzone, sosteniendo el estilo tradicional (aunque con el correr del tiempo armonizó con las nuevas ideas) y Julio César Pasquato, Juvenal, quien impulsaría el estilo moderno (Di Giano, 2005). De todas maneras, aún con una posición más aperturista, Juvenal quedaría preso

de varios de los mitos fundacionales del fútbol argentino, otorgándole un sesgo inevitablemente tradicionalista a su discurso pretendidamente modernizador.

Sin embargo, durante el intervalo entre ambos mundiales, Juan Carlos Lorenzo no fue el entrenador de la Selección. Hubo dos interinatos entre 1963 y 1964 seguidos de un período dirigido por José María Minella, quien dejó el cargo a fines de 1965 cuando faltaban solo siete meses para el Mundial de Inglaterra de 1966. El hombre elegido para conducir los destinos de la Selección en dicho Mundial fue Osvaldo Zubeldía, quién había llegado a un acuerdo con Estudiantes de La Plata para dirigir ambos equipos. No obstante, su etapa en la selección mayor sería efímera. En marzo de 1966 renunció tras la negativa de la AFA de que consideraran a Antonio Faldutti –su ayudante de campo– como un “segundo” entrenador de la selección (Bañez, 2012).

Tras aquel desfiladero de cuatro técnicos en la misma cantidad de años, la AFA le pidió a Juan Carlos Lorenzo que asumiera la dirección técnica de cara a Inglaterra 1966. Tras la eliminación, que adquirió dimensiones heroicas por la expulsión de Rattín y un arbitraje sospechado de ser localista, el entrenador que luego sería multicampeón con Boca, dejó el cargo. La preparación hacia el mundial de 1970 no fue más ordenada: con varios cambios en los interventores de la AFA y sin estabilidad en la dirección técnica, la Argentina no logró la clasificación a México tras disputar una eliminatoria bochornosa frente a dos rivales accesibles: Bolivia y Perú.

La introducción de los conceptos modernizadores en la selección argentina no produjo los cambios esperados. El caos institucional y la ausencia de una planificación a largo plazo no posibilitaron las condiciones para que la Argentina pudiese realizar un balance certero sobre este proceso. En la década de 1970, con la contratación de Cesar Luis Menotti, se produciría una vuelta a los mentados orígenes del fútbol argentino.

La falta de brillo de la Selección Argentina en el plano internacional durante esta década, sería reemplazada por el protagonismo de los clubes locales en los flamantes torneos internacionales: la Copa Libertadores y la Copa Intercontinental. Ambos certámenes comenzaron a disputarse en 1960 y ya en los primeros años las instancias finales serían protagonizadas por equipos argentinos. El primer campeón nacional de la Copa Libertadores fue Independiente de Avellaneda, que alzó el trofeo en 1964 y 1965. En 1967 llegó el turno de Racing, mientras que el primer tricampeonato fue logrado por Estudiantes, que se quedó con las ediciones de 1968, 1969 y 1970. De once copas disputadas, más de la mitad habían viajado a la Argentina.

Por otra parte, Racing en 1967 y Estudiantes en 1968, obtuvieron el máximo galardón a nivel mundial: la Copa Intercontinental. La diferencia entre los presupuestos de los equipos sudamericanos y los europeos ya era notable en aquella época, por lo cual era considerado una hazaña vencer al ganador de la Liga de Campeones del viejo continente (Juvenal, 5/11/1968: 30).

El éxito deportivo a nivel clubes en el plano internacional realzó el prestigio de los equipos argentinos frente a la desteñida imagen dejada por el seleccionado nacional. Esto permitió que los medios de aquella época centraran su atención sobre el desempeño de los clubes. Sin embargo, la prensa se vería envuelta en la disyuntiva de tener que reconocer que la apertura futbolística y el ingreso de prácticas modernizadoras habían sido muy efectivas en los triunfos conseguidos. El Estudiantes de Zúbelúa y en menor medida el Racing de José Pizzuti, se caracterizaron por un juego más moderno que tradicional (Blanco, 1971). *El Gráfico* en el ámbito nacional y *El Día* en el plano local platense, presentaron tensiones discursivas al momento de narrar la experiencia Pincharrata.

Romper con el mito originario

En el imaginario de la opinión pública de nuestro país cobró mucho arraigo el mito fundacional de nuestro fútbol. Durante la década de 1920, *El Gráfico* tuvo un rol preponderante en la construcción de un estilo supuestamente “criollo” con el objetivo de diferenciarlo del estilo inglés que había desembarcado en la Argentina hacia fines del siglo XIX.

Desde su fundación en 1919 hasta la década del 90, con la creación del diario deportivo *Olé* y la aparición de programas y canales exclusivamente dedicados al deporte, *El Gráfico* había sido el medio gráfico deportivo con mayor influencia en la Argentina (Archetti, 1995). Desde sus páginas se construyó la idea de que el fútbol argentino era menos estructurado que el inglés, más imprevisible, sujeto a la habilidad de sus jugadores para eludir rivales a través de recursos como el *dribbling* o “la gambeta”. Sus jugadores, por proceder de sectores populares, habrían desarrollado este talento diferenciador en el potrero, espacio de libertad y el lugar por excelencia del pibe travieso (Archetti, 2008). Borocotó, periodista estrella del semanario, diría en 1928:

(El fútbol) espectáculo moderno, de acción continuada, de belleza apasionante y de improvisación continua de situaciones, condimentado con ese granito de pimienta criolla, nuestro ingenio lo condicionó para poder gustarlo. Lo necesitaba y podemos asegurar que las habilidades criollas son las que decidieron ese amor que le profesamos. De por sí solo, aquel football inglés técnico, pero monótono, no habría logrado ejercer influencia requerida por el espíritu de nuestras multitudes. Carecía de ese algo típico que nos llega a lo hondo, que nos enronquece la voz en un grito que surge del corazón cuando la pelota es recogida por la red temblorosa: y tuvimos que adornarlo con el *dribbling* que encandila

las pupilas y nos produce una inefable satisfacción interior, pues comprobamos que es patrimonio de estas tierras; y debimos hacer sus combinaciones más espectaculares (Borocotó, 16/6/1928: 7).

A partir de ese año, *El Gráfico* implementaría la teoría de las dos fundaciones del fútbol argentino: la británica y la criolla. La primera correspondería a los ingleses y abarcaría desde 1887 a 1912, momento en que se quebraría la hegemonía del club Alumni, con mayoría de jugadores británicos (Archetti, 2008).

Fueron ingleses venidos al Río de la Plata los primeros que practicaron el juego y siguieron practicándolo sus hijos incorporados en colegios ingleses tal cual se hace hoy con otros deportes como el cricket. Tuvo pues el football rioplatense su origen inglés en sus primeras prácticas y la primera lección de técnica superior estuvo a cargo del Southampton, y luego el Nottingham Forest, Everton, Tottenham Hotspur, etcétera. Todo completamente inglés, como puede verse y apreciarse en nuestros famosos cracks de nuestra iniciación en el football que se llamaron Brown, Weiss, Lett, Ratcliff, Buchanan, Moore, Mack, Leonard, Watson Hutton y tantos otros cuyos nombres no difieren en nada de los que practican el football en la Rubia Albión (*El Gráfico*, 7/7/1928: 15).

Sin embargo, en 1913, el Racing Club de Avellaneda consiguió el primer título con jugadores locales y los clubes como Alumni, con fuerte orígenes británicos, entraron en decadencia hasta desaparecer.

...es lógico que con el correr de los años, toda la influencia sajona del football haya ido desapareciendo para dar paso al espíritu menos flemático y más inquieto del latino... Ins-

pirados en la misma escuela que los británicos, bien pronto los latinos fueron modificando la ciencia del juego e hicieron una propia, hoy ampliamente reconocida... ella se diferencia de la inglesa en que es menos monocorde, menos disciplinada y metódica, pues no sacrifica el individualismo en homenaje a la suma colectiva de los valores. En el football inglés todo tiende a destruir la acción personal para formar un todo sólido, de manera que un team no se cuenta por sus hombres separadamente, sino para la acción uniforme de todo un conjunto. De ahí que el football británico será realmente poderoso y tenga la fuerza regular e impulsiva de una verdadera máquina, pero es monótono porque siempre es igual y uniforme. El football rioplatense, en cambio, no sacrifica enteramente la acción personal y utiliza más el dribbling, el esfuerzo personal generoso, tanto en los hombres de ataque como de defensa, por consecuencia, un football más ágil y vistoso (*El Gráfico*, 7/7/1928: 15).

Años más tarde, en un artículo bastante posterior, Borocotó llegaría a decir que:

Cada país juega al fútbol como sabe hacerlo y de acuerdo con el temperamento de sus hombres, con su idiosincrasia, como siente el fútbol. ¿Por qué el pibe nuestro quiere moverla, ablandarla, hacer chiches, todo lo cual le ha dado ese maravilloso dominio de pelota que más de una vez resulta poco práctico? Porque nació así. No se le ocurrió ser así. ¡Es así! Algo habrá en el aire, en el paisaje, en la sangre, en el asado, en el mate, pero es así. Y por otros lados el aire, la sangre, el paisaje y la alimentación son diferentes. No hay una manera de jugar al fútbol. Hay maneras. (Borocotó, 11/8/1950: 48).

En el proceso de construcción del estilo criollo que propone *El Gráfico* hay una fuerte vinculación con la naturaleza. Las

condiciones preexistentes en la Argentina determinan a sus jugadores de tal manera que “nacén” con el talento irreverente. El pibe de potrero, desfachatado, rompe con el orden que los ingleses habían dotado al fútbol.

En las próximas tres décadas, el mito originario se asentaría en la opinión pública y cobraría valor de verdad. Haber llegado a la final del Mundial de 1930 y haber conquistado seis veces la Copa América fueron argumentos funcionales para legitimar esta visión acerca del fútbol argentino. En la década del 50, Dante Panzeri continuaría con el legado dejado por Borocotó y reforzaría el mito con sus notas de gran contenido analítico.

No obstante, el Mundial de Suecia de 1958 pondría en crisis la identidad que había sido creada en torno al fútbol argentino. Lo que hasta fines de la década de 1950 era considerado como una verdad trascendente, durante toda la década de 1960 fue puesto en cuestionamiento. Esta inestabilidad al interior del campo discursivo no se plasmaría únicamente en *El Gráfico*, sino que se convertiría en una tensión general en el ámbito del fútbol.

En 1965, Osvaldo Zubeldía junto a Argentino Geronazzo publicaron *Táctica y Estrategia del fútbol*, un manual donde sentaron las bases del fútbol moderno. Las ideas que comenzaron a mellar el discurso hegemónico se vieron plasmadas en este volumen escrito por dos directores técnicos. De su título se desprende la importancia central que adquirirían para los autores la táctica y estrategia, junto a la introducción de nuevos conceptos como la marcación hombre a hombre, los relevos por eliminación, el offside provocado, las jugadas preparadas, entre otros (Zubeldía y Geronazzo, 1965).

En 1967, Dante Panzeri arremetería con su *Fútbol, dinámica de la impensado*, obra en la que revalida el estilo tradicional del fútbol argentino. Con críticas ácidas a los directores técnicos y los nuevos profesionales que rodean el fútbol como los kinesiólogos, deportólogos, masajistas y psicólogos, Panzeri pre-

gona una vuelta al fútbol librado al azar, a lo imprevisible, a lo espontáneo, frente a lo estructurado, lo metódico, lo diagramado. (Panzeri, 2011 [1967]).

Durante los años que Estudiantes encadenó sus títulos locales e internacionales, Panzeri trabajaba como columnista del diario *El Día*. La pertenencia del medio a la misma ciudad que el club no fue un impedimento para que Panzeri criticara a destajo al conjunto Pincharrata y en especial a Osvaldo Zubeldía. Los éxitos alcanzados por Estudiantes bajo los nuevos modos de concebir al fútbol, tampoco hacían mella en su defensa a ultranza del estilo tradicional argentino.

De manera que los logros obtenidos por Estudiantes de la Plata durante este período se encuentran fuertemente determinados por los sucesos anteriormente descriptos. Los cambios estructurales en el formato de los torneos, los fracasos de la Selección Argentina y la crisis del imaginario creado en torno al estilo de juego nacional, posibilitaron que las ideas modernizadoras que ya circulaban en Europa y el resto del mundo, fueran apropiadas y reformuladas de manera exitosa por Osvaldo Zubeldía en el equipo platense. La cobertura de *El Gráfico* y *El Día* acerca de estos acontecimientos, servirán para conocer los discursos que dominaron la narrativa de aquella gesta.

-3-

La irrupción del equipo simpático

El 8 de agosto de 1967, *El Gráfico* publicó la cobertura de la final del Torneo Metropolitano disputada dos días antes en el Viejo Gasómetro, protagonizada por Estudiantes de La Plata y Racing Club. El equipo dirigido por Zubeldía había derrotado por 3 a 0 a la Academia y se había coronado por primera vez campeón del fútbol argentino. El semanario dedicó la tapa a Estudiantes, con la salvedad de tratarse de una imagen de archivo del goleador del equipo, Juan Eche copar. El título fue “Para la historia: ¡Estudiantes campeón!” (*El Gráfico*, 8/8/1967: 1).

Zubeldía había asumido como director técnico en enero de 1965 y tras dos temporadas de rendimiento regular, logró posicionar a Estudiantes como un equipo competitivo.

Aquel equipo recurría a los tiros de esquina con pierna cambiada y a la ley del *offside* con una eficacia más sorprendente que la de su antecesor Atlanta, y había incorporado a su bagaje grupal una variedad de recursos tácticos que muchos de los entrenadores rivales no lograban ni si quiera entender (Bañez, 2012: 54).

El cuerpo técnico, luego de dos años de trabajo, había logra-

do sistematizar las concentraciones antes de los partidos y los entrenamientos a doble turno.

Osvaldo fue un innovador. Hacíamos cosas que nadie había hecho antes: estudiábamos muy bien a los rivales, mirábamos películas de partidos grabados en cintas [...] practicábamos cientos de veces con la pelota detenida: córner, tiro libre, el *offside*, la marca (Bilardo, 2014: 58).

Zubeldía recurría al pizarrón para explicar sus jugadas, introdujo el armado de la defensa con un líbero y dos *stoppers*, la marca hombre a hombre y pedía que los córners fuesen enviados al primer palo para buscar el letal doble cabezazo en el área.

El conjunto de estrategias y tácticas practicadas por Estudiantes en las semanas previas a cada partido fue identificado con la metáfora del “Laboratorio”. El Pincha era un equipo que “experimentaba” con el fútbol. Con conceptos modernos, algunos de ellos tomados de cuadros europeos y en su gran mayoría introducidos por primera vez en el país por Zubeldía, se buscaba estar a la altura de los clubes “grandes” que contaban con mayor presupuesto traducido en jugadores de mayor jerarquía (Blanco, 1971). Durante los primeros dos años que Estudiantes no logró resultados deportivos, la propuesta liderada por Zubeldía pasó casi desapercibida para los medios de comunicación. Sin embargo, el quiebre en la hegemonía de títulos de los equipos “grandes”, posicionó a Estudiantes en un lugar de privilegio en las narrativas periodísticas e hizo temblar los cimientos del discurso tradicionalista sobre el fútbol argentino.

El Pincha había llegado a la final tras quedar en el segundo lugar de la zona A, al igualar en puntos con Racing (29) pero tener menor diferencia de gol que el conjunto de Avellaneda. En aquella primera edición del Torneo Metropolitano se había estipulado que los primeros de cada zona se enfrentarían con el segundo de la zona opuesta. Al equipo dirigido por Zu-

beldía le tocaba definir el pase a la final contra el puntero de la zona B, Platense. El partido se jugó el 3 de agosto de 1967 y Estudiantes venció al conjunto de Vicente López con un histórico 4 a 3, tras ir perdiendo por 3 a 1. Aquel encuentro disputado en la Bombonera se convirtió en el pilar sobre el cual el Pincha gestaría su época dorada.

Dante Panzeri dedicó su columna N°456 del diario *El Día* a lo sucedido aquella noche en La Boca. Titulada “¿Qué digo yo?... ¡NO! ¿Qué dicen ellos?” (Panzeri, 9/8/1967: 11), en esta colaboración haría su descargo tras las críticas recibidas sobre sus anteriores columnas en las que justamente no había sido elogioso del desempeño del equipo de Zubeldía. Los lectores, de quienes se presume que en su mayoría eran hinchas de Estudiantes, dejaron mensajes en la sección del correo en los que preguntaban de forma irónica qué diría ahora Panzeri sobre el triunfo Pincha. Aquí se realiza un juego intertextual en el que el periodista se incluye como enunciador e interpela a sus lectores que dialogan con las colaboraciones anteriormente publicadas. La discrepancia preexiste al nuevo texto y es retomada por Panzeri.

El título de la nota es una provocación, en la cual el periodista redobla su apuesta, se mantiene en su postura y los desafía a conocer sus nuevas opiniones. En el desarrollo de su colaboración, halagaría las virtudes ofensivas que había demostrado Estudiantes para dar vuelta el 1-3 parcial. Cómo si se tratasen de dos equipos diferentes, el periodista criticó lo hecho hasta aquel partido por el conjunto de Zubeldía y no ahorró elogios para el desempeño en aquella semifinal:

¿Quién, de dónde, cómo y por qué se produjo para Estudiantes y los panegiristas del fútbol-miseria esta alegría sin par en muchos años de la historia del fútbol platense? ¿Acaso el fútbol que Estudiantes estuvo jugando todo el año y HASTA LOS 45 MINUTOS DEL PRIMER TIEMPO de su noche blanca en La Boca? ¡No! Ladrones he de lla-

marlos, sin vacilar (Panzeri, 9/8/1967: 11).

Panzeri descalifica a quienes defienden el estilo de juego de Estudiantes, los trata de “panegiristas”, una suerte de aduladores, a la vez que los acusa de apologistas del “fútbol-miseria”. Para el periodista, el fútbol-miseria se caracteriza por ser defensivo, por su especulación, por su falta de goles. Lo estratégico, lo planeado, no pudo haber conducido a la victoria, sino que fue obra de la “libre iniciativa del temperamento del jugador” (Panzeri, 9/8/1967: 11). Sin embargo, al hacer uso de las estadísticas, el dato duro se le vuelve en contra: “Estudiantes produjo 24 goles en 22 partidos, uno de los más bajos índices de la zona que lo hizo finalista y el tercero de su historia en el profesionalismo en cuanto a eficacia ofensiva en 22 partidos” (Panzeri, 9/8/1967: 11).

En su entramado discursivo, el periodista busca a través de este argumento dotar de una connotación negativa la poca cantidad de goles producidos. Sin embargo, Estudiantes se clasificó semifinalista aun teniendo un promedio de gol bajo y no a costa de ello. El uso de la estadística como argumento intenta reforzar la idea madre de Panzeri: aquellos que no convierten muchos goles, no obtienen una victoria legítima. Para Panzeri, lo ofensivo es un fetiche “Haciendo lo que normalmente se ha proscrito la generalidad casi absoluta del fútbol (...) atacando ¡yendo arriba!” (Panzeri, 1967: 11). Para el periodista el fútbol es ofensivo por naturaleza, por definición, como si estuviese reglamentado que la única forma de ganar es “yendo arriba” y que todo lo que implica resguardarse, privilegiar lo defensivo no fuese posible de practicar en este deporte.

En la columna de Panzeri se pone de manifiesto la tensión vigente con respecto a los estilos de juego. El periodista hace referencia en reiteradas ocasiones a un antes y un después entre distintas formas de practicar el deporte: “dejar de luchar defensivamente como hoy se juega, y a pasar a luchar como hoy no

se lucha en el fútbol ¡yendo arriba!"; "Simplemente haciendo lo insólito del fútbol de esta época: ¡atacar!" (Panzeri, 9/8/1967: 11). Según el autor, el fútbol ofensivo había sido reemplazado por el defensivo, transformándose lo ofensivo en una rareza, en una anormalidad para 1967.

Lo defensivo, a pesar de ser una parte fundamental del juego, es considerado como algo negativo. El fútbol de aquel entonces estaba "lleno de cobardía, especulación con la incapacidad para producir resultados y comodidad de esperar que ellos se produzcan por determinaciones ajenas" (Panzeri, 9/8/1967: 11). Jugar a defenderse es, para Panzeri, una actitud cobarde y que no sería eficaz, ya que no conduciría a la victoria. Sin embargo, la campaña realizada por Estudiantes que le permitió acceder a aquella semifinal, contradice la máxima enunciada por el periodista. Teniendo en cuenta la fase regular, el Pincha fue junto a Independiente el equipo que menos goles recibió (15), el que más puntos logró al igual que Racing (29), obteniendo un formidable 70% de efectividad (La Historia Nro. 9 en *Animals*: 6). Más adelante, dirá:

Esta alegría de Estudiantes de La Plata ("Galardón para la ciudad") no le pertenece absolutamente a NINGÚN PLAN, a nada, ni nadie de lo comprendido en aquella instrumentación que puede sí, redituvar una clasificación como la que logró de aquella manera Estudiantes; pero que...
¡JAMÁS PUEDE DAR SATISFACCIONES COMO LA DE AQUELLA NOCHE BLANCA EN LA BOCA! (Panzeri, 9/8/1967: 11).

El uso de las mayúsculas aparece como un intento desesperado por evidenciar que lo conseguido por Estudiantes no se debe a lo planificado, ni a quienes han trabajado en ello, sino que ha sido obra de la "desesperación" que llevó a romper esquemas y dar vuelta el resultado. El autor utiliza recurren-

temente los adverbios para reforzar su posición: “simplemente” y “absolutamente” aparecen como recursos para otorgarle mayor peso a su enunciado.

Aquel fútbol planificado carecería del placer que para Panzeri solo producen los partidos con muchos goles. Por oposición, la propuesta de Zubeldía serviría para sufrir, no para disfrutar: “Porque este tipo de alegrones para el fútbol todo y para quienes sienten la euforia de sentirse artífices de hazañas de este tipo... ¡solo surgen como surgieron esa noche: de la libre iniciativa del temperamento del jugador!” (Panzeri, 9/8/1967: 11).

Tras la heroica victoria sobre Platense, en la final lo esperaba nada menos que el Racing de José Pizzuti, vigente campeón de la Copa Libertadores. El Pincha ya lo había derrotado por 2 a 1 en la fase regular, quitándole el invicto que tenía el club de Avellaneda como local desde 1965 (La Historia N°9 en *Animals*: 6). La contundencia de la victoria en la final, un inapelable 3 a 0 con goles de Madero, Verón y Ribaudó en el viejo estadio de San Lorenzo de Almagro, lo convirtió en el primer club por fuera de los cinco grandes en consagrarse campeón del máximo torneo de fútbol organizado por la AFA.

La explicación mágica

Retomando lo publicado por *El Gráfico*, a pesar del peso simbólico de la conquista obtenida por Estudiantes, en tanto primer club chico en consagrarse campeón en la era profesional, el director de la revista, Carlos Fontanarrosa, hizo caso omiso de este hecho en su editorial y publicó una nota referida a un robo protagonizado por un atleta argentino en los Juegos Panamericanos organizados por Canadá. En la sección en la que se define la orientación discursiva de la revista no se hacía mención al triunfo del club platense. Tampoco se haría en el número siguiente.

Luego sí, en las próximas páginas, Osvaldo Ardizzone desa-

rollaría la crónica del partido. La misma fue acompañada por una gran cantidad de imágenes relativas a los goles y festejos del flamante campeón. En otra nota titulada “Estudiantes aprende a ‘sentirse’ campeón”, la revista retomó las principales declaraciones de Osvaldo Zubeldía tras el partido consagradorio.

Sin embargo, el análisis en profundidad de lo que significaba aquel campeonato de Estudiantes quedaría a cargo de Julio César Pasquato, alias Juvenal, quién firmó la nota titulada “Un triunfo de la nueva mentalidad” (8/8/1967:8). En el recuadro se conjuga análisis con opinión, en el cual se contraponen las concepciones más tradicionales de *El Gráfico* sobre la manera en la que un equipo argentino debía jugar al fútbol y el modo en que lo hacía Estudiantes.

En principio, Juvenal se rinde ante la consagración inobjetable conseguida por el conjunto albirrojo. Habla de una conquista “deportivamente simpática” y “futbolísticamente reconfortante” (Juvenal, 8/8/1967:8). Sin embargo, enseguida comienza a hablar del triunfo de “una nueva mentalidad tantas veces proclamada desde Suecia hasta aquí” (Juvenal, 8/8/1967:8). Se hace referencia a la crisis del seleccionado nacional, que arrastra un profundo desencanto en el periodismo y la opinión pública desde el desastre de Malmö en 1958, cuando la Argentina fue eliminada del Mundial por Checoslovaquia tras perder por 6 a 1. Con el campeonato conseguido por Estudiantes, aquellas nuevas ideas se vuelven efectivas y comienzan a plasmarse en resultados concretos a nivel clubes.

Estudiantes viene a llenar ese vacío de representatividad con un nuevo estilo que paradójicamente posee mucho de los componentes propios del fútbol que *El Gráfico* había asociado a los británicos. Esta contradicción va a generar rupturas con el discurso monolítico hegemónico que impulsaba la revista desde 1920 y que entró en crisis en la década del 60. “Una nueva mentalidad servida por gente joven, fuerte, disciplinada, dinámica, vigorosa, entera, espiritual y físicamente. Gente dispuesta a tra-

bajar por un objetivo común” (Juvenal, 8/8/1967:8). Aparecen resaltados como valores la “disciplina” y lo “físico”, y por otra parte se alude al compromiso grupal, a la supremacía de lo colectivo sobre lo individual.

Más adelante, Juvenal hablará de una nueva mentalidad en la que “los once estudiantiles aprendieron a ser todos defensores” (Juvenal, 8/8/1967:8), rescatando la solidaridad de un delantero como Echeopar para retroceder 70 metros y colaborar en la zona defensiva. Un diagnóstico de este calibre hubiese sido impensado sólo una década atrás.

Sin embargo, el periodista no puede desprenderse del imaginario futbolístico que trae arraigado:

Y así, del Estudiantes fuertemente defensivo de casi toda su campaña en el Metropolitano, llegamos a este Estudiantes pletórico, de ambición ofensiva, que SALE A GANAR sus últimos partidos con la fe del que sabe y el optimismo del que puede (...) Este Estudiantes REVELACIÓN, que en sus tres últimos partidos logró el milagro de borrar la imagen de equipo que defiende pero no ataca. Que sabe no perder, pero no aprende a ganar. Que complica el partido, pero no lo resuelve. Que se las ingenia para teparle todas las salidas al oponente, pero no encuentra la forma de concretar su propia entrada (Juvenal, 8/8/1967:8).

Aquí hay un punto de contacto con la apreciación de Panzeri en *El Día*. Nuevamente hay un desdoblamiento del equipo de Estudiantes. Hasta la última fecha de la fase regular, el Pincha había ganado 12 de 22 partidos y había perdido solamente tres. Sin embargo, según Juvenal, aquella campaña pertenecía a un Estudiantes que no salía a ganar, que no lo había aprendido, que únicamente se defendía y complicaba los partidos, pero que “milagrosamente” había dado un vuelco en las últimas tres jornadas y se había convertido en otro Estudiantes.

Juvenal haría más explícitos sus rasgos tradicionalistas al calificar el juego de Estudiantes como “ultra- defensivo, mordedor, destructivo” y al considerar estas características como “limitaciones” que poseía el equipo (Juvenal, 8/8/1967:8). Aquí se pone de manifiesto con claridad la vigencia de la creencia de que el fútbol argentino debía ser ultra ofensivo, irreverente y productivo y que todo aquello que tuviese que ver con impedir que el rival pueda desarrollar su plan de juego haya sido visto como algo desdeñable, carente de validez e impropio de un equipo campeón.

La consagración de Estudiantes situó en agenda las concepciones vigentes sobre cómo debía jugarse al fútbol. Aquel título desnudó la crisis del mito originario del fútbol argentino y estableció una doble ruptura: la del club “chico” que acabó con la hegemonía de los cinco grandes y que lo hizo a través de un estilo que no se condecía con la historia del fútbol vernáculo.

Al momento de consagrarse campeón, la prensa deportiva ya asociaba desde hacía por lo menos un año el juego de Estudiantes a las categorías de defensivo, especulador, miseria, destructivo, planificado y cobarde. Inclusive, lo defensivo y lo planificado como atributos negativos, impropios de un deporte que sólo debía jugarse de forma ofensiva y sujeta a lo aleatorio, lo impredecible. La hegemonía discursiva opera estableciendo sentidos y en este caso se instituyó como lo normal, como positivo y efectivo jugar a atacar, y se sentenció como marginal, negativo e ineficaz lo relacionado a lo defensivo.

En ambos análisis existe una coincidencia con respecto a la descripción del desarrollo de la campaña de Estudiantes. Una primera gran parte que incluye toda la fase regular hasta la semifinal con Platense, en la cual se trataría de un equipo aguerrido, equilibrado pero sin los atributos necesarios para salir campeón, mientras que en la semifinal y la final se trataría de otro equipo que “milagrosamente” habría cambiado su juego, adoptando los estándares necesarios para poder alzarse con el trofeo.

Para ambas narrativas, el Pincha no podría haber salido campeón sino dejaba atrás la fase defensiva y se decidía a ir a buscar los triunfos con espíritu ofensivo.

Hasta aquí, se construyó una mirada sobre Estudiantes en la cual se deslegitimaron los recursos adoptados en las fechas regulares del torneo y se presentó la conquista del Metropolitano de 1967 como un designio sobrenatural, como una “obra de magia” (Panzeri, 9/8/1967: 11) que iluminó el sendero del club platense, torciendo el rumbo hacia el fútbol ofensivo, de ataque, liderado por la irreverencia de los habilidosos. De todas maneras, las narrativas de la prensa sobre el nuevo campeón del fútbol argentino habían sido positivas: se hablaba de un equipo simpático y de una conquista que había traído alegría al fútbol y a la ciudad de La Plata. Sin embargo, esta valoración no tardaría en cambiar.

-4-

Vericuetos

Estudiantes había conseguido su boleto para participar por primera vez de la Copa Libertadores no por haber conquistado el Torneo Metropolitano de 1967, sino por el subcampeonato invicto del Torneo Nacional disputado en la segunda parte del mismo año. Tras ganar el grupo 1, en la segunda fase se enfrentó con Independiente de Avellaneda y Universitario de Perú. Los choques con el Rojo se volverían un clásico años más tarde, generándose una gran rivalidad entre ambos equipos por su estirpe copera.

Estudiantes derrotó a Independiente en condición de visitante por 2 a 1 y Juvenal fue el encargado de escribir la crónica del partido para *El Gráfico*. Hacia el final de una extensa descripción de lo acontecido en la Doble Visera, el autor incorporó el subtítulo “El ‘odiado’ Estudiantes” (Juvenal, 2/4/1968: 52) y opinó lo siguiente:

Aun admitiendo que en la segunda parte bajó mucho demostrando que le está faltando pierna y que sus hombres sienten el esfuerzo de una campaña muy exigida, el trabajo de Estudiantes en los 45 minutos iniciales fue muy convincente como expresión de juego asociado. Sin embargo, si-

que sin gustar. Por el contrario, su estilo levanta resistencias cada vez más fuertes. Se lo acusa de especular demasiado. De “ensuciar” el juego cuando no le conviene la lucha franca. De “enfriarlo” demorando todos los saques para quitarle ritmo al adversario. Se está convirtiendo en un equipo odiado. ¿Es justa esa apreciación? ¿O es la clásica expresión de rencor hacia el cuadro que gana, ya conocida anteriormente por Boca, Independiente o Racing? (Juvenal, 2/4/1968: 52).

En este caso Juvenal se invisibiliza como sujeto enunciador al formular sus afirmaciones en impersonal y al hacer uso de la voz pasiva. De esta manera, pretende tomar distancia de lo que él está escribiendo, adjudicándole los cuestionamientos a “otros” que no aparecen mencionados ni se sabe bien quiénes son. ¿Quién dijo que Estudiantes no gusta? ¿Quién lo acusa de especular demasiado? Finalmente llega a sentenciar que “se está convirtiendo en un equipo odiado”. ¿No es el mismo Juvenal quien carga a Estudiantes con las mencionadas estigmatizaciones?

La sutileza radica en construir ciertas críticas que son propias y presentarlas como si fueran un mero eco de lo que se oye en una pretendida opinión pública. La idea que se desprende del párrafo asocia a Estudiantes a lo sucio, a lo que no gusta, a lo especulativo, a lo odioso. El equipo comandado por Zubeldía ya no es “simpático” como en 1967.

Más adelante en la nota, Juvenal reaparece como sujeto enunciador y dictamina que “Indudablemente Estudiantes es un equipo ‘ventajero’. Dentro de lo legal y también bordeando el delgado límite que separa lo correcto de la trampa antideportiva. Pero tampoco hay que exagerar, QUE ESTUDIANTES NO INVENTÓ NADA” (Juvenal, 2/4/1968: 52).

Si resultaban escasos los calificativos proporcionados anteriormente, el autor lo revalida tratando al Pincha de ventajero y sembrando desconfianza sobre su desempeño al interior del campo de juego: merodea lo tramposo y lo antideportivo.

La idea de Estudiantes como equipo que hace trampa quedaría muy impregnada en el imaginario deportivo posterior. Es una de las características fundamentales que han sido asociadas al conjunto de Zubeldía y que perviven al día de hoy. En la actualidad, por ejemplo, en aquellos partidos controvertidos desde el resultado o el arbitraje, los rivales de turno utilizan de manera recurrente al mito de Estudiantes de la Plata como equipo tramposo para explicar y justificar la polémica suscitada.

Recomponer la semifinal

Luego de superar la segunda fase, el Pincha eliminó al vigente campeón del mundo, Racing Club, en una semifinal muy reñida que se definió en un tercer partido jugado en el Monumental de Núñez. El partido de ida se jugó en Avellaneda, con victoria del local por 2 a 0. A la semana siguiente en La Plata, Estudiantes doblegó a la Academia por 3 a 0 estirando la definición a un desempate. A pesar de haber igualado 1 a 1, los dirigidos por Zubeldía consiguieron el pase a la final por mejor diferencia de gol en la serie total.

El Gráfico realizó la cobertura sobre aquellos encuentros con una curiosidad que fue expresada por Carlos Fontanarrosa, director editorial de la revista: al tratarse de un semanario, dada la proximidad con la que se jugaron el partido de vuelta en La Plata (24-4-68) y el desempate disputado en River (27-4 68) –solo 3 días de diferencia- la síntesis de ambos enfrentamientos debían publicarse en el mismo número que vería la luz el 30-4-68.

En el editorial de aquel número, Fontanarrosa explicó que contaban con gran material para publicar sobre lo sucedido en el partido que el Pincha le ganó 3 a 0 a la Academia, pero que sin embargo habían decidido suprimirlo dado que el desempate había opacado lo sucedido en el segundo partido. La particularidad del caso viene dada porque Fontanarrosa se refirió a la semifinal de vuelta como el “partido-escándalo”:

Como no podía ser de otra manera, TODO EL MUNDO declaró después del partido escándalo (miércoles 24, Estudiantes- Racing en La Plata) que se había llegado al colmo del antifútbol. La avalancha periodística lo dijo en todos los tonos. La calle lo repitió en todos los calibres. En nuestra redacción –naturalmente– se vivió el mismo clima (Fontanarrosa, 30/4/1968: 3).

En principio salta a la vista la búsqueda por legitimar el juicio de valor realizado sobre lo sucedido aquella noche a partir de una pretensión de totalidad: en solo un párrafo se refiere a “todo el mundo”, “todos los tonos” y “todos los calibres”. Fontanarrosa procura darle mayor entidad a su afirmación a partir de incorporar otras voces, en este caso poco definidas: ¿Quién es todo el mundo? ¿Quién es la calle? De algún modo busca universalizar algo que está diciendo él en nombre de la revista, pero que adquiere mayor peso si eso que dice, lo dicen “todos”.

En segundo lugar, aparece “antifútbol” como categoría. Lo que han hecho Estudiantes y Racing ha sido lo opuesto al fútbol canónico. ¿Qué pasó en aquel encuentro? Fontanarrosa describió que hubo “tironeos, abalanzamientos sobre el árbitro, escenas ‘desgarradoras’ de los hombres que se tiraban teatralmente, agresiones, etc.” (Fontanarrosa, 30/4/1968: 3). De modo que en esta primera aproximación al concepto, el autor da a entender que en el antifútbol se conjuga la protesta, la simulación y la violencia. Luego se verá si esta acepción acaba por comprender el significado que tenía el antifútbol en los discursos de la época.

A su vez, existe un refuerzo del discurso a partir de la incorporación del “naturalmente”, con el que Fontanarrosa asimila el clima exterior a la revista, con el que se vive al interior de la redacción. En la configuración narrativa que propone el autor de la nota, aquel pathos dominante inundaba no solo las charlas de café, las discusiones de pasillo, sino también los escritorios de los periodistas deportivos más leídos de la época.

El 16 de mayo de 1968, Estudiantes se consagró campeón de la Copa Libertadores de América luego de vencer en un nuevo desempate al Palmeiras de Brasil. En La Plata, el Pincha había vencido al conjunto paulista 2 a 1, mientras que la revancha fue para los brasileños por 3 a 1. El encuentro definitivo se disputó en el Estadio Centenario de Montevideo y allí, los dirigidos por Zubeldía llegaron a la cima de América tras imponerse 2 a 0 con goles de Ribaudó y Verón. La conquista del título internacional cosechó un amplio abanico de elogios por parte de la prensa. La gesta realizada por Estudiantes fue tapa de los principales diarios argentinos. Los medios debían ser partícipes activos del éxito deportivo: no podían dejar pasar el carro triunfalista.

En la tapa del 7 de mayo de 1968, el mismo día que el Pincha jugaba el partido de vuelta en Brasil, *El Gráfico* tituló con letras celestes “Estudiantes ya es Argentina” (*El Gráfico*, 7/5/1968:1). Por primera vez, el equipo platense se arrogaba la representación de lo nacional para el semanario. El interés por lo que pudiera suceder aquella noche en San Pablo ya no respondía únicamente a los simpatizantes Pincharratas, sino que se presentaba como objeto de atención del país entero. La Selección Argentina venía de diez años de decepciones internacionales y los equipos “grandes” esta vez no habían logrado llegar a la instancia final. El equipo platense, de métodos y conductas cuestionados, ahora ocupaba el lugar de privilegio para la prensa deportiva.

Con una gran cobertura de lo sucedido en los tres partidos finales, *El Día* tampoco quedó exento de la ola triunfalista. Sin embargo, una opinión escrita por Marcos Aronín, alias “My Space”, tomaría distancia de la línea de análisis sostenido por Dante Panzeri. Incluso, ciertos pasajes de la nota parecen ser dardos dirigidos específicamente al ex director de *El Gráfico*. El texto se titula “Apuntes sobre fútbol” (*My Space*, 18/5/1968: 9) y en forma de bajada enumera tres conceptos en el siguiente

te orden: “trabajo, “planificación” y “¡humildad!”. La selección de los mismos se vincula fuertemente con las ideas y los valores modernizadores que Osvaldo Zubeldía comenzaba a implementar de forma sistemática en Estudiantes. My Space dirá que:

Lo específico, en este caso, y descontando que en Estudiantes hubo trabajo, con todas sus equivalentes de contracción y disciplina, es afirmar que hubo un quehacer planificado. Que una idea futbolística central presidió toda la construcción técnica de los últimos tres años, con su positiva consecuencia de unidad de acción y –más aún– de un estilo de juego acreditable en un ritmo estable (My Space, 18/5/1968: 9).

Lo disruptivo en la nota tiene que ver con la interrelación de dos ideas: que lo alcanzado por Estudiantes fue fruto de un “quehacer planificado” y que hubo un patrón de juego premeditado y llevado a cabo durante tres años. My Space arremete no solo contra aquellos que sostienen la visión tradicional del estilo de juego argentino, sino también contra aquellos que creían que lo logrado era solo una cuestión asilada, sin continuidad en el tiempo. El autor le otorga valor al trabajo a largo plazo, a los resultados obtenidos producto de un proceso. No desmerece lo previo, sino que lo asocia al éxito actual. Más adelante arremeterá:

Desde luego, que puede sobrevenir en algunos círculos la crítica fácil de quien censura el “pizarronismo”, porque siguen sosteniendo que es mejor la expresión de un espíritu libre en el juego que una sujeción a sistemas rígidos. A esta altura, no vale la pena continuar una polémica o una deliberación que en última instancia es estéril y solo conviene subrayar que lo que ocurre es que como para planificar algo hay que saber “algo” para planificarlo, además de saber planificar, quienes no saben ni una ni otra cosa recurren al simple recaudo de

encarecer la improvisación como el resorte más idóneo del éxito (My Space, 18/5/1968: 9).

My Space se enfrenta a una verdad muy arraigada en el discurso tradicionalista y refrendada por Dante Panzeri en sus columnas de *El Día*: la idea de que lo “imprevisto”, “lo espontáneo” es superador de lo que él denomina “pizarronismo”, es decir, la prevalencia de lo planificado, lo metódico, lo ensayado, lo preparado con antelación. Estudiantes viene a demostrar que es posible ganar con otro estilo de juego. Que no es necesario quedarse atado a las máximas futboleras esgrimidas más de 30 años atrás, sino que lo moderno, que incluye lo planificado, es plausible de triunfar en el fútbol argentino.

Contradicciones

El 14 de mayo, dos días antes de jugarse el partido de desempate en Montevideo, *El Gráfico* abordó como tema central la inminente definición de la Copa Libertadores. La imagen de tapa fue un retrato de la delegación Pincharrata en la capital uruguaya, posando en la Plaza Independencia con el monumento a Artigas de fondo. En la página 52, una nota sin firmar titulada “¿Qué hay que hacer en Montevideo?” (*El Gráfico*, 14/5/1968:52) reivindicaría al Estudiantes del “overol”:

Estudiantes conseguirá su reencuentro espiritual... En otras palabras: volverá a ser el Estudiantes con todo “ese antifútbol” que pudo convertirlos esta vez en los “falsos señoritos” como los que vimos en Pacaembú, jugando con chistera y frac, lo que siempre transpiraron con el manchado y proletario overol de los que saben usar los poros y las piernas, la sangre y el alma para denunciar la sinceridad de lo único que saben... para conseguir lo único que quieren... (*El Gráfico*, 14/5/1968: 52).

Al juzgar de la revista, Estudiantes había mostrado una versión muy displicente en el partido de vuelta jugado en Brasil, lo que le había costado una derrota por 3 a 1. A raíz de esas críticas es que *El Gráfico* va a pedir, irónicamente, que Estudiantes se nutra del antifútbol, ese ¿atributo? que tan duramente había cuestionado Fontanarrosa en el editorial publicado quince días atrás. Nótese que el uso de las comillas tiene como objetivo tomar distancia del concepto y al mismo tiempo dejar abierta la interpretación del significado del término. ¿A qué se referían esta vez con esta categoría? ¿Al uso de la violencia, la simulación y la protesta? Por lo que sigue a continuación, parecería que no:

Estudiantes no sabe ni puede jugar como lo hace Adhemir Da Guía. Pero tampoco puede quedarse a contemplar cómo recibe, cómo domina, como arranca, y cómo toca... Entonces hay que impedir que la reciba para que no la domine, para que después no arranque y para que finalmente no la toque... Esto, esto último es lo que no ocurrió en Pacaembú. Esto, esto último es lo que debe ocurrir en Montevideo. No solamente con Adhemir Da Guía, que utilizamos como ejemplo. Esto, esto último tiene que ocurrir en toda la cancha... Esa es la única manera de que vuelva a aparecer el Estudiantes que nadie reconoció en el Pacaembú. Especialmente los que los conocemos. El laboratorio es importante. Pero para el 16 es necesario descolgar los overoles del guardarropa. Ese, el overol, es el mejor uniforme de Estudiantes (*El Gráfico*, 14/5/1968:52).

De modo que esta vez el antifútbol significa ponerse el overol, el uso del sudor, la sangre. Incluso se habla del “manchado y proletario overol” (*El Gráfico*, 14/5/1968:52). La metáfora es clara. Hay una fuerte referencia a cualidades propias de los trabajadores, pero no los de cuello blanco, sino al proletariado, al obrero que solo tiene para ofrecer su fuerza de trabajo, su en-

trega y su sacrificio. La copa podía ser traída a la Argentina solo si se recurría a estas virtudes. La revista ya no reclama por el Estudiantes de “ambición ofensiva”, el que “sale a ganar”, sino más bien lo contrario. Y esta vez no importa si el uniforme está “manchado”. No es definitorio para el triunfo saber si los jugadores “se han ensuciado” en pos de conseguir el objetivo. ¿Qué idea se oculta en esa metáfora? ¿Qué sería en esta ocasión “ensuciarse”? ¿Acaso esta vez sí es válido recurrir a conductas y prácticas que fueron cuestionadas en otras oportunidades? En definitiva, ¿se está haciendo apología de cuestiones antirreglamentarias o simplemente lo que antes era visto de manera peyorativa ahora es reivindicado sin desparpajos?

El Gráfico publicó un nuevo número el 21 de mayo, cinco días después de que Estudiantes conquistara el máximo galardón continental. El editorial publicado por Fontanarrosa, titulado “Estudiantes y el ‘antifútbol’” (Fontanarrosa, 21/5/1968:3), termina por confirmar la vigencia de la temática en la agenda de la prensa deportiva. Por un lado, existe cierta continuidad en la presencia del tema antifútbol en el semanario, pero por otra parte, surgen rupturas en los modos de abordar la categoría. El antifútbol que Fontanarrosa describe en su editorial de fines de abril nada tiene que ver con lo que escribió en el editorial del 21 de mayo:

Una corriente trajo el “antifútbol” para calificar la destrucción de Estudiantes, de este Estudiantes que ha ganado los más grandes elogios que quizá se hayan tributado jamás en la prensa extranjera a un equipo argentino. Marcar con todos sus hombres y en toda la cancha no puede ser “antifútbol”. Estudiantes marca, obstruye, impide la progresión ofensiva del rival porque su gente está mental, física y espiritualmente preparada para ese esfuerzo y porque sabe que no puede regalar ninguna clase de ventajas [...] Que su juego sea más sólido que bonito, no basta para llamar “antifút-

bol” a ese auténtico FÚTBOL de producción masiva y resultados convincentes que hace Estudiantes (Fontanarrosa, 21/5/1968:3).

En primer lugar se puede observar nuevamente cómo el autor quiere despegarse de aquellos que llaman antifútbol a Estudiantes, al hablar de una “corriente que trajo”, cómo si el lector olvidara que veinte días antes el mismo editorialista se había encargado de encasillar al equipo platense bajo ese mote. A su vez, y aquí sí Fontanarrosa se hace cargo de sus palabras, habla de la “destrucción de Estudiantes”. La enunciación del autor es una valoración en sí misma porque la forma de nombrar el hecho, es decir, la selección de cierto léxico, no es azarosa. En lugar de “destrucción” podría haber utilizado “actuación”, “producción” o referirse al “fútbol” de Estudiantes. Sin embargo eligió hablar de “destrucción”, lo cual acaba por desnudar su posicionamiento respecto al tema.

Más avanzada la nota, el vaivén conceptual sobre el antifútbol no se detendrá y dirá que “marcar con todos sus hombres y en toda la cancha no puede ser antifútbol” (Fontanarrosa, 21/5/1968:3). Al margen de que el autor está reconociendo que hubo una utilización equivocada del concepto, a través de la negación deja entrever con claridad que consideraba “antifútbol” a la preocupación por el aspecto defensivo, por la marcación. Esta declaración es reveladora del discurso hegemónico sostenido por la revista con respecto a la manera en que se debía jugar al fútbol en Argentina. La marcación con todos los jugadores y en toda la cancha, conocido también como “pressing”, era una táctica completamente diferente al estilo de juego mítico construido para el fútbol argentino. Ello explica porqué, en este caso la revista y el propio Fontanarrosa, consideraban que marcar era antifútbol. Sencillamente porque lo defensivo era opuesto a lo ofensivo, que a su vez era considerado una característica excluyente del fútbol argentino.

Por otra parte, si algunos días antes Fontanarrosa se había referido al “antifútbol” como “tironeos, abalanzamientos sobre el árbitro, escenas ‘desgarradoras’ de los hombres que se tiraban teatralmente, agresiones” (Fontanarrosa, 30/4/1968: 3), en este caso suavizará el tono y dispondrá de otras palabras: “No es ‘antifútbol’ tampoco desde el punto de vista humano, porque ese vigor que expone en el campo no es fruto de actitud simulada o en todo caso, calculada” (Fontanarrosa, 21/5/1968:3). Si antes hablaba de “agresiones”, ahora dirá “vigor” y lo que antes eran “escenas desgarradoras” ahora es una “actitud simulada, en todo caso, calculada”.

Sobre el final, el editorial se deshace en elogios para el conjunto platense. Habla de las virtudes defensivas, pero también de las ofensivas y remata con un cínico “no basta llamar ‘antifútbol’ a ese auténtico FÚTBOL de producción masiva y resultados convincentes que hace Estudiantes” (Fontanarrosa, 21/5/1968:3). Con la Copa en el bolsillo, quedaron expuestas las contradicciones discursivas a las que se enfrentaba *El Gráfico*. Si en un primer momento el antifútbol significaba agredir a los rivales, protestar al árbitro o simular una falta, algunos días después se trataba de ponerse el overol, de marcar en toda la cancha, para finalmente acabar emparejando el antifútbol de Estudiantes con el fútbol auténtico.

La resistencia de Panzeri

Abanderado del discurso tradicionalista, Panzeri reaparecería en *El Día* con una columna titulada “Fútbol con guantes blancos” (Panzeri, 21/5/1968:11) en la que retoma una declaración de Osvaldo Zubeldía, quien había advertido cómo el periodismo les había exigido tras la semifinal con Racing que jugaran el desempate con “guantes blancos”, cuando en realidad el director técnico creía que debían volver a jugar “fuerte pero limpio” como lo habían hecho “siempre”. La textual de Zubel-

día puede ser leída como una respuesta deliberada a lo publicado por Fontanarrosa en el editorial del 30 de abril, que, cómo se ha visto, más tarde entraría en contradicción con el pedido de *El Gráfico* de ponerse el overol.

No obstante, cabe destacar nuevamente la vigencia de la tensión discursiva que opone dos estilos de juego: los de “guantes blancos”, asociados a la pureza, a los que tratan de forma delicada la pelota y a los rivales, mientras que por otro lado se encontrarían los que juegan con mayor rigor, con vigorosidad, con rudeza. Sin embargo, en el desarrollo de su columna, Panzeri discrepa con Zubeldía aduciendo que “el matrimonio ‘fuerte pero limpio’ es una analogía tan imposible como ‘brusco pero noble’” (Panzeri, 21/5/1968:11). El autor destierra la idea de que en el fútbol exista la posibilidad de jugar con vehemencia pero sin agredir el físico del rival como lo pedía el entrenador de Estudiantes, aun cuando el fútbol es un deporte de contacto. En su relato, Panzeri asocia jugar “fuerte” con la violencia y con jugar “sucio”:

¿Es que acaso se puede comparar la satisfacción de una victoria y de un título internacional así ganado, con la que pudo dar alguna otra victoria arrancada de un botellazo en la cabeza del adversario, de una procesión de suciedades al servicio de un resultado, de una ilicitud organizada para alcanzar una imagen supuestamente lícita? (Panzeri, 21/5/1968:11).

Bajo esta perspectiva, el fútbol tradicional argentino no solo se compondría de la habilidad, de la astucia y de la espontaneidad de sus jugadores, sino también de la buena fe, del juego limpio, de los que no proponen roces en el campo de juego. Del otro lado se ubicaría a la corriente modernizadora, a los “pizarronistas”, en términos de Panzeri, que proponen un estilo de juego con mayor intensidad física, de presión sistematizada, de contacto con el rival, que sin embargo son presentados como

generadores de situaciones violentas, sucias e ilícitas.

En su próxima columna, la número 514, Panzeri se centró principalmente en atacar una de las ideas fundamentales del discurso de Zubeldía, muy presente también en el clima de época hacia fines de los 60: el trabajo y el sacrificio. En estas líneas, el autor dice que el trabajo y el sacrificio están presentes en cualquier orden de la vida y que apenas son un mero ingrediente, entre otros tantos, para conseguir los logros alcanzados por Estudiantes. Desde su mirada conservadora sobre el fútbol, no cabía la posibilidad de considerar estos dos elementos como componentes legítimos y esenciales de la corriente renovadora:

La conquista de prominencias deportivas como la que alcanzó Estudiantes, jamás ha sido ni jamás podrá ser un efecto fundamental del acto de “sacrificarse y trabajar”. Y esto no significa insinuar, ni menos negar, que en Estudiantes no haya habido un ordenadísimo sistema de vida, de entrenamiento, de preparación. Lo que si me atrevo a negar [...] es que el patrimonio del tan mecánicamente mentado “trabajo y sacrificio” (que nunca puede pasar de ingrediente dentro de muchos otros factores), sea el respaldo básico de lo que ha hecho y de lo que le toca seguir haciendo a Estudiantes de aquí en más. (Panzeri, 24/5/1968: 8)

El propósito de Panzeri es disociar el éxito de Estudiantes de las ideas modernas que invadían el fútbol argentino en aquel entonces. Los excelentes resultados oficiaron como pilares argumentativos sobre los cuales se refrendaba el nuevo estilo de juego a la vez que blindaban la imagen de los jugadores y el cuerpo técnico. Dado que la coyuntura no ofrecía el mejor terreno para desacreditar a Estudiantes, Panzeri se propuso al menos intentar dejar en claro que si el Pincha había conseguido algo, no derivaba del trabajo y el sacrificio, sino que era producto de lo circunstancial, de lo espontáneo: “a una cúspide como la de Es-

tudiantes, se llega por muchos factores que se cohesionan. Muchos, son ingobernables por el hombre, gobernados por las circunstancias” (Panzeri, 24/5/1968: 8).

A la luz de los hechos, la propuesta revolucionaria de Zubeldía se encontraba plenamente afianzada en el primer equipo de Estudiantes. El éxito de la nueva metodología de entrenamiento y de planificación de los partidos se verificaba de dos formas. En primer lugar y de manera incontrastable, en los resultados: dos títulos -uno nacional y otro internacional- junto con un subcampeonato en sólo diez meses. Y en segundo lugar, pero no por ello menos importante, por instalar definitivamente en la agenda de la prensa deportiva local y nacional a Estudiantes de La Plata y su estilo de juego. El espacio ganado en las narrativas deportivas, independientemente de su tratamiento y los juicios de valor realizados por los periodistas, reafirmaban la victoria del nuevo estilo de juego llevado adelante por los jugadores Pinchas. A mediados de 1968, Estudiantes había ganado más que dos títulos: había acumulado un valor simbólico que lo diferenciaba del resto de los equipos –incluso de los denominados grandes- gracias a su propuesta revolucionaria que ponía en crisis los viejos paradigmas arraigados en los discursos tradicionalistas. Esta renovadora concepción del fútbol y los discursos elaborados sobre ella, tanto positivos como negativos, se transformarían en un elemento constitutivo de la identidad del club.

-5-

Civilización vs Barbarie

La obtención de la Copa Libertadores de 1968 frente al Palmeiras le otorgó la posibilidad a Estudiantes de disputar la Copa Intercontinental. En aquel entonces, el formato pautado establecía que debían enfrentarse en una serie ida y vuelta los campeones de Europa y Sudamérica, para definir cuál era el mejor equipo del mundo.

El antecedente más inmediato se remontaba solo un año atrás, cuando Racing Club de Avellaneda se transformó en el primer equipo argentino en conquistar el mencionado galardón tras vencer al Celtic de Escocia en el partido de desempate jugado en Montevideo. Al igual que en la Copa Libertadores, los enfrentamientos por el título mundial ya contaban con episodios de abuso del juego brusco por parte de los contendientes, múltiples expulsiones por lado y escaramuzas sobre el final del partido. La final de 1967 reafirmó estas características a tal punto que el tercer partido pasó a la historia como “La batalla de Montevideo”, debido a la gran cantidad de agresiones que se vivieron durante el encuentro que finalizó con tres expulsados por el lado del conjunto escocés y dos por parte de la Academia.

El 25 de septiembre de 1968 fue la fecha elegida para que Estudiantes de La Plata recibiera en el estadio de Boca Juniors

al Manchester United. El combinado inglés llegaba a Buenos Aires con uno de los mejores equipos de su historia:

Conducido por el legendario Matt Busby, Manchester reunía un puñado de muy buenos jugadores y algunos decididamente excepcionales. Entre los muy buenos constaban Alex Stepney (arquero de Inglaterra en el Mundial 70), Pat Crerand (uno de los mejores jugadores irlandeses de aquellos años), Tony Dunne (considerado el mejor lateral izquierdo de la historia del Manchester) y Nobby Stiles, belicoso medio centro, uno de los más temidos villanos del fútbol europeo y pieza clave en el Mundial 66. Pero eso no era todo, ni de lejos: Manchester disponía de quien hasta hoy es considerado el mejor jugador escocés de todos los tiempos (Denis Law, Balón de Oro 1964/1965), del mejor jugador irlandés de todos los tiempos (George Best, el Beatle, Balón de Oro de 1968 por France Football) y del mejor jugador inglés de todos los tiempos, Sir Robert Charlton, más conocido como Bobby Charlton y a la sazón quien tuvo la ocurrencia de designar a Old Trafford como El Teatro de los Sueños (Vargas, 2016).

Estudiantes salió a jugar aquella final a sabiendas de que era un equipo de inferior jerarquía. Zubeldía había enviado a dos de sus colaboradores, Juan Urriolabeitia y el preparador físico, Jorge Kistenmacher, a ver y a filmar la final de la Copa de Campeones entre el Benfica y el Manchester. Los videos luego se proyectaron en la concentración de Estudiantes y fueron utilizados como insumo para armar la estrategia de cara a la final del mundo.

Con una actuación sobresaliente de Togneri que se encargó de anular a Bobby Charlton, el Pincha venció por 1 a 0 al equipo inglés gracias a una jugada preparada: tiro de esquina ejecutado a pierna cambiada por Ribaudó que Conigliario conectó de cabeza y envió al fondo de la red. Al finalizar el encuentro, los jugadores ingleses festejaron la derrota por la mínima dife-

rencia ya que estaban convencidos de que lograrían alzarse con el título sin mayores inconvenientes en el partido de vuelta a disputarse en Old Trafford.

Lo mismo habrán pensado los editores de *El Gráfico*, que dedicaron la tapa posterior a la final al jugador de River, Guzmán, y que titularon la crónica del partido “La pobreza de una final del mundo” acompañada de “La desilusión de un vencedor” y “La decepción de todos (especialmente de la pelota)” (Juvinal, 1-10-1968: 16). Para la revista, un evento de la trascendencia de una final del mundo no habría revestido la suficiente importancia como para ser merecedora de figurar en la tapa. Como si aquello fuera poco, la crónica del partido se había encargado de resaltar la sensación que había embargado a los jugadores ingleses: que la copa se quedaba en Europa.

Tanto en *El Gráfico* como en *El Día*, el análisis del partido quedaría en un segundo plano y el eje de lo publicado se centraría en el relato que la prensa inglesa había construido sobre la final jugada en la Bombonera. Los diarios hablaban de otros diarios; la prensa argentina criticaba a la prensa inglesa. Lo noticiable ya no era lo deportivo, no importaba tanto la copa que estaba en juego, sino lo que “ellos” decían de “nosotros”. La misma prensa se había objetivado y se había transformado en el hecho noticiable.

Todo eso, sin embargo, ha sido superado en el curso de los días transcurridos desde entonces por la gran polémica que han desatado las declaraciones de la delegación británica y los cables enviados por los periodistas visitantes para consumo del fácilmente impresionable público inglés. Sobre todo cuando se le relatan atrocidades cometidas por los bárbaros sudamericanos en esta parte del mundo... Por ese motivo necesitamos internarnos en la polémica y puntualizar algunas verdades. Tanta intencionada distorsión de la realidad la han tapado bajo un alud de supuestos falsos que, como solía

decir Goebbels (ministro de propaganda nazi) de tanto repetirlos, terminan por ser creídos...” (Juvenal, 1-10-1968: 18).

El giro temático tenía su razón de ser en los discursos que circulaban en la prensa inglesa que acabaron por contagiar a la prensa argentina. Ya no se trataba de un enfrentamiento entre Estudiantes y el Manchester, ni si quiera entre Inglaterra y la Argentina, sino que la disputa había calado más hondo: se trataba de civilización y barbarie. El fútbol había dado pie a una guerra en el campo de lo simbólico: los periódicos ingleses construyeron una narrativa salvaje sobre lo ocurrido en la Bombonera. La batalla ya no era futbolística y superaba los límites de una contienda de estricto orden nacionalista: se trataba de una disputa cultural.

El 27 de septiembre, *El Día* publicaba un recuadro titulado “Un fin que no aparece claro”:

Una reacción que parece perfectamente orientada y en definitiva alejada de la realidad de los hechos, ha mostrado en general la prensa británica al comentar el resultado del coiteo entre Estudiantes y el Manchester United por la primera final de la Copa Intercontinental. Menudean conceptos como “brutalidad inhumana”, “jugadores salvajes”, “forrajidos alentados por una muchedumbre vociferante” (*El Día*, 27-9-1968:11).

Los principales diarios ingleses habían advertido durante toda la previa al partido, el clima hostil y “altamente incivilizado” (*El Día*, 27-9-1968:11) que esperaba al conjunto inglés en tierras argentinas. El antecedente entre Racing y Celtic era esgrimido como el principal argumento. El Evening Standard de Londres había titulado “Los hombres salvajes de la Argentina” (*El Día*, 27-9-1968:11) y su corresponsal, Bernard Joy calificó a la final como una “burla nauseabunda de un partido del cual se

avergonzaría la cuarta división inglesa” (*El Día*, 27-9-1968:11).

Una nota firmada por “El Veco”, seudónimo utilizado por Emilio Laferranderie, jefe de redacción de *El Gráfico*, cuenta cómo vio en carne propia lo que escribía un corresponsal inglés desde el palco 25 de la Bombonera:

Desmond Hackett, periodista con fama de ácido, “hombre de línea dura” según otros colegas londinenses, vino a Buenos Aires para cubrir el partido para el *Daily Express* y su nota comenzó antes del primer silbato de Sosa Miranda con estas frases, vistas por nosotros en el duplicado de la máquina transmisora: ‘Los gauchos bailan con violencia (textual), referido al conjunto folclórico que amenizaba la espera con un manso pericón. Entra Estudiantes y se oye una grito salvaje que hace pensar en todo lo horrible que podrá ocurrir en el partido (*El Veco*, 1-10-1968: 18).

Incluso tres días después de haberse jugado la final, *El Día* continuaba recopilando diferentes afirmaciones que habían realizado los diarios ingleses. En una nota titulada “la prensa británica sigue atacando a los albirrojos” (*El Día*, 28/9/1968:9), el diario local recuperó algunos titulares. El *Sun* había tratado de “pecadores” a Pachamé, Bilardo, Togneri y Aguirre Suárez. Para el *Daily Mirror* el partido de Buenos Aires resultó “algo que insulta al deporte”, mientras que para el *Daily Telegraph*, “los argentinos no entienden dejar jugar a los adversarios”. Sin embargo, la crítica más feroz llegaría de parte de *The Guardian* que publicó que “el partido de Buenos Aires ha sido la confirmación de lo que Sir Alf Ramsey dijo durante el campeonato del mundo de 1966 en Londres: que los argentinos jugaban como animales” (*El Día*, 28/9/1968:9).

La prensa inglesa no ahorra adjetivos para calificar lo que, según sus corresponsales, había sucedido en la Bombo-

nera. Los diarios argentinos fueron testigos incrédulos del relato inglés que cobraba enorme verosimilitud con el transcurso de los días en Inglaterra y en toda Europa. En este caso observaban desde el lugar de víctimas el poder de los medios de comunicación en tanto constructores de la realidad. Los periodistas argentinos se mostraban indignados ante lo que consideraban un trastrocamiento de la verdad. *El Día* titulaba “En Londres atacan duramente a Estudiantes. Trasmítiose una imagen distorsionada del match” (*El Día*, 27/9/1968:11). En la columna “Un fin que no aparece claro” explicarían que: “la información está dirigida a enfervorizar al público británico alertándolo contra la brutalidad del fútbol argentino” (*El Día*, 27/9/1968:11).

La prensa argentina se encargó de desmentir una y otra vez lo que contaban los ingleses: “el encuentro realizado en Boca -vigoroso-tenso y hasta áspero- no fue brutal ni salvaje” (*El Día*, 27/9/1968:11). El propio Juvenal desde las páginas de *El Gráfico* dijo que “este encuentro Estudiantes-Manchester no fue mucho más violento ni más aleroso que casi todos los que llevamos visto por la Copa. Incluso la europea” (Juvenal, 1/10/1968: 19).

Si bien hasta este partido la prensa analizada había reiterado en varias oportunidades que Estudiantes practicaba el antifútbol, en esta ocasión sucedía algo muy diferente. Los ingleses eran esta vez quienes direccionaban las críticas contra los jugadores albirrojos a los que tildaban de violentos, de animales, hasta de bestias. Y la adjetivación utilizada ya no cuestionaba únicamente los métodos y las estrategias que implementaba Estudiantes, sino que demonizaba algo más profundo. La prensa británica construyó un relato del equipo de Zubeldía basado en pre-conceptos y valoraciones estigmatizantes: Estudiantes jugaba de esa forma al fútbol no por su táctica o indicaciones técnicas, sino por su condición de sudamericano, de subdesarrollado, en definitiva, de bárbaro, frente a todo lo que se ha asociado históricamente a los ingleses: su caballerosidad,

su desarrollo, su civilización.

Los periodistas argentinos entendieron que las críticas desbordaban a Estudiantes en tanto club de fútbol y comprendieron que se dirigían a la sociedad argentina en general. Estaban arremetiendo contra la identidad de un país, a partir de reflatar antinomias que permanecían latentes de la época de la colonia. Los ingleses nos seguían viendo como bestias que no habían logrado civilizarse. Aquel primer encuentro entre Estudiantes y Manchester fue utilizado para reavivar disputas que trascendían lo deportivo y que estaban en el orden de los simbólico-identitario. Y ante las ofensas dirigidas al país y nuestra cultura, la prensa argentina se embanderó en la causa de Estudiantes y transformó la final a desarrollarse en Manchester en una cuestión de orden nacional.

Paréntesis del *offside*

Vale la pena cometer la digresión de tomarse al menos unas líneas para analizar dos columnas publicadas por Dante Panzeri acerca del gol anulado al Manchester por encontrarse uno de sus jugadores en *offside*. En principio hay que destacar que el autor dedicó la columna entera a este tema, síntoma de que lo planificado por Zubeldía todavía era puesto en cuestionamiento, al punto de convertirse en el tema central de la columna de Panzeri post-final en la Bombonera.

El árbitro Marino había anulado un gol a Sadler a instancias de uno de sus asistentes. Al momento de ser ejecutado el tiro libre por Bobby Charlton, Hugo Medina junto con Ramón Aguirre Suárez dieron el paso adelante, generando al famoso “achique”, que dejó fuera de juego al defensor inglés. La jugada, sistematizada por Zubeldía en el laboratorio del Country Club de City Bell, era en ese entonces un movimiento novedoso. Y como suele suceder con lo no conocido y con lo moderno, las mentes más conservadoras tienden a despreciarlo y a negar-

lo. Dante Panzeri renegaba de esta jugada ya que creía que era un ejercicio antirreglamentario.

Por caso, utilizó la siguiente metáfora para dar cuenta de lo que él consideraba un acto no permitido: “Yo voy a intentar circular en automóvil de contramano, y para eso le advertiré, primero, a toda la policía de tránsito que esa es mi manera de manejar, a lo mejor me autorizan a hacerlo...” (Panzeri, 4/10/1968:12). Su argumentación se basaba en que el árbitro había cobrado *offside* en un arrebató localista y que la jugada no podía ser debidamente analizada ya que los registros filmicos y fotográficos de la época no alcanzaban a demostrar si Sadler se encontraba fuera de juego al momento en que Charlton impactó la pelota. Su negación llegó al cenit cuando se atrevió a afirmar que:

Mi creencia de que ninguna de las interpretaciones de las leyes del juego incluye la arbitrariedad de concederle a un bando el derecho de no jugar, como manera de anular la intención de jugar del adversario, que es lo que aquí ha logrado Medina con adelantarse simplemente tres pasos (Panzeri, 4/10/1968:12).

El mismo autor se enreda en su discurso y ofrece la prueba taxativa de que su argumentación es inválida en términos de la razón: habla de “creencia”. Lo que sostiene acerca del *offside* responde ni más ni menos que a una cuestión de fe. No presenta una explicación lógica por la cual sería posible desautorizar el uso de esta jugada, sino que expone una opinión que no puede ser fundamentada en términos reglamentarios.

Cinco días después, el 9 de octubre, Panzeri publicó otra columna titulada “Historia del éxito del *offside*” (9/10/1968:13), en la que volvería a la carga. En este caso sí esgrimió un argumento sólido para desacreditar la maniobra del *offside*, en el que reveló nuevamente su mirada conservadora sobre el mo-

do en que debía jugarse al fútbol en Argentina. Según Panzeri, el éxito de esta jugada era posible en los años 60 porque existía una gran cantidad de equipos que utilizaban el juego aéreo:

Para jugar al offside hace falta que el atacante no juegue, que el atacante vaya a buscar pelotas que caen por elevación. Pero donde una defensa enfrenta un ataque que precisamente la enfrenta a ella; que la atora en el juego bajo y frontal; que avanza haciendo andar el balón en lateral hasta encontrar el claro para entrar...¿quién puede ser el suicida que juegue al offside? (Panzeri, 9/10/1968:13).

En el entramado de la argumentación de Panzeri se asocia el juego aéreo a “no jugar”. Nuevamente la mirada ortodoxa que considera el juego “por abajo” cómo la única forma en la que se jugaba y en la que debía jugarse al fútbol en Argentina. De otro modo, según el autor, al jugar “por arriba” se daba lugar a los movimientos que tanto lo irritaban. Luego sigue: “Para jugar al offside hace falta que se juegue al fútbol como hoy se juega; al pelotazo de larga y alta trayectoria donde uno o más atacantes corren a individualmente a encontrarse con la pelota” (Panzeri, 9/10/1968:13).

En el universo panzeriano no cabía la posibilidad de jugar al fútbol de otra manera que no sea con gran cantidad de atacantes, priorizando el toque y la tenencia de la pelota:

Muerto el fútbol del tac-tac, impuesto el fútbol del pum-pum... ¡es muy fácil para una defensa jugar al offside! ¿Cuáles son hoy las jugadas ofensivas más peligrosas? ¡Los tiros libres y los córners! Muy rara vez las jugadas de campo. Jugadas de campo es difícil que puedan prosperar cuando atacan uno, dos, ¡o tres! Y defienden cinco, seis o siete. Más lógicamente el gol está cerca en una avalancha de hombres ante un tiro libre o un córner. Que es donde esas defensas

como la de Estudiantes se ingenian (complacencia mediante de los jueces impresionados por la publicitada genialidad de la maniobra) para dar un paso al frente y también paralizar esa última cuota de gol que le queda al fútbol (Panzeri, 9/10/1968:13).

En este pasaje de la colaboración de Panzeri se advierten claras señales del momento rupturista que atravesaba el fútbol argentino. Por un lado, el cambio de estilo: la predominancia del juego aéreo frente al juego al ras del piso que dio lugar a la introducción de nuevas jugadas ofensivas y defensivas. Por otra parte, una nueva disposición táctica: se atacaba con pocos jugadores mientras que se defendía con muchos. El paradigma que había dominado del fútbol argentino estaba en crisis. Los argumentos de quienes sostenían esta mirada, en este caso Dante Panzeri, se volvieron cada vez más caprichosos y menos lógicos. La velocidad con la que Zubeldía implementó ciertos cambios en la forma de juego chocó inevitablemente contra el viejo mito del fútbol criollo. El fútbol argentino y el fútbol mundial estaban cambiando para siempre.

Animals

La comitiva de Estudiantes de La Plata emprendió el viaje a las islas británicas consciente de que la recepción no iba a ser cálida. Durante su estadía en Lymm, a pocos kilómetros de la ciudad de Manchester, Zubeldía intentó preservar a sus jugadores del hostigamiento de la prensa e hinchas locales, que amén de estas precauciones, se las ingeniaron para apedrear el hotel en el cual se hospedaba el conjunto platense. Mientras tanto, la guerra mediática recrudeció hasta alcanzar su clímax el día de la final.

El 16 de octubre de 1968 llovió durante toda la tarde, al igual que en gran parte de la estadía de Estudiantes en la oto-

ñal Inglaterra. Zubeldía, a sabiendas del clima hostil que los esperaba en Old Trafford, envió al equipo una hora antes de que comenzara el encuentro a reconocer el campo de juego. Esta práctica tan habitual en la actualidad, no estaba si quiera en consideración de la mayoría de los entrenadores de aquella época. Los hinchas del combinado inglés aprovecharon esos minutos para descargar abucheos, insultos y el ya clásico “*Animals*” sobre el puñado de jugadores argentinos.

El rumbo de la final se torció rápidamente, ya que a los 7 minutos del primer tiempo, gracias a una jugada preparada al igual que en la Bombonera, Juan Ramón Verón de cabeza puso en ventaja al elenco Pincha. El visitante aguantó el resultado sin mayores sobresaltos hasta el final del segundo tiempo cuando el Manchester logró vencer la valla de Poletti para decretar el empate final y la consagración de Estudiantes de La Plata Campeón del Mundo en Inglaterra.

No faltaron las agresiones adentro del campo de juego (George Best derribó de una piña a Medina pero el árbitro decidió expulsar a ambos) y tampoco se ausentaron los proyectiles que volaron hacia los jugadores y parte de la prensa argentina alojada en las gradas. El caldo de cultivo generado por los periódicos británicos se volvió concretó en la furia desatada por los simpatizantes ingleses, que jamás habían imaginado que los animales argentinos podrían arrebatarles la Copa Intercontinental en su propia casa. Aquella noche se resquebrajó la ilusión creada por los diarios ingleses, que generó una alta frustración en los hinchas del Manchester y que obligó a los medios británicos a bajar el tono de la polémica y a reconocer la gesta del conjunto argentino.

El 22 de octubre, *El Gráfico*, ceñido desde hacía unos días a la causa Pincha, publicó en su tapa una foto de Verón y Conigliario (los goleadores de ambas finales) abrazando la Copa Intercontinental. La guerra mediática de los últimos días le había otorgado mayor trascendencia a la final del mundo, que esta

vez sí fue merecedora de ilustrar la primera plana de la revista. La elección no se debía tanto al logro deportivo sino que tenía su razón de ser en demostrar que los ganadores habían sido los “incivilizados” del fin del mundo. El editorial firmado por Constancio Vigil titulado “Sobre ‘Animals’ y ‘Gentlemen’...” daría cuenta de ello:

Ese partido de fútbol llegó deformado a Inglaterra, como una guerra entre los “animals” y las víctimas inocentes de sus instintos criminales... Y allá, en Manchester, se fue incrementando la semilla del odio sembrado por los periodistas y algunos jugadores del Campeón de Europa. Todo fue distinto en Inglaterra para los visitantes, los GENTLEMEN no habían aprendido la lección de hospitalidad que les brindaron los ANIMALS (Vigil, 22/10/1968:3).

Vigil continuó enumerando una serie de atropellos que había sufrido la delegación argentina, desde las agresiones a los hinchas y periodistas argentinos, los proyectiles arrojados a Medina luego de su expulsión, la trompada que le pegó el arquero Stepney terminado el partido a Malbernat, hasta las piñas finales de George Best, para cerrar con:

Y ellos son los GENTLEMEN y nosotros los ANIMALS... Ya se agotó nuestra capacidad de indignarnos. Pero no nuestra capacidad para medir, objetivamente y sin exageración, la diferencia abismal que existe entre los GENTLEMEN y los ANIMALS... Para ser GETLEMEN como ellos preferimos ser ANIMALS dentro de nuestra sencilla, abierta, humana y franca manera argentina... (Vigil, 22/10/1968:3).

Lo deportivo había quedado completamente afuera del editorial, no hay una sola mención al desarrollo del partido desde lo estrictamente futbolístico. Lo que importaba reivindicar era

que los argentinos, ya no Estudiantes, no éramos unos *animals* y en todo caso, si los éramos, eso era mejor que ser un pretendido caballero inglés que había dejado los buenos modales en la puerta de Old Trafford.

La bajada publicada sobre la nota principal, “La verdad de Estudiantes”, confirmaría la orientación discursiva de la revista: “Ambiente. Clima. Piso. Hostilidad. Intriga... Estudiantes le ganó a todo. ¿Si hubo fútbol en Manchester? Tal vez no. Pero, de todos modos, en Manchester preocupaba poco... Lo que importaba realmente era esto: llegar a la vuelta triunfal frente a tribunas que seguían gritando: “*Animals*”... “*Animals*” (Ardizzone, 22/10/1968: 68).

Ardizzone había sido el enviado especial por *El Gráfico* para cubrir el encuentro. El periodista había sufrido en carne propia el destrato del club inglés para con la prensa (no les asignaron cabinas de transmisión, sino que fueron ubicados en plateas a la intemperie) y del público local, que amedrentaba a cualquier argentino que anduviese cerca. Sobre el final de su crónica, “La verdad de Estudiantes”, Ardizzone diría que:

Es mentira el fair-play. Sí, puedo asegurar que es mentira... Ese señor bien vestido que estaba a mi lado, que me miró con gesto duro, no aplaudía a los triunfadores... Es igual que en mi Mataderos, igual que en mi Avellaneda... No, aquí tampoco admiten que le ganen y menos ahí... Y yo sabía que esto iba a ocurrir aunque había visto a la gente entrar en el estadio en perfecta formación. Aunque yo había visto comprar su billete con educación ejemplar... (Ardizzone, 22/10/1968: 68).

La victoria en el campo de juego, que fue relegada a un segundo plano por el medio deportivo más importante de la época, funcionó como botín de la batalla cultural. Para *El Gráfico*, esta vez no importó que Estudiantes ganara el título y mucho

menos interesó bajo que estilo lo hizo. Lo esencial había sido demostrar que los argentinos le podíamos dar una clase de ceremonial a los ingleses. La gesta de Estudiantes obligó a la prensa británica a reconocer la superioridad del conjunto argentino y a reconocer también, que habían creado la imagen de un monstruo que no era tal. En los principales diarios, entre ellos *The Guardian*, fueron publicadas notas con un tono casi conciliatorio ante la evidencia incontrastable. Esta vez, los espectadores del Manchester no habían necesitado de un intermediario para acceder a lo que sucedía delante de sus ojos.

Luego de la conquista del máximo trofeo a nivel clubes, Estudiantes disputó un amistoso frente al Internazionale de Italia en Milán, en el que cayó derrotado por 2 a 1. El 22 de octubre regresó a la Argentina y en el aeropuerto de Ezeiza recibió una multitudinaria y calurosa recepción de parte de los hinchas, familiares y periodistas. A los pocos días, una delegación fue recibida por el Presidente de la Nación de facto, el dictador Juan Carlos Onganía, quién agasajó y dedicó las siguientes palabras a los campeones del mundo:

Yo desearía que ustedes meditaran acerca de lo que han logrado para la Argentina. Esto que ha hecho Estudiantes de La Plata visualiza con toda claridad lo que son capaces de realizar los argentinos. Esta victoria se ha elaborado con capacidad técnica y física, y sobre todo, con aptitudes de moral y carácter que son rasgos distintivos de nuestro pueblo. Por eso, como presidente y como argentino, los felicito y les deseo que mantengan permanentemente esas virtudes que proyectan siempre a un pueblo hacia el porvenir (*El Día*, 10/1968:10).

Las palabras del Presidente junto con el reconocimiento efectuado a los campeones del mundo imbuidos de una fuerte carga nacionalista deben ser recordados por lector. Un año

más tarde, en ocasión de que Estudiantes disputase la Copa Intercontinental frente al Milan de Italia, el discurso y el accionar oficialista cambiarían rotundamente, de la misma manera que sucedería con las narrativas de la prensa deportiva. Quienes en 1968 eran considerados unos héroes, ya no lo serían a fines del año siguiente. Las respuestas al cambio de orientación discursiva aparecerían lentamente a lo largo de todo 1969.

-6-

Falsas antinomias

Hasta septiembre de 1969, el Estudiantes de Zubeldía había sido una aplanadora. En solo dos años había sumado sus primeros cinco trofeos de la era profesional. Al Torneo Metropolitano de 1967, la Copa Libertadores de 1968 y la Copa Intercontinental del mismo año, en 1969 se sumaron la Copa Interamericana disputada en febrero y la segunda Libertadores en mayo. Hasta la derrota con el Milan de Italia, el Pincha se devoraba los títulos. Sin embargo, la curva ascendente encontraría su primera panza en San Siro y luego la ¿caída? -en términos que excedieron lo futbolístico- en la Bombonera.

Curiosamente, la página negra de la Boca no tiene que ver tanto con el resultado del partido (Estudiantes ganó el encuentro por 2 a 1, pero aun así no le alcanzó para revertir el 0-3 sufrido en Italia) sino con los hechos de violencia acaecidos al interior del campo de juego y con el relato que la prensa deportiva construyó sobre el evento. Aquel Estudiantes de Zubeldía, que había desarrollado un fútbol moderno, revolucionario, efectivo, que había asombrado y generado elogios incluso en los sectores del discurso periodístico más tradicionalista (a excepción de Panzeri), que había alcanzado el techo de la gloria en Old Trafford solo un año antes, quedaría mar-

cado a fuego por el episodio de la Bombonera. Que un equipo de aquellas características y con los logros que había obtenido haya pasado a la historia por lo sucedido en un partido, tuvo como principal motivo las narrativas que la prensa construyó de aquel suceso. Sin embargo, el largo camino recorrido durante 1969 contó con varios episodios que ayudan a comprender el desencadenamiento del octubre negro.

Temporada interminable

1969 es hasta la fecha el año en que Estudiantes ha disputado la mayor cantidad de partidos con su primer equipo. Entre competencias oficiales, giras y amistosos, el campeón del mundo disputó la friolera suma de 81 partidos (La Historia Nro. 11 en *Animals*: 8), a razón de un partido cada cuatro días. Un número bastante superior a la media actual y de aquel entonces también, con el agravante de contar con un plantel muy corto, que apenas llegaba a los veinte jugadores contando a algunos juveniles.

El 21 de febrero de 1969, en el partido de desempate jugado en el Estadio Centenario de Montevideo, Estudiantes venció finalmente por 3 a 0 al Toluca mexicano y alzó la primera edición de la Copa Interamericana que enfrentaba al campeón de la CONMEBOL con su par de la CONCACAF. Ese mismo mes comenzó a disputar una nueva edición del Torneo Metropolitano, en el que finalizó en la tercera posición, consiguiendo la clasificación al Torneo Nacional, a disputarse en el segundo semestre del año.

Su debut en la Copa Libertadores de América recién fue en mayo, ya que en aquella época los campeones vigentes de la Copa comenzaban a defender el título en semifinales. Estudiantes venció sin mayores inconvenientes a la Universidad Católica de Chile por un doble 3-1. La final la disputó con Nacional de Montevideo, equipo que venía de eliminar a su clásico rival, Pe-

ñarol, en una semifinal muy ajustada. El primer chico se jugó el 15 de mayo en Montevideo y el elenco platense batió a su par uruguayo por 1 a 0, mientras que a la semana siguiente, el equipo de Zubeldía se alzó bicampeón de la Copa Libertadores tras vencerlo por 2 a 0. Aquella consagración, es hasta el momento el único título que Estudiantes ha conseguido ganar en el estadio “Jorge Luis Hirschi” de 1 y 57.

En el diario *El Día*, los titulares de las notas estaban compuestos por diferentes conceptos de un universo simbólico que ya había sido asociado a Estudiantes. “Premio al tesón y disciplina de juego” (*El Día*, 16/5/1969:18), “Diestro plan destructivo” (*El Día*, 16/5/1969:11), “Un campeón cabal pero que no se decide a jugar para gustar” (*El Día*, 23/5/1969:13), “El afán utilitario restó brillo” (*El Día*, 23/5/1969:13), fueron algunas de las notas que publicó el diario en esos días. Los dirigidos por Zubeldía venían de conquistar cinco títulos en menos de dos años, pero el principal medio periodístico de la ciudad prefería resaltar lo destructivo, lo utilitario, el fútbol que no le gustaba a la gente. El propio Zubeldía y sus jugadores, que habían sido los primeros en ponderar las herramientas tácticas y estratégicas que ellos mismos implementaban, también debieron salir a decir la otra parte de la verdad que la prensa deportiva empezaba a ocultar cada vez con mayor sistematicidad: que aquel equipo no había salido campeón de todo únicamente por ofrecer espectáculos pobres, aburridos y poco afectos al paladar del hinchazo argentino, sino porque también jugaba bien al fútbol.

Y aquí ingresamos en un aspecto que se volvería ordenador de las temáticas que estructuraron los debates sobre el fútbol argentino los siguientes 50 años. Hija de esta época sería la consolidación de la falsa antinomia que enfrenta a un supuesto estilo de juego lindo, lírico, el consagrado “fútbol que le gusta a la gente” con un estilo de fútbol pretendidamente feo, rústico, aburrido, poco vistoso. El primero de ellos asociado al estilo tradicional del fútbol argentino y el segundo a las corrientes

modernas y renovadoras de los años 60. En las narrativas de la época, el componente estético cobraría una relevancia trascendental a la hora de definir qué equipos jugaban bien al fútbol y cuáles mal. No solo se trataba de una apreciación enteramente subjetiva, sino que era utilizada como argumento para definir la calidad del fútbol practicado.

El filósofo Darío Stajnzrajber, simpatizante del club Estudiantes de La Plata, se ha pronunciado públicamente sobre esta discusión para ofrecer, desde la filosofía, una mirada que ayude a deconstruir esta perversa vinculación de conceptos aparentemente similares, pero con sentidos diferentes:

Hay una línea ambigua que divide el resultadismo del buen juego. Es ambigua porque es discutible el concepto mismo de buen juego. ¿A qué se refiere ese “bien”? Se lo asocia, según algunos, a la belleza. Jugar bien es jugar lindo. Pero se confunden así las nociones de bien y de belleza, como si un buen juego tuviera que ver con rescatar cierta estética que todo juego posee. Y que es cierto: lo tiene. Pero como toda estética, se vuelve imposible de medir. (...). Se puede asociar también el buen juego con el cumplimiento de lo que el juego dictamina. Pensemos qué significa la palabra “bien”. Jugar bien es realizar lo que el reglamento del fútbol establece. El reglamento podrá o no gustarnos, pero no habla de belleza. Sólo postula normas que legislan cómo es el juego y quién triunfa en la competencia. Y no es que estemos haciendo una apología de la regla. Solamente diferenciando al derecho de la estética: jugar bien es hacer más goles que el contrario. El fútbol es una competencia. Algunos lo disfrutaban, otros los sufrimos, pero como competencia se juega bien cuando la regla se cumple; o sea, **cuando un equipo gana y otro pierde** (Stajnzrajber, 2014).

La prensa deportiva hegemónica, formadora del espíritu y

estilo de juego tradicional en la Argentina, empujó aún más la discusión de estilos de juego al introducir los juicios estéticos. La confusión de conceptos fue utilizada como argumento para denostar lo novedoso, las ideas pragmáticas que Zubeldía y Estudiantes imponían vertiginosamente a base de triunfos y consagraciones en los distintos certámenes. La crítica se anclaba en la falta de “buen juego” y el término “buen” considerado como adjetivo que evalúa no solo la calidad del juego, sino también la belleza. Sin embargo, de ninguna manera aquel Estudiantes podría haber salido por primera vez campeón en Argentina, dos veces de la Libertadores, una vez de la Interamericana y haber logrado lo que hasta ese entonces y quizás al día de hoy sea la mayor proeza de un equipo argentino: haberle ganado al Manchester United en el mismísimo Old Trafford, solamente por destruir, no brillar o directamente por ausencia de buen juego. La prensa se había encargado de resaltar este costado del equipo, con una mirada decididamente sesgada sobre aquello que también sobra en Estudiantes: jugadores talentosos, capaces de elaborar jugadas ofensivas y construir victorias resonantes del tipo que añoraban los periodistas de corte tradicionalista.

El capitán del aquel equipo, Oscar Malbernat, formuló las siguientes declaraciones luego de alzarse con la segunda Copa Libertadores: “Laboratorio sí. Pero también hombres que no se achican en ningún terreno.” (*El Día*, 23/5/1969: 12); “El pizarrón es útil para estudiar a los adversarios, para preparar jugadas, pero si no hay gente capaz de ejecutar los planes, todo fracasa” (*El Día*, 23/5/1969: 12). El equipo sentía los embates constantes de la prensa, que no dejaba de estigmatizarlos y encasillarlos bajo determinadas categorías. Para la medios, Estudiantes ganaba por su utilitarismo, por sus férreas defensas, por sus jugadas ensayadas, hasta a veces por su antifútbol. Poco se decía de las genialidades de Verón, la pegada de Madero, la astucia de Bilardo, o la efectividad del Bocha Flores.

Tras ganar la primera final en Montevideo, *El Gráfico* pu-

blicó en tapa una imagen de Zubeldía abrazado al Bocha Flores, pero no tendría la misma consideración una semana después, luego de que Estudiantes fuese bicampeón, ya que la tapa del siguiente número fue dedicada a Adorno, Basile y Lamelza, tres jugadores del entonces Racing puntero del torneo local. Una vez más los criterios de noticiabilidad desnudaban la mirada unitaria del semanario, que elegía mostrar en primera plana lo que ocurría con un equipo de los denominados grandes en el plano local, por sobre la consagración de un equipo chico y del interior (siempre desde la perspectiva porteño-centrista) en la competición más importante de clubes de fútbol de Latinoamérica.

En aquel número, Osvaldo Ardizzone escribió una extensa nota de opinión titulada “¿A usted no le gusta el fútbol de Estudiantes?” (Ardizzone, 27/5/1969: 25) en la que elaboró un diálogo ficticio entre un supuesto hincha de fútbol y él mismo, en tanto periodista. Al interior del juego polifónico, Ardizzone no hace más que construir un “otro”, un arquetipo de hincha de fútbol (porteño, por supuesto) de características y visión del fútbol homogeneizantes y reduccionistas, para poder desembarazarse de las contradicciones que lo abrumaban a él mismo e incluso a la revista en general: “Yo le oí repetir, todos esos conmovedores conceptos a usted mismo, en el andén de Constitución, en la cola del taxi, en el bar de la esquina” (Ardizzone, 27/5/1969: 25). En esta nota, Ardizzone no hace otra cosa que discutir consigo mismo, con la orientación tradicionalista del semanario, que ante la evidencia incontrastable de los éxitos deportivos, ve turbada su forma de ver y analizar el fútbol:

Mire... Lo sé, porque ya se lo escuché decir un montón de veces...No porque usted no acepte los triunfos del campeón ni que tampoco se adhiera sinceramente al suceso...Pero, ¿qué ocurre? Que usted no puede silenciar su descontento frente a “ese fútbol” que juega Estudiantes... Que por otra

parte para usted “no es fútbol”. Sí, que sirve para ganar, para conseguir resultados, -porque eso no se puede negar- (esas son palabras textuales tuyas), pero, ¿qué deja? Ya sé... para usted, nada. Solo ese laboratorio de la semana, solo la realidad de ese trabajo – que nadie puede negar-(son también textuales palabras tuyas), los tiros libres, las jugadas de córners, el espíritu de sacrificio, de colaboración, de entrega total de los hombres, de la guapeza, la marcación, el sentido de equipo, la disciplina, la armonía, la solidaridad, la reciprocidad (Ardizzone, 27/5/1969: 25).

En este intercambio que Ardizzone construye con el pretendido hincha común argentino, nuevamente aparece el menosprecio hacia el estilo practicado por Estudiantes: nótese el uso de comillas para hablar de “ese fútbol’ que juega Estudiantes” junto con la utilización de la negación “no es fútbol” y agregar que existiría una presunta ausencia de valor en este estilo de juego que solo serviría para ganar.

Al igual que sucede en los titulares de *El Día*, las virtudes de Estudiantes parecen circunscribirse a ese universo simbólico decretado para su juego que se repite una y otra vez: laboratorio, sacrificio, marcación, disciplina, entre otros. Solo en contadas ocasiones se hace referencia a la calidad de sus jugadores, la capacidad goleadora, la dinámica de ataque, la precisión en los golpes de cabeza, entre otras capacidades altamente desarrolladas. Tampoco es menor el uso del “solo” para referirse a una gran cantidad de virtudes que conformaban al vigente campeón del mundo y flamante bicampeón de la Copa Libertadores, como si fueran atributos menores. Estudiantes había conseguido alcanzar y mantenerse en la cima del fútbol por su apego al trabajo, a la disciplina, a las jugadas preparadas, a todo ello que el hincha construido por Ardizzone parece subestimar, pero también evidentemente porque jugaba bien y mejor que el resto de los equipos, de otra manera no hubiera

alcanzado los éxitos que consiguió.

Más adelante, Ardizzone asumirá que la forma de pensar y ver el fútbol de este hincha de café, también se condice con su manera de concebir el fútbol:

¡Bueno! De acuerdo. Vamos a comenzar la partida con cartas iguales... Yo también coincido con usted en que Estudiantes “no tiene fútbol”, que no dispone en su plantel ni de un solo jugador de calidad, que cualquiera de ellos transplantado a otra formación extraña a “esa manera de Estudiantes”, sería un fracaso... ¿Qué más dice usted? ¡Ah! Qué si los árbitros aplicaran el reglamento a la media hora del partido, Estudiantes se quedaría sin jugadores... Porque –según usted-, no se puede pegar como pegan ellos, porque –también según usted- no se puede demorar el juego como lo demoran ellos. En otras palabras... Estudiantes sale a destruir, a ensuciar, a irritar, a negar el espectáculo, a utilizar todos los subterfugios ilegítimos del fútbol (Ardizzone, 27/5/1969: 25).

Hasta aquí, la nota no va más allá de lo que *El Gráfico* ha decidido contar sobre Estudiantes en los últimos dos años: el no-fútbol, la ausencia de jugadores de calidad, la violencia, lo sucio, lo irritable, lo ilegítimo. La nota no escapa, más allá de esta pretendida dialéctica, de la línea editorial tradicionalista. El Pincha se encuentra en la vereda opuesta de la visión canónica del fútbol. Sin embargo, a partir del siguiente párrafo se produce un quiebre en el que Ardizzone, en medio de sus cavilaciones disfrazadas de diálogo futbolero, reconoce que si Estudiantes había obtenido cinco títulos en menos de dos años, debía ser porque a pesar de todo lo oscuro que era su fútbol, estaba haciendo algo mejor que el resto:

Pero, ¿qué quiere que le diga? Yo me entrego. ¿Sabe por qué? Porque ese fútbol que no tiene Estudiantes, sirve para ga-

nar... ¿Y entonces? Vamos a admitir que el “fútbol de ahora sea un desastre”, que es una frase que también circula mucho por allí. Pero, entonces estamos obligados a aceptar que el Estudiantes es el menos desastroso... Porque gana, porque sirve para conquistar dos copas de América y una del Mundo y por ahora... (Ardizzone, 27/5/1969: 25).

Ardizzone acaba por asumir, al menos parcialmente, que el fútbol de Estudiantes era mejor que el del resto de los equipos. Todavía está lejos de admitir que “eso” que practica el equipo platense también es fútbol y es tan válido como el “fútbol que le gusta a la gente”. La perspectiva del periodista, a pesar de ser condescendiente, no deja de arrastrar nociones negadoras “porque ese fútbol que no tiene Estudiantes, sirve para ganar” y claramente peyorativas del estilo “me quedo con lo menos malo”: “estamos obligados a aceptar que el Estudiantes es el menos desastroso” (Ardizzone, 27/5/1969: 25)

En el mismo sentido, Dante Panzeri publicó cuatro días después del bicampeonato una columna que desde su titulación encendía la polémica desde la misma perspectiva que Ardizzone: “Estudiantes: fútbol de una sola “G”: ganar”. El comienzo de la nota es provocativo y como ha sucedido en otras ocasiones, Panzeri niega su entidad como equipo de fútbol: “Hay un problema insoluble para hablar de este Estudiantes de La Plata como equipo campeón. Como que de equipo de fútbol nunca se pudo ni se intentó hablar tratándose de este Estudiantes. Sería ocioso hacerlo” (Panzeri, 25/5/1969: 9). Junto a la reiterada idea de no- fútbol, la acusación surge del uso del impersonal, nótese el “se”, como si la imposibilidad de pensar a Estudiantes como un equipo de fútbol fuese una cuestión generalizada y naturalizada en el público futbolero. Más adelante sigue:

Ganar sin gustar puede ser un transitorio negocio que no discuto. Pero es también, con absoluta seguridad, una len-

ta manera de marchar hacia la derrota. Esto tampoco me lo pueden discutir. El fútbol y todo acto deportivo, cualquiera sea la incidencia que en ellos tenga o deje de tener el factor económico, es forzosamente un matrimonio formado por la aleación de las “g” de ganar y gustar. No se lo cristaliza jamás con una “g” sola (Panzeri, 25/5/1969: 9).

Panzeri aborda en esta columna un aspecto definitivamente filosófico del tema. Según su opinión, al fútbol se debe jugar para ganar, pero también para gustar. Planteada en estos términos, resulta imperativa la idea de que al fútbol se deba jugar para ganar, pero al mismo tiempo para gustar. Obviando esta exacerbación del ego, a partir de allí se introduce en un campo pleno de subjetividades, dado que la estética permite hablar de tantos tipos de fútbol como de personas habitan este mundo. ¿Quién se podría arrogar, acaso, la noción de belleza en el fútbol? ¿Cómo podría una persona decir que determinado tipo de fútbol no gusta? ¿Qué parámetros se estarían midiendo? Y por otra parte, ¿quién los establecería? ¿A quién le debería gustar? Porque el aspecto estético es evaluado no por quienes son actores activos del deporte (en este caso los jugadores de Estudiantes) sino por quienes observan sus partidos. ¿Cómo se podría incluir dentro de las preocupaciones de un equipo jugar para gustar a quienes lo están mirando?

El argumento de la columna se derrumba completamente porque no hay manera de discutirlo, ni siquiera de pensarlo, desde un lugar que no sea la subjetividad absoluta. Para analizar la belleza o la estética del fútbol, no es posible remitirse a ninguna herramienta al interior del plano del reglamento que es lo que acaba por definir al deporte. Se pueden problematizar estilos, métodos y prácticas como lo había hecho *El Gráfico* durante muchos años, incluso dando origen a las características que presuntamente definirían el estilo argentino. Pero de ninguna manera se puede abordar el aspecto estético como un com-

ponente necesario y esperable en un equipo de fútbol. O al menos no se lo puede abordar desde la rigurosidad que es deseable desarrollar en la práctica periodística:

Porque al margen de fanatismos pasionales de momento, es mucho el desagrado que deja este Estudiantes despectivo de la segunda “g” del ideal deportivo entre las inmensas masas de seguidores del fútbol, que aunque gustando de sus éxitos, no gustan de sus métodos, y es más, los abominan a riesgo de enrolarse en alguna “antiargentinidad” de turno (Panzeri, 25/5/1969: 9).

Panzeri hace del público su propia voz y de esta manera busca legitimar su idea al decir que son las “inmensas masas de seguidores del fútbol” quiénes reniegan de las formas de jugar de Estudiantes, que a pesar de ganar, no lograba convencer al público porque no jugaba bien al fútbol. Sobre el final, el periodista sostiene que:

El fútbol tiene dos “g” y este Estudiantes se ha olvidado de una de ellas. Conseguida ampliamente la de ganar, empieza para Estudiantes la obligación que ante sí mismo tiene de gustar. Si para sus jugadores esa parte del negocio no es negocio, el club debe tener la autoridad suficiente de recordarles que esa es la parte vital de los negocios de los clubes. El fútbol es matrimonio de dos “g”, nunca negocio aparte de once capitalistas, ni de once románticos antimaterialistas. Es conjunción de unos y otros. Y esa conjunción no se ve en el Estudiantes lleno de triunfos... y ahora carente de las mayores simpatías que esos triunfos debieron acercarle (Panzeri, 25/5/1969: 9).

A sabiendas de que los resultados conseguidos en los últimos dos años legitimaban la revolución deportiva que estaba

llevando adelante Zubeldía, Panzeri recurrió al elemento estético para construir sus críticas hacia Estudiantes. El periodista les exige no solo a los jugadores, sino al club, que deben jugar para gustar porque el equipo ya no es más simpático a pesar de sus triunfos. En esta nota se manifiesta su mirada conservadora sobre el fútbol y su rechazo a un estilo que estaba alejado de las narraciones míticas recreadas por los periodistas y medios deportivos hegemónicos.

En resumen, las extensas notas de ambos periodistas terminan por rendirse frente a la evidencia incontrovertible de los triunfos, sin que ello signifique una real aceptación y validación del proceso modernizador que venía llevando adelante Zubeldía en Estudiantes. En las construcciones discursivas de Ardizzone y Panzeri no cesan de aparecer las ideas profundamente reaccionarias ante el fútbol desplegado por el Pincha. Estudiantes pasó de ser el humilde equipo provinciano que había conseguido el milagro en 1967 a una máquina de ganar finales convirtiéndose en una amenaza para los cuadros “grandes” del fútbol argentino, situación que comenzó a ser mal vista por la AFA y el Poder Ejecutivo de la Nación. Cuando parecía que la prensa deportiva comenzaba a aggiornarse a los signos de los nuevos tiempos, en octubre de 1969 sobrevendría ¿la catástrofe? que fue fagocitada por dirigentes políticos y rubricada por un amplio sector del periodismo, que sirvió para sepultar la épica construida por Estudiantes hasta ese año.

-7-

¿La página negra?

Luego de la conquista de la segunda Libertadores, el equipo de Zubeldía tenía como próximo objetivo obtener el bicampeonato del mundo. Esta vez el rival sería el Milan de Italia, que había vencido en la final de la Copa de Campeones de Europa al Ajax holandés por 4 a 1. En esta oportunidad, la serie comenzaría a jugarse en Milán y la vuelta se realizaría en la Bombonera. En el encuentro de ida Estudiantes cayó sin atenuantes por 3 a 0. Un resultado casi determinante teniendo en cuenta que a partir de ese año comenzó a implementarse la diferencia de gol para decretar al campeón en detrimento del “tercer partido”. Ya no alcanzaba solo con ganar en Buenos Aires, sino que debía hacerlo por tres goles de diferencia.

En la previa del primer partido, *El Gráfico* publicó una entrevista a Osvaldo Zubeldía inmerso en la concentración del equipo Pincharrata en Varese, a pocos kilómetros de Milán. En el reportaje emergen dos temas intrínsecamente relacionados que acabarían por marcar la trascendencia de aquellas finales: Estudiantes asumiendo la representatividad de lo nacional desde un estilo que no era el que históricamente se había asociado al fútbol argentino.

Juvenal, autor de la nota, había titulado la misma con una

rimbombante declaración de Raúl Madero, dejando en claro cuál era la orientación temática de la entrevista: “Somos el fútbol argentino, aunque muchos no piensen así” (Juvenal, 7/10/1969: 4). A través de la voz de uno de los protagonistas, en este caso uno de los jugadores de Estudiantes, se busca legitimar y ubicar en la agenda la idea de que Estudiantes era Argentina. Lo mismo había sucedido el año anterior, en ocasión de jugarse el partido de vuelta en Brasil frente al Palmeiras por la final de la Copa Libertadores. Promediando la mitad de la entrevista, Juvenal introduciría sin rodeos la pregunta central: “¿Estudiantes es Argentina?” Con la consiguiente aclaración: “Volvemos al tema del comienzo. A la representatividad argentina que asume Estudiantes en estas finales por la Copa Intercontinental y que muchos niegan en la Argentina, nuestro propio país” (Juvenal, 7/10/1969: 6). Antes de conocer la respuesta de Zubeldía, cabe preguntarse si un club de fútbol debiera asumir esa identidad solo por disputar torneos internacionales, junto con la ambigüedad de esos “muchos” que lo niegan, adverbio que no deja en claro quiénes ni cuántos son. Zubeldía se explayaría con la siguiente respuesta:

YO SOSTENGO QUE ESTUDIANTES ES ARGENTINA EN ESTE MOMENTO. Sobre todo después de la eliminación para el Mundial de México. Hay muchos que opinan lo contrario en la Argentina. Que nos acusan de haber cambiado el estilo de nuestro fútbol. Son los que piensan que, en bien del fútbol argentino, Estudiantes debe perder para que nuestro ejemplo no siga siendo nocivo para los demás... Si ni siquiera la AFA se hizo presente en Ezeiza para despedirnos cuando nos vinimos para Italia. Si la AFA preparó fixture “a dedo” para el Nacional sabiendo que debíamos jugar la Copa del Mundo, nos mandó de entrada contra los rivales más fuertes, sin medir el perjuicio económico que causa a la institución cuando Estudiantes deba jugar partidos de

menor recaudación y con muy poca chance de ganar el Nacional... Yo sostengo que si Estudiantes gana otra vez la Copa del Mundo, será una inyección de esperanza para todo el fútbol argentino... (Juvenal, 7/10/1969: 7).

Las mayúsculas ante la respuesta esperada por parte de Juvenal no son inocentes. Esta vez era el entrenador del equipo quién reafirmaba la idea de la representatividad argentina de Estudiantes. Y lo vincula con un aspecto que ha sido tratado anteriormente en el segundo capítulo, sobre la importancia contextual de los reiterados fracasos de la Selección Argentina durante toda la década del 60. Poco menos de un mes antes de que el Pincha viajara a Milán, el seleccionado había empatado con su par de Perú y no había logrado clasificarse al Mundial a disputarse el próximo año en México.

El lugar ocupado por Estudiantes en el plano internacional como máximo exponente de la argentinidad, tenía su razón de ser no solo en su condición de campeón del mundo y finalista de una nueva edición de la Copa Intercontinental, sino en la nueva decepción del seleccionado nacional, que había obligado a *El Gráfico* a buscar algo o a alguien que reemplazara el lugar de prestigio que había ostentando la selección desde sus primeras competencias internacionales a mediados de los años 20, hasta los albores de la década de 1960, cuando lo dejó vacante. Esta perspectiva adoptada por la revista quedaría clara en la nota titulada “¿Qué puede prestarle Estudiantes a la Selección?” (Juvenal, 17/6/1969: 48), en la que el autor expondría una serie de atributos presentes en el conjunto liderado por Zubeldía que debían ser adoptados por el Seleccionado Nacional para escapar de su mediocre presente.

Sin embargo, mientras *El Gráfico* insistía en la idea de la representación nacional, el contexto había cambiado. Ya no existía la efervescencia de los primeros años, ya no primaba la mirada simpática y paternalista por el humilde equipo de La Plata.

Uno de los primeros detractores fue la AFA, que bajo la atenta mirada del Poder Ejecutivo de la Nación, temía la identificación de Estudiantes con la Argentina. El máximo órgano rector del fútbol que había sido intervenido por el dictador Juan Carlos Onganía, ya no deseaba un Estudiantes campeón. La denuncia realizada en términos periodísticos por Zubeldía y los hechos ocurridos por esos días, confirmarían la idea. Por ejemplo, a pesar de la extensa gira realizada por Estudiantes en Europa en el intervalo existente entre la finalización del Torneo Metropolitano y el inicio del Campeonato Nacional, a la que fue invitado en su condición de Campeón del Mundo, el ente rector del fútbol argentino no accedió al pedido de postergación del primer partido oficial y Zubeldía debió presentar en cancha una formación habitualmente suplente.

Sumado a esto, Onganía se encontraba fuertemente sugestionado por las críticas que el conjunto platense había recibido de parte de la prensa española, país en el que había disputado algunos encuentros amistosos en los cuales se lo había señalado como un equipo violento (Rodríguez, 2006: 47). Si había alguien ante quien el dictador argentino no quería dejar una mala imagen era frente a su par Francisco Franco, por lo cual, el Presidente de facto argentino estaba particularmente preocupado por demostrar que era capaz de contener esos arrebatos de desorden de los cuales Estudiantes se había convertido en el principal exponente (Rodríguez, 2006: 47).

Siguiendo con el reportaje, Juvenal, dispara al corazón de la cuestión:

- Pero hay quienes opinan que será un mal ejemplo para el futuro del fútbol argentino, porque Estudiantes es el antifútbol...
- Eso del anti-fútbol nació con la Copa Libertadores. Siempre jugamos igual. Al principio nos miraban con simpatía por nuestra tenacidad, nuestro dinamismo, nuestro sacrifi-

cio... Después, cuando eliminamos a Racing e Independiente, empezaron a llamarnos anti-fútbol... Y el nuestro es un fútbol de resultados que juegan aquí los italianos, en Inglaterra los ingleses, y los brasileños en cualquier lugar del mundo. Si no lo hacemos más lindo, será porque no tengo los jugadores que se necesitan para dar mejor espectáculo. Pero tengo los jugadores que se necesitan para producir resultados. Como los tenía Helenio Herrera en el Inter, cuando el Inter fue considerado el mejor equipo del mundo por los mismos que critican y ahora niegan a Estudiantes... Pero ¿usted cree que a mí no me gustan los buenos jugadores de fútbol? ¿Qué yo les prohíbo crear a los que saben? Lo que yo no puedo hacer es decirle a Pachamé que no marque, que juegue suelto, porque Pachamé está para marcar y no para crear. Del mismo modo que no le pido a Verón que luce como Togneri ni le pido a Bilardo que gambetee como Verón (Juvenal, 7/10/1969: 7).

La falta de simpatía, según Zubeldía, estaba directamente relacionada con la ruptura del orden hegemónico de los cinco grandes y con el quiebre de un estilo supuestamente argentino. En los años 60, los equipos “grandes” que brillaban eran Independiente y Racing, de allí la especificación que realizaba el técnico. El rechazo y el desprecio a ese Estudiantes provenían de estos dos elementos disruptivos, que harían tambalear lo esquemas discursivos que operaban hasta ese momento en la prensa deportiva. *El Gráfico*, es su afán de “nacionalizar” la gesta de Estudiantes, retomó la retórica chauvinista que ya había mostrado frente al conjunto inglés el año pasado. Una vez más – y en esta ocasión con mayor énfasis dado el discurso oficial, a la revista le interesaba no tanto el triunfo deportivo, sino la victoria moral. No importaba tanto obtener el título, como dejar ante el mundo una imagen en la cual los argentinos demostraban buena conducta e integridad ética, valores pon-

derados particularmente por la dictadura de la autodenominada Revolución Argentina.

Con la abultada derrota consumada en Italia, Panzeri había encontrado, por fin, la ocasión ideal para descargar su desprecio hacia Estudiantes, su técnico y su estilo de fútbol. La columna publicada en *El Día* se tituló “¿Quién salva a los salvadores?” (Panzeri, 14/10/1969:15) y en ya en las primeras líneas expresó todo su desagrado con metáforas ácidas y fuerte críticas al borde del insulto:

Creo que en nombre de la salud pública argentina corresponde agradecerle a Estudiantes su derrota en Milán y desear que no sea ganador en cancha de Boca por tres goles de diferencia. Profilácticamente al fútbol argentino le viene muy bien este nuevo soplamocos recibido por el fútbol-delinuencia. Insisto en llamarlo asociación ilícita para producir resultados lícitos (Panzeri, 14/10/1969:15).

Al margen de las agresiones que no merecen lugar en este trabajo, vale la pena indagar en las ideas que ordenan el texto de Panzeri. En principio habla de que los “argentinos se avergüenzan, por ejemplo, de todas las patadas que dio Estudiantes en San Siro, merced de las cuáles ahora el mundo entero nos tiene fichados como lo que somos futbolísticamente: SUCIOS” (Panzeri, 14/10/1969:15). En este caso traslada lo que puede ser su vergüenza individual como periodista o como espectador de fútbol al colectivo de los “argentinos” suponiendo que el resto de la población comparte su análisis. Opera de la misma manera al decir que “el mundo entero” nos cataloga de sucios, cuando la mayoría de las críticas habían partido de la prensa italiana al igual que había sucedido en 1968 con los diarios ingleses. Más adelante dirá que:

“La caída de ese imperio de la ilegalidad futbolística, que esperamos que se concrete el 22 de octubre en cancha de Boca es

absolutamente necesaria como complemento de la reciente lección recibida (aún no aprendida) también en cancha de Boca el 31 de agosto de 1969” (Panzeri, 14/10/1969:15). Panzeri hace referencia a la eliminación de la Selección Argentina del Mundial de 1970 a manos de Perú. Las explicaciones al deseo de que Estudiantes no volviera a ganar la Copa Intercontinental las expresaría más avanzada su columna:

Aunque estos traigan resultados, Zubeldía proclamó ‘la última carta del fútbol argentino’; ‘la salvación argentina’; también el exponente de ‘un estilo al cual hay que adaptarse, o sucumbir’, palabras todas de su artífice de mañas y suciedades que llegaron a mencionarse como erróneamente no transferidas de plano a la selección nacional para “haber” asegurado nuestra concurrencia a México. Y es que hay gente que supuso que el fútbol de Estudiantes era la panacea real del fútbol: ganar siempre sin jugar nunca (Panzeri, 14/10/1969:15).

Panzeri quería que Estudiantes perdiera aquella final, no tanto por un encono con el club o sus jugadores, sino por el temor de que el estilo de Estudiantes se trasladara a la Selección Argentina. El objetivo último del periodista era salvaguardar las mentadas “raíces” del fútbol argentino. Si el equipo de Zubeldía perdía, las chances de que se produjese un cambio de paradigma en todo el fútbol argentino disminuirían. De lo contrario, Panzeri veía en Zubeldía y su fútbol, una amenaza al estilo que había predominado en el fútbol argentino desde su mítica fundación. Desde esta óptica se entienden sus agravios hacia el entrenador, la descalificación de su fútbol y su constante empeñamiento en contar los aspectos negativos de aquel equipo.

Sin embargo, en este blanqueamiento de objetivos, existe una contradicción fundamental en Panzeri: su anhelo de derrota para Estudiantes y la consiguiente pérdida de presti-

gio de su estilo de juego provienen de una interpretación puramente resultadista. Para que no triunfaran las ideas de Zubeldía, Estudiantes debía caer derrotado, de lo contrario, se confirmarían sus peores temores. De manera que su propia prédica antiresultadista, plasmada fundamentalmente en su columna “Estudiantes: fútbol de una sola ‘G’: ganar”, pierde coherencia en esta nota.

Panzeri recibió como respuesta un aluvión de críticas en el correo de lectores a la vez que fue interpelado por otro periodista del diario, Marcos Aronín, alias “My Space” quien reivindicó lo realizado hasta ese momento por Estudiantes de La Plata y advirtió el oportunismo de ciertos sectores políticos y periodísticos para deslegitimar las campañas de los dirigidos por Zubeldía:

¿Por qué entonces podría ser Estudiantes la imagen de la violencia? ¿Ahora? ¿Después de perder con el Milán? Sería injusto entonces encarnar en un cuadro que tuvo gloria para sí e irradió prestigio para todo el fútbol argentino los males que aquejan a la totalidad de sus exponentes. Injusto también minimizar esta trayectoria albirroja de los últimos tres años a través de un prisma de un partido perdido en suelo europeo. Estudiantes está siendo examinado ‘a fondo’ porque ha adquirido una entidad futbolística insospechada. Modalidades corrientes en otros menos notorios, son subrayadas sin piedad porque es importante en el escenario futbolístico (My Space, 15/10/1969: 14)

Es preciso destacar la agudeza del periodista, que al calor de uno de los momentos más críticos del proceso de Zubeldía en Estudiantes, no se dejó llevar por el marco condenatorio que se propagaba desde la prensa argentina y extranjera, y presentó un análisis en contexto de la situación. En una de sus preguntas retóricas dejó entrever que existía un fuerte interés por encarnar en Estudiantes “la imagen de la violencia”. Sin

embargo, My Space argumentó en contra de esta idea e identificó las causas de lo que comenzaría a ser una campaña de demonización para con el club platense: advirtió que Estudiantes había sido puesto en el ojo de la tormenta porque había adquirido “una entidad futbolística insospechada”. Algunos periodistas, como es el caso de Panzeri, habían encontrado el pretexto perfecto para frenar la transformación que Zubeldía estaba produciendo en el fútbol argentino: se reforzaría el estigma de Estudiantes como equipo violento.

Del chauvinismo a Devoto

El partido de vuelta, disputado el 22 de octubre en la Bombonera, se transformó en el estigma del proceso de Zubeldía en Estudiantes. Aquella noche, el equipo platense venció a su par italiano por 2 a 1, pero el encuentro finalizó con un escándalo entre los jugadores de ambos equipos que se agredieron a golpe de puño y patadas, junto con una medida insólita tomada por el propio dictador, Juan Carlos Onganía, bajo la sugerencia del Coronel Premoli: tras los incidentes quedaron detenidos durante treinta días los expulsados Ramón Aguirre Suárez y Eduardo Luján Manera, junto con el arquero Alberto Poletti.

La dictadura atravesaba un período de fuerte inestabilidad política con escaso margen de gobernabilidad a la vez que naufragaba en materia económica. En mayo había sufrido uno de los mayores levantamientos populares de la Argentina, el Cordobazo, que había dejado muy debilitada la imagen del gobierno. La decisión de encarcelar a tres jugadores de Estudiantes luego de la final del mundo fue un disparate para intentar demostrar algún atisbo de firmeza en una gestión que serpenteaba inexorablemente hacia el fracaso (Blanco, 1971).

Sin embargo, aquel episodio contó con ribetes más desconcertantes: la prensa se congració con la polémica medida adoptada por el General Juan Carlos Onganía, justificando las san-

ciones impuestas a los jugadores del conjunto platense. En tan solo un año, el Presidente de la Nación de facto había pasado de recibir con honores a los campeones de Old Trafford, a detener en la cárcel de Devoto a tres de sus jugadores por extralimitaciones en la conducta deportiva. De la misma manera, la revista *El Gráfico* que había dotado de un fuerte espíritu nacionalista las gestas de Estudiantes, abrazaría la decisión del Ejecutivo por tratarse de sanciones que buscaban recomponer la “imagen vergonzosa” que habían dejado los jugadores del elenco platense representando a la Argentina.

Antes de analizar las narrativas de la prensa sobre aquel episodio, es pertinente despejar algunas dudas sobre lo ocurrido aquella noche. Al revisar las filmaciones sobre el partido -en internet se puede acceder a una grabación completa del mismo- queda claro que se ha creado una imagen mucho más violenta del partido de lo que realmente sucedió. El desarrollo del encuentro transitó por carriles normales durante la enorme mayoría del tiempo: Estudiantes adelantado en el campo de juego, con amplio dominio de la pelota y llegadas claras, ya que estaba obligado a ganar para revertir el resultado adverso de San Sirro. Por el otro lado, el Milan se mantuvo ordenado y replegado a la espera de un contraataque en el que pudiese definir la serie. Incluso en numerosos pasajes del partido, sus jugadores realizaron los laterales y envíos de pelota parada con gran lentitud para dejar correr el tiempo y enfriar el encuentro.

Los episodios violentos involucraron principalmente al arquero Poletti, que agredió o intentó agredir deliberadamente en tres ocasiones a sus adversarios: la primera, al propinarle un puntapié por la espalda a Prati, el delantero italiano que estaba tendido en el campo de juego -¿haciendo tiempo?; la segunda, tras el gol de Gianni Rivera, intentó pegarle un pelotazo por la espalda a uno de los jugadores que corre a celebrar el gol, que al advertir la intención del arquero, se agachó y evitó el golpe; la tercera y más condenable de las tres agresiones, una patada a

la carrera al finalizar el partido sobre el festejo de los jugadores italianos. Luego, hay dos situaciones en las que el protagonista fue el defensor central Ramón Aguirre Suárez: la primera, un violento planchazo contra Néstor Combin –la más descalificadora de todas las agresiones del encuentro- y la segunda, un codazo al mismo jugador que le valió la expulsión del partido. En cuanto a Eduardo Luján Manera, fue echado sobre el final del juego y las cámaras no llegaron a captar el incidente que ameritó la decisión del árbitro del encuentro.

Al analizar este partido casi 50 años más tarde, produce cierta incredulidad que se haya generado tamaño revuelo y se hayan aplicado sanciones tan desproporcionadas, cuando existen numerosos casos de partidos más violentos (Blanco, 1971). Pero aun intentando dejar de lado la mirada en retrospectiva, ya en aquel entonces existían partidos con mayor grado de violencia, que habían acabado con varios expulsados y agresiones de todo tipo. Incluso el partido de ida, que tuvo lugar en Italia, había contado con mayor cantidad de cruces y patadas entre los jugadores que la revancha jugada unos días después. La final disputada en Manchester también había contado con episodios de violencia como la piña de George Best a Hugo Medina, al igual que el partido de ida frente a Nacional en Montevideo por la final de la Copa Libertadores de 1969 o las semifinales de la Copa de 1968 frente a Racing Club. El juego fuerte y los cruces entre los jugadores eran habituales en aquellas contiendas, no sólo los que involucraban a Estudiantes, sino todos los partidos coperos. Esto no significa que los mencionados episodios estuviesen justificados, pero sí ayuda a la comprensión de los mismos situarlos en contexto.

De manera que al ver las grabaciones del encuentro y al compararlo con otros partidos, no cabe duda que hubo una campaña malintencionada para dañar el prestigio y la imagen del Estudiantes de Zubeldía. Desde las páginas de *El Gráfico*, Carlos Fontanarrosa publicó un editorial en el cuál reivindicaba

ría las sanciones impuestas por el gobierno dictatorial:

Además, la muy saludable reacción del gobierno, que no solamente se hace ver con un comunicado simplemente duro sino que acepta ante la opinión pública mundial, reconociendo secamente, sin atenuantes, una culpa que nos debe llenar de vergüenza. Las sanciones a los jugadores pueden ser discutidas. Y más ahora que comienza la etapa del sentimentalismo, que tarde o temprano emerge para disimular faltas y penas. Las sanciones pueden –sí, señor– ser discutidas. Pero había que hacer “histórica” la sanción de la misma manera que fue histórica la falta y el daño. Un daño al país, no olvidar. (...) Nos jugábamos –como pueblo y como país– ante el mundo, y así había que actuar; de alguna manera había que confirmar que nosotros no somos así (Fontanarrosa, 28/10/1969: 3).

Fontanarrosa juega una y otra vez con la posibilidad de que las sanciones sean discutibles, no obstante esto, queda claro que el semanario respalda la decisión del ejecutivo. Primero habla de la “muy saludable reacción del gobierno” y sobre el final afirma que la sanción debía ser “histórica”. *El Gráfico*, que había volcado la representatividad de la nacional a un club del plano local, no se corría de su eje chauvinista y castigaba al equipo por haber dañado la imagen del país. Nótese el uso del “nos” y del “nosotros”, a modo de apropiarse y nacionalizar las campañas de Estudiantes.

Pablo Alabarces, en *Fútbol y Patria*, ofrece una explicación de porqué la revista habría actuado de esa manera:

Las relaciones entre los discursos periodísticos y las configuraciones discursivas oficiales en una dictadura son complejas. Por un lado, la existencia de un gobierno autoritario supone la ilusión de la igualdad entre ambas tramas: los discursos públicos son homogéneos, sin fisuras, y los desvíos

deben ser buscados en otras zonas o en otras configuraciones (los discursos privados, las circulaciones clandestinas, las resistencias politizadas, las alusiones y las metáforas). Sin embargo, cabe otra posibilidad: y es que esa homogeneidad entre el discurso oficial y el periodístico sea asumida por este último sin dificultades, y sin necesidad de presiones o coacciones autoritarias. En el caso de la revista *El Gráfico* (y esto se repetirá en 1978), que ya caracterizamos como editada por un grupo ligado a posiciones conservadoras y católicas desde su fundación en 1919, la censura no necesita operar: la revista se sujeta dócilmente al discurso estatal autoritario. De allí que la distancia parezca no existir. En consecuencia, el hecho de que el enunciador no sea estatal no implica que su gramática de producción sea distinta (Alabarces, 2007: 103).

La prueba de que el discurso del semanario se había plegado a la retórica oficial, es desnudada por el propio Fontanarrosa. Durante los días previos a las finales con el Milan, el gobierno había reiterado en distintas declaraciones hechas públicas por sus funcionarios, la importancia de que los jugadores argentinos mostraran buena conducta ante sus rivales. La dictadura, que no podía detener la crisis social desatada en el país, recurría al fútbol como último ámbito en el cual poder demostrar cierto control de la situación (Rodríguez, 2006). A Onganía ya no le interesaba el éxito deportivo, sino que se aferraba al triunfo moral. A esta idea suscribió Fontanarrosa al afirmar que “nos jugábamos - como pueblo y como país- ante el mundo” en su editorial post-partido.

El resto de la cobertura de *El Gráfico* estuvo teñida por un fuerte amarillismo: la nota principal se tituló “La página más negra del fútbol argentino” (*El Gráfico*, 28/10/1969: 23) junto con dos fotos que ilustraron la particular motivación del medio gráfico por maximizar los episodios de violencia: en la primera

se muestra el rostro ensangrentado de Néstor Combin, quien es atendido por uno de los médicos, mientras que en la segunda, dos jugadores del Milan retiran de la cancha a Prati en forma de camilla, quien evidencia gestos de dolor en su cara. Al mismo tiempo, en otra doble página se publicó una entrevista al entrenador de Estudiantes titulada: “Osvaldo Zubeldía contra la pared” (*El Gráfico*, 28/10/1969: 10) acompañada por una foto en la que el Director Técnico se toma la cara en un evidente gesto de molestia y/o incomodidad.

Sin embargo, a excepción del arquero Alberto Poletti, que intentó agredir deliberadamente a sus rivales en situaciones por fuera del juego, el resto de los cruces mencionados se produjeron –con mayor o menos intencionalidad- disputando la pelota. *El Gráfico*, en su escalada chauvinista frente a la prensa inglesa en 1968, se había encargado de desmentir una y otra vez que la brusquedad de los jugadores argentinos había sido mayor a la habitual en un partido de esas características. Por caso, Juvenal lo había dejado en claro tras la primera final frente al Manchester jugada en la Bombonera:

Este encuentro Estudiantes-Manchester no fue mucho más violento ni más alevoso que casi todos los que llevamos vistos por la Copa. Por cualquier Copa. Incluso la europea. Porque hace dos años, una semifinal Manchester-Partizan, pude presenciar un verdadero record en materia de juego sucio a cargo de Nobby Stiles... (Juvenal, 1/10/1968: 19).

Los interrogantes que surgen, entonces, son: ¿Por qué *El Gráfico* había pasado de defender a ultranza a los jugadores de Estudiantes en 1968, a condenarlos y respaldar la decisión de privarlos de la libertad por haberse extralimitado en sus conductas deportivas? ¿Acaso en 1968 el juego violento había sido real y el semanario lo había invisibilizado? ¿O en 1969 se había encargado de resaltar y exagerar lo sucedido frente al Milan?

Luego de ver los partidos y analizar las narrativas de cada caso, se puede concluir que primaron decisiones editoriales distintas para cada momento histórico. En 1968 la revista había encarado una batalla cultural contra la prensa británica, en la que decidió mostrar que los argentinos no éramos la suerte de bestias que los periódicos ingleses querían hacerle creer a sus lectores, mientras que en 1969, en cambio, sin el respaldo de la AFA y del gobierno, junto con el subcampeonato consumado, se conjugaron las condiciones ideales para condenar desde una posición moralista la falta de conducta deportiva que había mostrado el club en nombre de toda la Argentina.

Por otra parte, el diario *El Día* también se hizo eco de lo sucedido y al día siguiente del partido publicó una nota en la tapa titulada “La violencia de los jugadores no debe servir para manchar el Club” (*El Día*, 23/10/1969: 1). Debido a la proliferación de discursos punitivos por parte de la prensa deportiva hacia Estudiantes, el diario publicó una nota titulada “Severos juicios emite la prensa local” (*El Día*, 24/10/1969: 12) en la cual reunió distintos recortes de notas publicados por matutinos argentinos, principalmente porteños, en los cuales se expresaba el “repudio”, la “vergüenza” y lo “bochornosa” que había resultado la “noche negra para el fútbol de Estudiantes de La Plata”, en la cual había perdido “la dignidad deportiva y produjo deplorable espectáculo a través de alguno de sus desorbitados jugadores” (*El Día*, 24/10/1969: 12).

La aparición de esta nota dedicada a agrupar los numerosos juicios de la prensa deportiva argentina, permite conocer, sin escapar del análisis de las narrativas de *El Gráfico* y *El Día*, que la condena y el hostigamiento para con Estudiantes fue artero y generalizado. Debido a la trascendencia del tema en las narrativas periodísticas, el Club decidió emitir un comunicado que fue publicado por el diario *El Día*. La nota se tituló “Estudiantes denuncia que se lo hace objeto de una campaña tendenciosa” (*El Día*, 25/10/1969: 11) y en un extracto del mis-

mo señalaría lo siguiente:

La Comisión Directiva del Club Estudiantes de La Plata en sesión de la fecha, ha considerado en forma especial el largo historial de agravios públicamente desatado contra la institución, mediante la especulación de episodios aislados que ocurren sistemáticamente en todas las canchas futbolísticas del mundo y que no obstante su condenación y censura oportunamente manifestadas pareciera cobrar en nuestro país visos de una permanente e inusitada actualidad. Esta actitud especiosa de quienes hacen del sensacionalismo su medio natural de expresión, vomitando “verdades” que no sienten ni estiman, obligan a meditar si en realidad no se trata de una formal campaña en contra de la institución que ha llevado al deporte argentino, a la hidalguía del ser argentino, a sus más altas expresiones y valores para la mejor convivencia humana” (*El Día*, 25/10/1969: 11).

El comunicado difundido por el club reafirma algunas ideas desarrolladas anteriormente. En primer lugar, al hablar del “largo historial de agravios públicamente desatados”, confirma que la demonización de la prensa hacia la institución fue generalizada. En segundo lugar, el comunicado pone de manifiesto que el tema se había vuelto un fetiche, ya que a pesar de que los acontecimientos sucedidos en la Bombonera se producían “sistemáticamente en el resto del mundo”, existía un interés especial por ser remarcado en la Argentina. Finalmente, el club deja asentado que se siente víctima de lo que considera una persecución hacia la institución.

El episodio del 22 de octubre de 1969 se transformó en un punto de inflexión para las narrativas periodísticas sobre las campañas del Estudiantes de Zubeldía. Ante el vacío de representatividad dejado por la Selección Argentina, la prensa había elevado a Estudiantes de La Plata como virtual representante de

un colectivo profundamente heterogéneo como lo es la identidad de un país. La carga simbólica impuesta por la prensa deportiva de ser el principal exponente argentino dio lugar a una crítica despiadada y cruel cuando el equipo manifestó sus equivocaciones y debilidades. Los mismos que habían encumbrado al conjunto Pincha y le atribuyeron representatividad argentina, luego lo sentenciaron a una fuerte estigmatización por el comportamiento demostrado en un partido de fútbol. Quiénes habían honrado al país en Inglaterra ya no era merecedores de representar una presunta forma de ser argentina.

-8-

El canto del Cisne

El estigma creado sobre Estudiantes la noche del 22 de octubre de 1969 se convirtió en un elemento constitutivo de la identidad del club. La demonización sufrida tras la final disputada con el Milan dejó una profunda huella en las narrativas de la época e incluso en las que vendrían años más tarde. Las representaciones elaboradas sobre aquel equipo luego de la final Intercontinental frente al equipo italiano acabaron por desvirtuar un proceso que había sido contra-hegemónico, revolucionario y profundamente legítimo.

Las sanciones impuestas por la AFA, pero instrumentadas por el Coronel Premoli bajo la directiva del dictador Juan Carlos Onganía (Rodríguez, 2006), tuvieron incidencia sobre las competencias que Estudiantes debía disputar en 1970. Tras cumplir un mes de arresto en el penal de Devoto, los jugadores Poletti, Aguirre Suárez y Manera debieron afrontar las sanciones deportivas. El arquero Poletti fue suspendido de por vida en el fútbol profesional, aunque luego consiguió ser indultado. Aguirre Suárez recibió 30 fechas de suspensión en el fútbol argentino y 5 años en torneos internacionales, mientras que Manera debió cumplir con 20 partidos nacionales y 3 años internacionales. A los jugadores sancionados, se sumó el retiro de Raúl

Madero, por lo cual, Osvaldo Zubeldía debió armar una defensa nueva. El único sobreviviente de los cinco habituales titulares del fondo del equipo multicampeón (contando al arquero), fue Oscar Malbernat.

Como vigente campeón de la Copa Libertadores de 1969, Estudiantes accedió a disputar el torneo internacional nuevamente desde las semifinales. En este caso, el rival fue River Plate al que venció por 1 a 0 en el Monumental y al que volvió a doblegar por 3 a 1 como local. La revista *El Gráfico* dedicó el editorial posterior a la primera semifinal a la actualidad de Estudiantes. En las líneas escritas por Fontanarrosa, se advierte una fuerte intención de marcar un antes y un después de lo sucedido frente al Milan en la Bombonera. Habían pasado casi siete meses desde aquel partido, del cual el conjunto Pincharrata no podría borrar las secuelas. Los hechos ocurridos aquella noche se convirtieron en un punto de inflexión: cualquier virtud o reconocimiento que había obtenido el Estudiantes de Zubeldía pertenecía a la época previa a la “catástrofe” ocurrida en octubre de 1969. Esa noche, el equipo platense se había transformado en una suerte de bestia que había desprestigiado al fútbol argentino y había deshonrado al país. De manera que en el futuro se imponía la obligación de demostrar que Estudiantes podía volver a ser “el viejo Estudiantes”, que podía asegurarse el éxito a través de armas nobles y desterrar, a la vez, al oscuro Estudiantes de fines del 69:

Estas páginas de *El Gráfico* fueron generosa campana de resonancia para los importantes triunfos de Estudiantes de La Plata, cuando de la nada llegó a Campeón Metropolitano, Campeón de América y Campeón del Mundo. Cuando la grita general condenaba el “antifútbol” de Estudiantes aquí le otorgamos el justo reconocimiento a su sacrificio, su dedicación, su humildad y su disciplina. Después, llegó la triste noche contra el Milan. Y, entonces, fuimos severos, rigurosa-

mente duros con ese mismo Estudiantes que tantas veces habíamos elogiado. (Fontanarrosa, 12/5/1970:3)

Más adelante en el editorial, Fontanarrosa, a través del uso de las mayúsculas, jerarquizará una idea que estará muy presente durante las campañas de 1970: el desdoblamiento de Estudiantes. En las narrativas periodísticas de la época, se vuelve casi un fetiche señalar lo ocurrido en 1969 como un quiebre: con anterioridad a ese año, se hablará del prestigioso Estudiantes, el que había alzado numerosos trofeos y había dado muestras cabales de ser un gran equipo incluso a nivel mundial, y partir de octubre del 1969 se hablará del “otro” Estudiantes: el adalid del descontrol y la violencia:

Pero nos dolió todo el exceso antideportivo en que cayó Estudiantes esa noche. Ese mismo Estudiantes que habíamos elogiado con calor, con aprecio... Mejor dicho, no: ESE MISMO ESTUDIANTES, NO. OTRO ESTUDIANTES. Totalmente transfigurado y desfigurado por el descontrol, muy distinto del Estudiantes disciplinado, “caliente” en el esfuerzo, pero “frío en el razonamiento” aplicado a cada situación del juego. (Fontanarrosa, 12/5/1970:3)

De esta manera, se rompe la continuidad discursiva y se mitifica el pasado reciente de Estudiantes. Esta construcción profundamente maniquea de la historia Pincharrata, distorsiona gravemente el proceso llevado adelante por Zubeldía durante aquellos años. Asimismo, acaba por homogeneizar el relato elaborado por la revista *El Gráfico*, que había contado con varios matices y que de ninguna manera y en ningún momento se había mostrado como una narrativa sólida y unívoca. Esta presentación de la historia de Estudiantes invisibiliza las tensiones y las contradicciones presentes en el discurso del semanario.

La cobertura de la revista sobre el partido disputado en el

Monumental contó con un denominador común en los enunciados, orientados exclusivamente a resaltar un regreso a la época pre-octubre del 69. La titulación completa de la nota principal firmada por Osvaldo Ardizzone fue formulada en este sentido. La volanta establecía que: “Volvieron ‘los viejos’ de antes...” (Ardizzone, 12/5/1970: 20), el título fue: “Y Estudiantes volvió a ser el de antes” (Ardizzone, 12/5/1970: 20), mientras que la bajada redundó en la misma idea:

El laboratorio volvió a funcionar con la misma matemática precisión de los buenos tiempos... River necesitó salir al ataque y desnudó todo su impotencia... Los campeones del mundo fueron “a trabajar” el resultado y, como en los buenos tiempos, lo consiguieron. Victoria sin discusión... River improvisó. Estudiantes sabía lo que quería (Ardizzone, 12/5/1970: 21).

Nótese el uso reiterado del término “volver”, y las referencias inequívocas al pasado: “los viejos” y los “buenos tiempos”. Además, existe una reminiscencia más sutil: al momento de utilizar un sinónimo de Estudiantes, Ardizzone habla de “los campeones del mundo”, concepto errado si se tiene en cuenta que el Pincha había dejado de serlo tras perder la final con el Milan. Sin embargo, su utilización responde a un interés particular del autor por resaltar esta característica con la cual Estudiantes había sido identificado “en los viejos tiempos”.

Tras superar a River en semifinales y clasificarse por tercera vez consecutiva a la final de la Copa Libertadores, Estudiantes se enfrentó con Peñarol de Uruguay. El primer chico se lo llevó el elenco platense, tras vencer como local por 1 a 0 con gol de Togneri sobre el epílogo del partido. La vuelta, disputada en el estadio Centenario de Montevideo, cuna de la mayoría de la gestas del conjunto estudiantil (allí ganó la Copa Libertadores de 1968 frente a Palmeiras y la Copa Interamericana de 1969

frente al Toluca) finalizó 0 a 0 y consagró a los dirigidos por Zubeldía Tricampeones de América.

Tanto el diario *El Día* como la revista *El Gráfico* narraron esta consagración como una especie de revancha del club argentino frente a sí mismo, frente a la imagen dejada en octubre de 1969. La referencia a lo ocurrido la noche de la Bombonera se vuelve sistemática e ineludible a la vez que ordenadora de todo lo que sucede en 1970. Para ambos medios, el presente de Estudiantes no se puede explicar sin tener en cuenta lo ocurrido el año anterior. Los acontecimientos de octubre acaban por eclipsar todo lo conseguido por Estudiantes anteriormente y aquellas conquistas alcanzadas poco tiempo atrás son narradas como un pasado lejano e inaccesible, que nada tiene que ver con el Estudiantes de 1970.

Se crea cierta fascinación y se constituye una mirada nostálgica de las epopeyas del Estudiantes de 1967 y 1968, lo que implícitamente actúa como mensaje que anticipa el fin de ciclo del proceso del Estudiantes de Zubeldía. Los discursos elaborados en 1970 están fuertemente estructurados sobre dos temáticas centrales: la búsqueda de revancha por parte del conjunto platense para limpiar su imagen.

El diario *El Día* tituló la crónica de la final “Una victoria de limpieza alentadora” (*El Día*, 29/5/1970: 7) y dedicó los últimos párrafos a resaltar las condiciones en la que Estudiantes se había coronado nuevamente campeón de América:

Es necesario señalar que el empate-victoria del Centenario mostró a un Estudiantes desapegado absolutamente de ciertas prácticas que marginan lo estrictamente deportivo y que no puede ignorarse que utilizó con abundancia en otras oportunidades. Esta vez no hubo demoras, ni jugadores “gravemente” lesionados que de pronto se levantan al ser ordenado su retiro del campo, ni otras especies del repertorio de un Estudiantes aparente y felizmente superado. El

equipo de Zubeldía se jugó por entero con un amplio margen de honestidad deportiva a su favor, ganando puntos que a lo mejor resultan más valiosos que los que confieren la posesión de la Copa (*El Día*, 29/5/1970: 7).

El diario le asigna un valor ético más que deportivo a la tercera Copa Libertadores ganada por Estudiantes. La victoria frente a Peñarol servía para demostrar que los dirigidos por Zubeldía podían ganar limpiamente una competencia y que podían superar lo que habían mostrado apenas siete meses atrás.

La cobertura de *El Gráfico* se construyó en el mismo sentido. La nota principal se tituló “La limpia revancha de Estudiantes” (*Juvenal*, 2/6/1970: 20) y Juvenal adujo lo siguiente:

La nueva consagración de Estudiantes, más allá del aspecto puramente futbolístico, más allá del brillo estadístico que ofrecen tres copas ganadas en forma consecutiva, más allá de todo el análisis técnico-táctico que pueda hacerse en torno de la final de Montevideo, tiene un enorme valor humano. Es la REVANCHA de un equipo que hace ocho meses estaba quebrado moral y futbolísticamente. Es la REVANCHA de un equipo que de la noche a mañana había perdido todo. Incluso el concepto favorable que había sabido ganarse en buena ley a través de varios años de perseverancia, humildad y sacrificio. Es la REVANCHA de la conciencia colectiva, de la honestidad profesional, de la vergüenza deportiva, la dignidad humana herida, de la rebeldía ante lo que considero un castigo exageradamente riguroso. Es la REVANCHA amasada con las mismas armas que se amasó la gesta inicial, cuando Estudiantes de La Plata, inscribió el nombre de un equipo, de una ciudad y de un país en el mapa del mundo: humildad y sacrificio.

Y es, fundamentalmente, LA REVANCHA LIMPIA. Según el diccionario, REVANCHA es un galicismo que acep-

ta tres significados parecidos, pero distintos: DESQUITE, VENGANZA O REPRESALIA. Lo de Estudiantes ha sido DESQUITE REIVINDICATORIO. No tuvo signos de venganza ni de represalias (Juvenal, 2/6/1970: 20).

Nuevamente aparece octubre del 69 como punto de inflexión, como el quiebre y ocaso del ciclo. El análisis de la nueva consagración gira en torno a la reivindicación que estaban logrando los jugadores Pincharratas a través de la nueva Copa. No importaba tanto qué había sucedido en esos partidos, sino dejar en claro que había existido un espíritu puro y renovador en las motivaciones que habían conducido a la victoria. La prensa deportiva, incluso más que los propios protagonistas, estaba más interesada en destacar las virtudes éticas y de conducta, que las estrictamente deportivas. Y ello a expensas de restarle importancia a los hechos ocurridos hacia el final del partido disputado en el Centenario: los jugadores de Peñarol habían agredido a los de Estudiantes, generándose una batahola en la que habían quedado trenzados jugadores de ambos equipos.

Curiosamente, ninguno de los dos medios hizo hincapié en este pasaje violento del partido. No hubo editoriales en tono de indignación, ni titulares que centraran su información en los aspectos que excedían lo deportivo. En ambos medios, los hechos de violencia quedaron relegados a un segundo o tercer orden de importancia con la particularidad de presentar como culpables exclusivos de la agresión a los jugadores uruguayos.

Llegado este punto, cabe preguntarse por qué se verifica un tratamiento diferencial de los episodios violentos en la prensa deportiva sobre los partidos disputados por Estudiantes. En primer lugar, queda claro que la violencia se vuelve un tópico constante en las construcciones discursivas de ambos medios y especialmente en las narrativas de *El Gráfico*. En segundo lugar, puede observarse que existió una acción deliberada por parte de los medios analizados en concederle un lugar central a la

violencia en la cobertura realizada sobre la final Intercontinental de 1969, que alcanzó niveles de exaltación que no se evidenciaron antes ni después de aquel encuentro, incluso cuando se han constatado similares episodios de violencia. Lo que sugiere que en 1969 existió una decisión editorial y política de los medios por otorgarle mayor visibilidad a los hechos violentos que en otras oportunidades, fagocitada por los altos mandos de la dictadura de Onganía, envuelta en una coyuntura de crisis y pérdida de gobernabilidad. Es por ello que en 1970, al igual que en ocasiones previas a 1969, la violencia no fue la temática principal que estructuró la cobertura periodística, sino que quedó desplazada en el orden de aparición por otros tópicos. En mayo de 1970, era el turno de destacar los atributos de revancha y limpieza.

Fin de ciclo y apagón informativo

El último capítulo de la saga zubeldiana en *Estudiantes* se escribiría en septiembre de 1970. Como tricampeón de la Copa Libertadores, el Pincha había obtenido el pase para disputar una nueva final Intercontinental. Esta vez, el rival sería el Feyenoord holandés, que había vencido al Celtic de Escocia por 2 a 1 en la final de la Copa de Campeones de Europa. El equipo de Rotterdam, que hasta ese entonces no se había destacado en el plano internacional, contaba con varios jugadores que a la postre conformarían la Naranja Mecánica, aquel mítico seleccionado holandés que llegó a la final del Mundial de 1974.

Al reinventado *Estudiantes*, ahora se le presentaba la oportunidad de lavar su imagen frente al mundo, tras haberlo hecho a nivel continental. Sin embargo, algo había cambiado. La fascinación por los muchachos de Zubeldía había desaparecido. Si la tensión previa al partido contra el Manchester en 1968 había dado lugar a numerosos reportajes y análisis por parte de *El Gráfico*, si la cobertura de la consagración en Old Trafford ha-

bía desbordado el habitual espacio destinado a la información deportiva en el diario *El Día*, y si la noche de octubre de 1969 había hecho correr siniestros ríos de tinta en ambas publicaciones, nada parecido ocurrió con la final del mundo de 1970. La cobertura de las finales disputadas en Buenos Aires y Rotterdam demostró que el interés sobre lo que pudiese acontecer con Estudiantes era significativamente menor al de años anteriores. A pesar de tratarse del mismo certamen, de la misma copa en juego, el espacio destinado al evento se había reducido y su preeminencia frente al resto de la información deportiva ya no era tal.

Este “apagón informativo” se explica fundamentalmente por un envejecimiento del proceso llevado adelante por Zubeldía en Estudiantes, que ya no contaba con la misma frescura y vitalidad que había mostrado otrora y del cual se presumía que estaba llegando a su fin. Desde hacía un tiempo ya no había nada “novedoso” por contar: hacía más de tres años que Estudiantes había irrumpido en la escena nacional e internacional, disputando finales a lo largo y ancho del mundo occidental. Había alcanzado su techo en octubre de 1968, se había puesto de rodillas en octubre de 1969 para levantarse y volver a triunfar en mayo de 1970. Sin embargo, el fuego que lo había acompañado durante estas epopeyas, parecía extinguirse en la primavera de la nueva década.

Al mismo tiempo, en esta oportunidad tampoco existieron motivaciones extra-futbolísticas que lo catapultasen a un lugar de privilegio en la agenda nacional de los medios. Esta vez no había batalla cultural que enfrentar, ni existían presiones políticas de un gobierno dictatorial en crisis ante las que ceder. De manera que el nuevo contexto político-social que se inauguró en los años 70 acabó por descentrar el rol protagónico que la gesta de Estudiantes había ganado en los últimos años de la década del 60.

El 26 de agosto de 1970 fue la fecha elegida para disputar

el partido de ida por la final Intercontinental. Estudiantes hizo nuevamente las veces de local en el estadio de Boca Juniors. El conjunto Pincharrata tuvo un inicio demoledor al marcar dos goles en los primeros diez minutos del partido, sin embargo, no supo sostener la diferencia y el encuentro finalizó 2 a 2. En esta ocasión, no solo el resultado lo comprometía en sus aspiraciones de alzar el máximo galardón en Holanda, sino también el rendimiento mostrado. Las crónicas del partido y las declaraciones de los protagonistas coincidían casi sin fisuras en que el Feyenoord había sido muy superior en intensidad física y ritmo de juego que Estudiantes.

La revista *El Gráfico* realizó una cobertura modesta de la primera final. No hubo tapa, ni editorial dedicado a Estudiantes. Juvenal se encargó de realizar la crónica del partido, en una nota que tituló “Estudiantes regaló media copa (aunque todavía no perdió la otra mitad)” (Juvenal, 1/9/1970: 18). Sin embargo, el artículo destacado de este número fue una nota de análisis firmada por Osvaldo Ardizzone y titulada: “Y... ¿Todavía sigue creyendo en el laboratorio?” (Ardizzone, 1/9/1970: 24) acompañada por una foto con un fuerte contenido simbólico: los jugadores de Estudiantes y su entrenador, Osvaldo Zubeldía, descendiendo con caras de preocupación por el túnel que los conducía a los vestuarios de la Bombonera. La imagen, que no necesita explicación, fue colocada en el centro de la doble página de modo que no se generasen medias interpretaciones en el mensaje. Se trataba del ocaso del Estudiantes de Zubeldía y para corroborarlo, no hacía falta si quiera leer el texto.

No obstante la clara decisión editorial de configurar la nota de ese modo, Ardizzone, en un arrebato cínico, afirmó en el epígrafe que “El descenso por el túnel de Boca no pretende ser simbólico. La contextura del campeón del mundo también se fortaleció con el estímulo de las derrotas” (Ardizzone, 1/9/1970: 24). La declaración del periodista subestima al lector, que no precisa haber estudiado comunicación para comprender el sentido

categorico de la publicación. Por otra parte, el autor se traiciona en el enunciado al hablar de “derrotas”, cuando el resultado del partido había sido un empate. Este fallido acaba por reconfirmar que el objetivo de la columna era mostrar un Estudiantes derrotado, preocupado, en franco descenso, próximo al hundimiento. Un pasaje de la nota rumbearía en el mismo sentido:

Pero que la parábola descendente se acentuaba, ¿quién lo podía dudar...? Nadie. Sí, vuelve a aparecer ese Estudiantes de la Copa en los partidos decisivos frente a River, frente a Peñarol, pero ya no es el OTRO, ya no es AQUEL de “los médanos en Necochea”, ya no es AQUEL de “las concentraciones de cuarenta días en City Bell”, AQUEL que trae una Copa de América desde Montevideo, el que trae una Copa del Mundo desde Inglaterra... ” (Ardizzone, 1/9/1970: 24)

La narrativa también indicaba fin de ciclo y retomaba la misma idea que se había impulsado unos meses atrás: el Estudiantes de 1970 era otro Estudiantes, que poco tenía que ver con el glorioso Estudiantes de años anteriores. La añoranza por el pasado se vuelve fetiche y la distancia entre un momento y otro se acentúa con el objetivo de crear la sensación de un pasado glorioso y un presente pobre y sin expectativas. Esta participación del proceso, junto con un menor visibilización de las contiendas y la construcción de un discurso de la derrota, verifican una narrativa orientada a devolver a Estudiantes a un lugar secundario, destronándolo de su protagonismo en la agenda nacional, para recalcar en la cotidianidad de lo local.

En el diario *El Día*, la pérdida de espacio en la tapa y en las páginas dedicadas al deporte, también se había vuelto significativa. Ya no abundaban las notas previas y posteriores a los partidos definitorios. A diferencia de las coberturas anteriores, en ambos medios ya no se publicaban entrevistas a los jugadores o al entrenador, no se describía el clima previo a las finales, no

existía mayor información sobre el rival de turno, ni se le otorgaba mucho espacio a las repercusiones de los encuentros.

Tras el empate en la Bombonera, el diario platense publicó en tapa solo un recuadro con una imagen sobre el primer gol de Estudiantes acompañado por el título “Estudiantes igualó en 2 goles con el Feijenoord de Holanda” (*El Día*, 27/8/1970:1). En el interior, la cobertura fue decididamente menor que en otras ocasiones.

Dos semanas más tarde, el 9 de septiembre de 1970, el proceso liderado por Zubeldía en Estudiantes se cerraría para siempre. La caída por 1 a 0 en Holanda confirmó las expectativas gestadas por los medios e implícitas en los protagonistas: el desfile exitoso de Estudiantes por el mundo había concluido. Ya no se podía esperar más de aquel grupo de hombres que durante tres años se había mantenido en la elite del fútbol mundial. El ciclo estaba cumplido.

En diciembre de ese mismo año, Mariano Mangano, el presidente artífice del crecimiento no solo futbolístico, sino institucional del club (fue quién compró las tierras donde hoy se asienta el Country Club de City Bell) se suicidaría sorpresivamente. Al mismo tiempo, Bilardo se retiraría del fútbol profesional para formar parte del cuerpo técnico de Zubeldía, no obstante, el entrenador renunciaría a su cargo en marzo de 1971. A pesar de que Estudiantes llegó la final de la Copa Libertadores de ese año y estiró la definición a un tercer partido disputado en Lima, en el cual cayó derrotado frente a Nacional de Uruguay por 2 a 0, poco quedaba ya de aquel andamiaje institucional-deportivo que tantas alegrías le había dado a los hinchas de Estudiantes.

-9-

Nuevo paradigma

Poco más de seis años duró el proceso de Osvaldo Juan Zubeldía como entrenador del primer equipo de Estudiantes de La Plata. Ese tiempo le alcanzó para romper con una serie de mitos que habían cobrado un profundo valor de verdad en todo aquello que rodeaba al fútbol argentino, que no eran otra cosa que los discursos acerca de este deporte. Todo lo que se decía, todo lo que se escribía y todo lo que se leía sobre el fútbol argentino entró crisis a partir de la revolución deportiva llevada adelante por el director técnico nacido en Junín.

Las modernas metodologías de entrenamiento junto con la implementación de un nuevo estilo de juego redundaron en una serie de éxitos futbolísticos impensados solo unos meses antes de que Zubeldía asumiera el cargo de entrenador de Estudiantes. La obtención del Campeonato Metropolitano de 1967 quebró la hegemonía de 36 años de títulos conseguidos por los denominados equipos grandes del fútbol argentino en la era profesional mientras que la conquista de la Copa Intercontinental en Inglaterra frente al Manchester United se transformó en una hazaña difícilmente equiparable por cualquier equipo argentino incluso al día de hoy.

Por supuesto que los elementos contextuales que enmar-

caron este período terminan de explicar la sucesión de estos hechos. El equipo de Zubeldía, más allá de las virtudes propias del cuerpo técnico y del conjunto de los jugadores, es hijo de su época. Existe una relación de causalidad entre los logros obtenidos por el club en materia deportiva y los cambios producidos en la década del 60. Desde las configuraciones más inmediatas, como lo fueron el nuevo armado institucional del club con la llegada a la presidencia de Mariano Mangano, el secretario general Rubén Lachaise y la contratación de Miguel Ignomiriello como encargado de las divisiones juveniles, pasando por los desmanejos de la Asociación del Fútbol Argentino, la implementación de nuevos formatos en los torneos de Primera División, hasta la crisis futbolística-identitaria que vivía la Selección Argentina.

Nunca es bueno hacer historia contra fáctica, pero resulta improbable pensar que las ideas de Zubeldía hubiesen podido triunfar -ni si quiera introducirse- en el fútbol argentino, de no ser por el fracaso del seleccionado nacional en el Mundial de Suecia de 1958 y la crisis estilística e identitaria desatada a raíz de ello en la década del 60. El atraso en materia táctica y estratégica que predominaba en el fútbol argentino -del cual la Selección Argentina hizo gala en la Copa del Mundo disputada en el país nórdico-, junto con un marcado desprecio por las jornadas de entrenamiento y la preparación física, desnudaron la obsolescencia de concepciones deportivas-futbolísticas profundamente arraigadas en todos los actores que componían el mundo del fútbol argentino: desde los jugadores, los entrenadores y los dirigentes, hasta los periodistas, los críticos, los intelectuales y los hinchas.

La revolución de Osvaldo Zubeldía radicó en la agudeza para comprender los signos de su época. Muy pocas de las ideas que implementó en Estudiantes fueron invenciones puramente de su genio. Su astucia estuvo dada por entender que en Argentina hacía falta jugar de otra manera, que era necesario mo-

dernizar ciertas pautas de juego para volver a ser competitivos en el plano internacional. La metáfora del laboratorio es la demostración más acabada de lo que hizo Zubeldía en Estudiantes: en el Country Club de City Bell encontró el lugar para desarrollar y sistematizar muchas de las ideas que habían surgido en su época de jugador y que deseaba implementar en su carrera como entrenador. En Estudiantes de La Plata pudo experimentar muchas de las jugadas que había visto en otros equipos del mundo, especialmente en los europeos, y que aquí en la Argentina ni siquiera eran conocidas.

De manera que el valor agregado de lo producido por Zubeldía tiene que ver no tanto con una capacidad creativa innata, sino con una lectura y una comprensión cabal de las limitaciones estructurales del fútbol de su época. Zubeldía es considerado un adelantado en su tiempo justamente por visualizar e introducir a mediados de los años 60 las transformaciones hacia las que avanzaría la práctica del fútbol en los siguientes 50 años. Si la década del 30 dio lugar a la *profesionalización económica* del fútbol argentino, en los años 60 se puede hablar de la *profesionalización deportiva* del fútbol en Argentina gracias al cimbronazo que generó el proceso de Estudiantes de La Plata conducido por Zubeldía.

Con la introducción de los entrenamientos a doble turno, las concentraciones antes de los partidos, una rigurosa preparación física, la confección de planes alimenticios y el estudio de los rivales, Zubeldía cambió el fútbol argentino para siempre. De la misma manera habían operado los nuevos esquemas tácticos, la presión sostenida y las jugadas preparadas. Estudiantes había sacado una gran ventaja sobre el resto de los equipos de su época a partir de estas disposiciones modernas. Para derrotar a clubes de este estilo, ya no alcanzaba con juntar un grupo de jugadores habilidosos técnicamente y soltarlos en el campo de juego a demostrar su talento. El fútbol había evolucionado, había dado un salto cualitativo muy importante hacia una con-

formación puramente competitiva y profesional.

Queda claro que los éxitos conseguidos a nivel nacional e internacional por Estudiantes le otorgaron legitimidad y proyección a las ideas de Zubeldía. La vigencia posterior de las transformaciones introducidas por el entrenador Pincha se sustentan en aquella serie de títulos obtenidos de manera inobjetable a fines de los años 60. Para que aquel proceso triunfara, debió existir una retroalimentación entre las ideas y los resultados: por un lado, existía por parte de Zubeldía una profunda convicción de que hacía falta modernizar al fútbol en ciertos aspectos deportivos para volver a ser competitivos. Pero por otra parte, toda aquella revolución conceptual que encontró su lugar y su tiempo en el Club Estudiantes de La Plata hacia fines de los años 60, debía refrendarse en una serie de resultados categóricos que otorgasen legitimidad al proceso. Los éxitos futbolísticos le otorgaron gran visibilidad al nuevo estilo explotado por Estudiantes y ello contribuyó a acelerar el proceso de modernización del fútbol argentino, que se había vuelto imperioso y que tenía un destino inexorable.

No fue el Estudiantes de Zubeldía la única experiencia en materia de modernización del fútbol en Argentina en los años 60. También el Racing de José Pizzuti dio cuenta de que un nuevo estilo de juego estaba ganando terreno en el fútbol local. Incluso la Selección Argentina de Juan Carlos Lorenzo y el breve paso de Zubeldía como entrenador de la misma, expresaron, aunque en menor medida, este cambio. Sin embargo, el caso Pincharrata se caracterizó por ser el modelo que representó más integralmente esta concepción renovadora gracias a su permanencia en el tiempo y el alcance de sus logros.

No obstante, este extenso prelude apenas permanece en la base material de lo sucedido y no despliega su análisis sobre las narrativas que se construyeron sobre el proceso de Zubeldía en Estudiantes, que en definitiva es lo que constituye el objeto de estudio de este trabajo. La pregunta central de la investigación

planteada en el comienzo, se cuestiona por qué el Estudiantes de Zubeldía es recordado como un equipo “antifútbol”. Por un lado, las estadísticas y los logros conseguidos por el Pincha hacia fines de la década del 60 muestran un proceso que cualquier club hubiese deseado transitar. Sin embargo, aquel equipo fue duramente cuestionado por la prensa deportiva de la época, bajo un sesgo netamente peyorativo. En ese sentido, a partir del análisis de las notas publicadas por la revista *El Gráfico* y el diario *El Día* se desprenden una serie de conclusiones que permiten conocer, al menos parcialmente, cómo se construyeron los discursos sobre la época dorada de Estudiantes.

Como primera medida, aquella gesta del Estudiantes de Zubeldía quebró el mito originario del fútbol argentino, del cual la revista *El Gráfico* se puede arrojar casi exclusivamente su invención y su trascendencia en el tiempo gracias a su usina discursiva. Desde sus páginas se instituyó que el fútbol argentino contaba como características únicas y distintivas el talento heredado del potrero, aquella desfachatez que les permitía a sus jugadores eludir rivales gracias al dominio de la gambeta y un espíritu irreverente poco sujeto a directivas tácticas. No era necesario que el entrenador –o el capitán en ese entonces– diera mayores indicaciones ni planificara el partido: los jugadores naturalmente habilidosos conducirían a la victoria liberados al azar de lo imprevisto, de lo espontáneo.

Este discurso formulado por la revista *El Gráfico* en la década del 20 funcionó como un mito muy eficaz para sentar las bases del fútbol argentino y para diferenciarlo fundamentalmente del fútbol practicado por los británicos que habían introducido el deporte en estas latitudes, que contaban con un estilo menos técnico y que pregonaban por un espíritu planificado, más colectivo y estructurado.

El argumento central de este discurso originario era la *pre-disposición natural* del jugador rioplatense, pero particularmente del argentino, a romper esquemas a través de la gam-

beta que había aprendido a realizar de chico en los potreros que se emplazaban en todas partes de la Argentina. Esta narrativa creó un imaginario que durante las primeras décadas del fútbol profesional tuvo un gran arraigo en los lectores de *El Gráfico* y en toda la opinión pública relacionada al mundo del fútbol, debido al potencial hegemónico de la revista para establecer sentidos sobre lo deportivo. Incluso, durante las primeras décadas, el mito originario fue muy efectivo dado que muchos de los jugadores argentinos eran muy codiciados en las ligas europeas y los equipos nacionales efectivamente eran muy competitivos en los diferentes certámenes internacionales, lo que reforzaba el ideario mitológico.

Sin embargo, hacia la década del 60, el fútbol había evolucionado en el plano internacional y aquella forma de jugar tan característica de los equipos argentinos fracasó estrepitosamente en el Mundial de Suecia de 1958. La categórica eliminación del seleccionado a manos de Hungría abrió ciertas fisuras en el discurso periodístico deportivo que había sido monolítico hasta ese entonces. Surgieron voces que comenzaron a cuestionar las prácticas desarrolladas en la Argentina y por primera vez, en las páginas de *El Gráfico* comenzaron a surgir ciertos discursos que abogaban por una modernización del fútbol argentino. De manera muy lenta, con ideas algo difusas y no sistematizadas, desde el semanario comenzaron a publicarse notas que reclamaban una reestructuración del fútbol argentino. Sin embargo, desde la redacción de *El Gráfico* nadie se imaginó que la encarnación de la modernización del fútbol argentino estuviera dada en Estudiantes de La Plata.

En ese sentido, la irrupción de Estudiantes generó una doble tensión en las narrativas. La modernización había llegado, pero no de la forma que era esperada: un equipo de los considerados “chicos” se había coronado campeón del Campeonato Metropolitano de 1967 y lo había hecho por fuera de las formas canónicas del fútbol argentino. Es decir, se había alzado campeón un

equipo sin jugadores de nombres rimbombantes gracias a una nueva metodología de entrenamiento y un nuevo estilo de juego que no se condecía con el estilo históricamente asociado al fútbol argentino. Este acontecimiento generó un cimbronazo en el discurso periodístico deportivo, ya que Estudiantes se enfrentaba a sentidos instalados durante más de 40 años en el fútbol argentino que habían cobrado valor de verdad y eran asumidos como parte de la identidad argentina. En el caso de *El Gráfico*, aquella primera conquista de 1967 fue vista como un acontecimiento *simpático*: se trataba de la primera vez que uno de los equipos considerados humildes se imponía sobre los poderosos. Ello no implicó que las notas alusivas a la consagración de Estudiantes arrastraran concepciones tradicionalistas y poco abiertas a los cambios introducidos. El nuevo estilo explotado por Estudiantes era analizado bajo las lógicas de los viejos discursos, por lo cual, muchas de sus características eran vistas negativamente, ya que eran diametralmente opuestas a lo que se esperaba de un campeón del fútbol argentino. En este sentido, el gran sostén del discurso conservador fue Dante Panzeri, el principal columnista deportivo del diario *El Día*, quien se encargaría de despreciar la gesta de Estudiantes por no enmarcarse en las concepciones futbolísticas recreadas históricamente por la prensa deportiva argentina.

Al año siguiente, en 1968, las tensiones y contradicciones discursivas aumentarían. El protagonismo ganado a nivel internacional gracias a la obtención de la primera Copa Libertadores recrudesció a los sectores más conservadores e instaló un conflicto de orden identitario en el fútbol argentino. Por un lado, 1968 es el año que se califica como “antifútbol” a Estudiantes de La Plata en varias de las notas publicadas por la revista *El Gráfico*. Esta categoría, que encierra numerosos sentidos, explica de forma cabal la crisis discursiva que atravesaba la prensa deportiva hacia fines de los años 60. La apelación a un concepto de orden casi fascista como lo es antifútbol, noción que

niega la entidad futbolística de un equipo justamente de fútbol, probablemente sea el punto de inflexión entre las viejas concepciones futbolísticas y las modernas.

El nuevo estilo de Estudiantes chocaba de frente contra un imaginario muy arraigado en la prensa deportiva y en la opinión pública del fútbol. En 1968 se produce un rechazo a la nueva forma de juego que propone Zubeldía. El status-quo periodístico no estaba preparado para asumir el verdadero alcance de la revolución encarnada por Estudiantes: la modernización del fútbol argentino implicaba no solo ordenar el plano dirigencial en la AFA y otorgarle mayor seriedad a la Selección Argentina, sino que se trataba de romper con las viejas concepciones futbolísticas muy efectivas en los albores del profesionalismo, pero que casi cuatro décadas después se habían vuelto obsoletas.

La propuesta de Zubeldía atentaba directamente contra el discurso hegemónico del fútbol en la Argentina. Por ello se le negó a Estudiantes su entidad como equipo de fútbol y en la construcción informativa se jerarquizaron los aspectos negativos como el uso de la violencia a la vez que se le atribuyó el uso de prácticas antirreglamentarias. Hubo una decisión explícita de privilegiar estos aspectos en lugar de las virtudes que tenía aquel equipo. Incluso la selección del léxico, con fuerte referencias a lo destructivo, lo ilegal, lo ilegítimo, lo tramposo, no fue azarosa. Las construcciones discursivas estaban destinadas a demonizar a aquel conjunto de jugadores.

Sin embargo, la conquista de la Copa Libertadores en 1968 supuso una disyuntiva en la revista *El Gráfico*: con la Selección Argentina a la deriva y los equipos considerados “grandes” del fútbol argentinos sin tanto protagonismo internacional, Estudiantes pasó a asumir la representación de lo nacional bajo un estilo y unas formas que no eran las que históricamente se identificaban con la Argentina. Si bien las metodologías y prácticas eran duramente cuestionadas, al momento de disputar finales,

El Gráfico decidió privilegiar la representatividad nacional de Estudiantes, suavizó sus críticas e incluso invisibilizó los costados negativos de aquel equipo, resignificando el concepto de antifútbol. El recurso más utilizado fue la atribución de las construcciones peyorativas a otras voces: no era *El Gráfico* quien acusaba de antifútbol a Estudiantes, sino la opinión pública, los lectores, los hinchas de fútbol.

La disputa de la Copa Intercontinental frente al Manchester amplió a niveles paroxísticos esta tendencia de la revista. En el duelo ante el conjunto inglés, ya no importaba Estudiantes y su nuevo modelo. Durante la previa del primer partido jugado en la Bombonera y tras la disputa del mismo, la prensa inglesa se había encargado de estigmatizar fuertemente las prácticas y las conductas de Estudiantes, al extremo de considerar *animales* a los jugadores argentinos. Debido a la trascendencia que se le otorgaba a la Copa Intercontinental, el agravio no era dirigido y tampoco fue recibido como un insulto hacia Estudiantes, sino hacia todo el colectivo de los argentinos que el equipo platense representaba. Incluso en la batalla ideológica-discursiva entre la prensa de un país y otro estaban presentes concepciones e imaginarios culturales-políticos que se arrastraban desde la época colonial. Por ello la prensa argentina, tanto *El Gráfico* como *El Día*, desnudaron posiciones chauvinistas y se alinearon retóricamente con la gesta del club. Planteado aquel escenario, Estudiantes se convirtió discursivamente en un digno representante de la argentinidad y demostró, a contracara de lo que se solía decir de aquel equipo, que había vencido a los ingleses con recursos, valores y prácticas transparentes y nobles.

En cierto sentido, la disputa de la final Intercontinental de 1968 superpuso la batalla cultural sobre la deportiva y las unió en una causa común: vencer al equipo inglés con todo lo que esa victoria implicaba. La prensa podía momentáneamente dejar de lado las tensiones de orden estilístico para encolumnarse detrás de la cruzada patriótica protagonizada por once mucha-

chos vestidos de rojo y blanco. De esta manera se explica por qué el discurso periodístico reformuló su relato, revalorizando el proceso de Estudiantes, que por otra parte, se encontraba en su clímax, lo cual volvía aún más sencillo para los medios el hecho de plegarse y destacar la actualidad tan positiva de aquel equipo de Zubeldía.

A principios de 1969, pasadas las mieles de la obtención de la Copa Intercontinental, Estudiantes no abandonó la senda victoriosa, sino que reforzó su saga de títulos con la conquista de la Copa Interamericana en febrero y el bicampeonato de la Copa Libertadores en mayo. Aquel equipo se había vuelto un asunto serio y estaba consiguiendo, quizás, lo más difícil de cualquier proyecto deportivo: permanecer en el primerísimo nivel. Los resultados positivos le otorgaban mayor legitimidad a la revolución conceptual encarada por Zubeldía. Lejos había quedado aquel equipo simpático de 1967 y tampoco perduraba la euforia de haber humillado a los ingleses en su propio pago, sin embargo, el conjunto platense seguía ganando y demostraba que las transformaciones ejecutadas por su cuerpo técnico no habían sido producto de un “milagro” -como se lo había presentado en un primer momento-, sino de un largo proceso de trabajo que estaba rindiendo sus frutos.

Llegado este punto, lo que había comenzado siendo una *crítica estilística* devino en una *crítica estética*. La solidez de la revolución zubeldiana no permitía que los discursos demonizantes hicieran mella sobre aquel grupo. Hasta ese entonces, las narrativas cuestionaban elementos de orden estilístico como el cariz defensivo, la disciplina, la especulación, la planificación, incluso el uso de la trampa y la violencia, entre otras atribuciones no más felices. Dado que ninguna de estas consideraciones detenían el avance de las transformaciones implementadas por Zubeldía y que las acusaciones sobre el abuso de la violencia y las infracciones del reglamento no tenían un sustento cabal y determinante en los hechos, las narrativas desplazaron la crítica

hacia cuestiones estéticas.

Las nuevas construcciones informativas sobre los partidos de Estudiantes sembraron la idea de que el fútbol practicado por el conjunto platense *no gustaba* porque era monótono, aburrido, sistemático. Los argumentos destinados a estigmatizar al club perdían peso vistos desde la razón y la lógica, al mismo tiempo que lo ganaban desde la subjetividad y el juicio de valor. El fútbol de Estudiantes comenzó a ser descalificado por una supuesta falta de belleza y de entretenimiento, como si se trataran de características analizables y cuantificables en un deporte profesional. La crítica estética desnudaba el costado más recalcitrante del discurso conservador, negado a abandonar las concepciones tradicionalistas arraigadas en el fútbol argentino. Para peor, la prensa estableció la asociación perversa entre *jugar lindo* y *jugar bien*, es decir, entre jugar de una forma agradable al espectador y jugar de una forma efectiva y eficaz. Esta homologación de conceptos que remiten a ideas completamente diferentes colaboró en el proceso de hostigamiento hacia Zubeldía y sus jugadores a la vez que dotó de un marco de legitimidad a las críticas que eran profundamente subjetivas.

En las narrativas hegemónicas sobre el fútbol en Argentina, sostenidas por el pilar del mito originario formulado por *El Gráfico*, jugar bien era sinónimo de jugar lindo o de forma vistosa, de presentar un espectáculo agradable a un otro, es decir, jugar de una forma complaciente con el paladar de los hinchas y periodistas. Esta construcción podría funcionar, en el mejor de los casos, en una lógica amateur como lo fue el fútbol en los años 20 en Argentina. Sin embargo, esta premisa se derrumba inmediatamente en un entorno profesional. Cuando existe una competencia formal y rentada, el componente estético pierde su valor. Se premia al equipo que más puntos obtiene y no al que deslumbra con su belleza y entretenimiento. De modo que jugar bien ya no puede ser medible por lo que se agrada a un otro, sino que debe ser evaluado por la efectividad de sus formas para

conseguir buenos resultados.

En este sentido, el nuevo estilo explotado por Estudiantes acabó con esta falsa sinonimia: se podía jugar bien al fútbol a contra marcha de los sentidos instalados sobre el fútbol lírico. A Zubeldía no le preocupaba jugar para gustar: su objetivo era jugar para ganar. Y la búsqueda de un buen funcionamiento del equipo tenía como destino último el mejor rendimiento para cosechar los mejores resultados, pero nunca estaba entre las principales preocupaciones ofrecer un espectáculo que fuese agradable a cierto público estereotipado. Este desprendimiento del componente estético supuso otro duro golpe a las narrativas deportivas hegemónicas, que chillaban de manera escandalosa ante lo que consideraban un fútbol poco vistoso y agradable al público y a la prensa. Para el discurso tradicionalista, Estudiantes no terminaba de convertirse en un gran equipo dado que no desplegaba un fútbol considerado bello en relación a los sentidos del gusto futbolístico que habían sido instalados y se sostenían desde la prensa hegemónica desde hacía 40 años.

Sin embargo, en octubre de 1969 se presentó la oportunidad que la prensa deportiva estaba buscando. Aquella noche en la Bombonera se produjo el gran paso en falso del Estudiantes de Zubeldía: la derrota de la serie frente al Milan por la final de la Copa Intercontinental. Aquel subcampeonato se construyó como la *página negra* del fútbol argentino, un intento desesperado de la prensa para argumentar a favor de la caída del nuevo proceso futbolístico que significaba Estudiantes. El discurso tradicionalista construyó su estigmatización en la *inconcebible violencia* desatada por los jugadores de Estudiantes para deslegitimar la transformación impulsada por el conjunto platense. Los jugadores se habían comportado como *delincuentes* y debían ser castigados con la cárcel. Alineados con la retórica política de un gobierno dictatorial en crisis, los medios avalaron el arresto en el penal de Devoto de tres de los jugadores de Estudiantes.

A partir de allí, las representaciones de lo *sucio* y de la *violencia* tendrían una fuerte pregnancia en las narrativas e imaginarios construidos posteriormente sobre Estudiantes. La *caída* frente al Milan invisibilizó todo lo positivo de las transformaciones de aquel equipo y dejó en la superficie, al alcance de los lectores, los elementos negativos. El proceso fue partido en dos: la época gloriosa fue asociada a un pasado lejano y todo lo sucedido desde octubre del 69 en adelante correspondía a otro Estudiantes. Este reordenamiento de las narrativas borró los elementos disruptivos de aquella gesta: el nuevo Estudiantes ya no representaba la pretendida modernización. El primer antecedente de este nuevo orden discursivo fue la conquista de la tercera Copa Libertadores en 1970, que fue construido como una revancha de Estudiantes para *limpiar* su imagen, fuertemente descreditada en los últimos meses de 1969, al mismo tiempo que arrastraba ciertas virtudes del *viejo* Estudiantes de la etapa dorada.

La imagen de los jugadores y el entrenador del equipo platense descendiendo por el túnel que llevaba a los vestuarios de la Bombonera publicada por *El Gráfico*, fue la metáfora más acabada del fin del proceso zubeldiano y su consiguiente desaparición de su lugar de privilegio en las narrativas deportivas de la época. Las finales frente al Feyenoord recibieron una cobertura mucho menor a la dedicada en los últimos años a Estudiantes, lo cual testimoniaba el final de la revolución llevada adelante por Zubeldía y el cese temporal de las tensiones en las narrativas mediáticas.

De esta forma, durante la década del 70 se abriría un período en el que se reivindicaría la vuelta a los mentados orígenes del fútbol argentino, encarnados en la figura del entrenador Cesar Luis Menotti, quien se consagraría campeón con Huracán del Torneo Metropolitano de 1973 y conquistaría la Copa del Mundo con la Selección Argentina en 1978, en medio de la más sangrienta dictadura cívico-militar. Sin embargo, el proceso

zubeldiano había dejado su huella en la historia: había acabado con la identidad unívoca del fútbol argentino y los discursos posteriores tendieron a radicalizarse sobre la base de sus nuevos representantes: Menotti, como abanderado del estilo fundacional y Carlos Bilardo, como heredero de la modernización establecida por su padre futbolístico, Osvaldo Zubeldía.

Las narrativas sobre la época dorada de Estudiantes de La Plata bajo la conducción técnica de Osvaldo Zubeldía, dejan como saldo principal la crisis del mito originario del fútbol argentino junto con el asentamiento y la consolidación de un *nuevo paradigma* discursivo en la prensa deportiva, que trascendería el período histórico estudiado y estructuraría los siguientes 50 años de periodismo deportivo en Argentina. Si el desastre de Malmö en 1958 introdujo la idea de que el fútbol argentino estaba sumido en el atraso conceptual, la revolución metodológica-táctica-estratégica impulsada por Zubeldía generó ciertas tensiones y contradicciones en un discurso periodístico que había sido hegemónico y monolítico hasta ese momento. Por un lado, Dante Panzeri, el principal columnista deportivo del diario *El Día* debido a su trayectoria y su prestigio, fue quizás la voz más decididamente conservadora de la prensa deportiva. Las críticas más virulentas y descalificadoras al proceso de Estudiantes provinieron desde sus opiniones volcadas en el diario más importante de la Ciudad de La Plata, en las cuales reivindicó deliberadamente la perspectiva tradicionalista del fútbol argentino.

Del mismo lado se ubicaron los editoriales de la revista *El Gráfico*, firmados usualmente por Carlos Fontanarrosa y Constancio Vigil, quienes a través de lo que contaban, pero mucho más a través de lo que omitían, expresaron el histórico posicionamiento del semanario con respecto al canon del fútbol argentino. La invisibilización de ciertos hechos correspondientes al proceso de Estudiantes tanto en los editoriales como en la tapa de la revista —de la cual eran los principales responsables de su

producción en calidad de Director Editorial y Director Ejecutivo respectivamente- dejó en claro que la línea editorial de la revista se movería muy poco de su posición conservadora.

Por otra parte, la vertiente pretendidamente modernizadora de la revista *El Gráfico* se verificó en las notas firmadas por el periodista Julio Cesar Pasquato, alias Juvenal, y en menor medida, por las publicadas por Osvaldo Ardizzone. En el cuerpo de noticias correspondientes a estos periodistas se adivinan ciertas huellas de un discurso renovado, con valoraciones y conceptualizaciones que buscaban demostrar que un nuevo estilo de juego era posible en el fútbol argentino. Sin embargo, la construcción de sus narrativas muchas veces quedó presa de prejuicios y sentidos instalados durante más de 40 años por la prensa deportiva, y en particular por el propio medio desde el que escribían, que no posibilitaron una verdadera transformación de sus discursos que demostrara una sincera apertura hacia la revolución de Zubeldía.

El principal exponente del nuevo paradigma discursivo de la época sobre la base de los medios analizados fue Marcos Aronín, alias “My Space”, quien introdujo de manera cabal un discurso moderno y consustanciado con la prédica de Osvaldo Zubeldía. Sus columnas, publicadas en el diario *El Día*, confrontaron directamente con las firmadas por Dante Panzeri. En cada una de ellas puso en evidencia el atraso conceptual futbolístico y abogó por las ideas modernas y transformadoras que redundarían en un fútbol más competitivo y profesional. Su narrativa fue abiertamente rupturista con el discurso tradicionalista: la construcción del hecho futbolístico estaba dada bajo el nuevo paradigma.

La coexistencia de posturas diametralmente opuestas en *El Día* marcó la tensión discursiva de la época, en la que periodistas del mismo diario se enfrentaron dialécticamente a través de sus páginas. Al tratarse de un medio dedicado a todo tipo de información y no específicamente a la deportiva, su línea

editorial con respecto a lo deportivo fue menos definida que la de una revista dedicada al deporte como lo era *El Gráfico*. Sin embargo, la inclusión de las columnas marcadamente conservadoras de Dante Panzeri en un diario que tenía como público principal a los ciudadanos platenses y entre ellos, a una gran cantidad de lectores hinchas de Estudiantes de La Plata, denotó un intento por encender la polémica en este sentido. Las respuestas que Dante Panzeri recibía del público a través de la carta de lectores junto con las réplicas de Marcos Aronín desde las mismas páginas del diario, evidenciaron el lugar que el diario le destinaba a estos cruces.

La introducción y perdurabilidad de la categoría *antifútbol* en la Argentina demostró, una vez más, el enorme peso de las narrativas periodísticas al momento de construir hechos, establecer sentidos y formular verdades. En la actualidad, el Estudiantes de Zubeldía es recordado por propios y ajenos como el Estudiantes del antifútbol debido a los discursos que proliferaron a fines de la década del 60 en la prensa deportiva. Con el paso del tiempo, el concepto se fue resignificando a la vez que fue reapropiado por los mismos hinchas de Estudiantes, quienes lo han vuelto un elemento definitorio de su identidad como club desde una nueva perspectiva. El propósito de este trabajo fue buscar una explicación profunda y contextualizada del quiebre en las narrativas que significó el proceso de Estudiantes de La Plata dirigido por Zubeldía a través del análisis de un corpus de noticias publicadas por un fragmento de la prensa deportiva. Tras asumir el desafío de esta investigación como un verdadero reto profesional, espero haber ofrecido respuestas que se aproximen a saldar el objetivo inicial.

Bibliografía

- ALABARCES, P, COELHO, R y SANGUINETTI, J. (2001). “Treacheries and Traditions in Argentinian Football Styles: The Story of Estudiantes de La Plata”, en AMSTRONG, A & GIULIANOTTI, R. (eds.). *Fear and Loathing in World Football*. London, UK: Berg.
- ALABARCES, P. (2004). “Entre la banalidad y la crítica: Perspectivas de las Ciencias Sociales sobre el deporte en América Latina”. En revista *Memoria y civilización*. Anuario de Historia de la Universidad de Navarra, Vol. 7: “Ocio e historia”, Pamplona: Univ. de Navarra.
- ALABARCES, P. (2006). “Esporte”, en Sader, Emir; Ivana Jinkings; Rodrigo Nobile; Carlos Eduardo Martins (orgs.): *Enciclopedia Contemporánea de América Latina y el Caribe*. Rio de Janeiro: LPP (UERJ)-Boitempo Editorial.
- ALABARCES, P. (2007). *Fútbol y Patria. El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina* (segunda edición). Buenos Aires, Argentina: Prometeo libros.
- ALABARCES, P. (2011). “Veinte años de ciencias sociales y deportes, diez años después”. *Revista da ALESDE*. Curitiba, v.1, n.1, p.11-22.
- ANGENOT, M. (2012). *El discurso Social. Los límites*

históricos de lo pensable y lo decible. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno editores.

- ARDIZZONE, O. (22 de octubre de 1968). “La verdad de Estudiantes”. *El Gráfico*. (N° 2559). pp.68-74.
- ARDIZZONE, O. (27 de mayo de 1969). “¿A usted no le gusta el fútbol de Estudiantes?”. *El Gráfico*. (N° 2590). pp.25-26.
- ARDIZZONE, O. (12 de mayo de 1970). “Y Estudiantes volvió a ser el de antes”. *El Gráfico*. (N° 2640). pp.20-21.
- ARDIZZONE, O. (1 de septiembre de 1970). “Y... ¿Todavía sigue creyendo en el Laboratorio?...”. *El Gráfico*. (N° 2656). pp.24-25.
- ARCHETTI, E. (1995). “Estilo y virtudes masculinas en *El Gráfico*: la creación del imaginario del fútbol argentino”, en *Desarrollo económico*, vol. 35, n°139. Buenos Aires, Argentina: IDES, octubre-diciembre.
- ARCHETTI, E. (2005). “El deporte en Argentina (1914-1983)” en Trabajo y Sociedad. Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas. N° 7, vol. VI, junio- septiembre de 2005, Santiago del Estero, Argentina.
- ARCHETTI, E. (2008). “El potrero y el pibe. Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino”, en *Horizontes Antropológicos*, Porto Alegre, año 14, n. 30, p. 259-282.
- BAÑEZ, F. (2012). *Zorro Viejo: la leyenda de Osvaldo Zubeldía*. La Plata, Argentina: Al arco ediciones.
- BAUSO, M. (comp.)(2013). *Dirigentes, decencia y wines. Obra periodística de Dante Panzeri*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.
- BILARDO, C. (2014). *Doctor y campeón*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Planeta.
- BLANCO, E. J. (1971). *Fútbol y conciencia nacional. El caso Estudiantes de La Plata*. La Plata, Argentina: Defensa.
- BOROCOTÓ. (16 de junio de 1928). *El Gráfico*. (N°

467). p.7.

- BOROCOTÓ. (11 de agosto de 1950). *El Gráfico*. (N° 1618). p.48.
- CHARAUDEAU, P. (2003). *El discurso de la información. La construcción del espejo social*. Barcelona: Gedisa.
- CLUB ESTUDIANTES DE LA PLATA. (2015). *Estudiantes de La Plata: 110 aniversario*. La Plata, Argentina: Troupe Comunicación.
- DI GIANO, R. (2005). *Fútbol y cultura política en la Argentina: identidades en crisis*. Buenos Aires, Argentina: Leviatán.
- DI GIANO, R. (2006). *El fútbol y las transformaciones del peronismo*. Buenos Aires, Argentina: Leviatán.
- *EL DÍA* (27 de septiembre de 1968). “Un fin que no aparece claro”. *El Día*, p.11.
- *EL DÍA* (27 de septiembre de 1968). “En Londres atacan duramente a Estudiantes. Trasmítiose una imagen distorsionada del match”. *El Día*, p.11.
- *EL DÍA* (28 de septiembre de 1968). “La prensa británica sigue atacando a los albirrojos”. *El Día*, p.9.
- *EL DÍA* (octubre de 1968). “El equipo campeón del mundo fue agasajado por el Presidente Onganía”. *El Día*, p.10.
- *EL DÍA* (octubre de 1968). “El equipo campeón del mundo fue agasajado por el Presidente Onganía”. *El Día*, p.10.
- *EL DÍA* (16 de mayo de 1969). “Premio al tesón y disciplina de juego”. *El Día*, p.18.
- *EL DÍA* (16 de mayo de 1969). “Diestro plan destructivo”. *El Día*, p.11.
- *EL DÍA* (23 de mayo de 1969). “Un campeón cabal pero que no se decide a jugar para gustar”. *El Día*, p.13.
- *EL DÍA* (23 de mayo de 1969). “El afán utilitario restó brillo”. *El Día*, p.13.

- *EL DÍA* (23 de mayo de 1969). “Laboratorio sí. Pero también hombres que no se achican en ningún terreno”. *El Día*, p.12.
- *EL DÍA* (23 de octubre de 1969). “La violencia de los jugadores no debe servir para manchar el club”. *El Día*, p.1.
- *EL DÍA* (24 de octubre de 1969). “Severos juicios emite la prensa local”. *El Día*, p.12.
- *EL DÍA* (25 de octubre de 1969). “Estudiantes denuncia que se lo hace objeto de una campaña tendenciosa”. *El Día*, p.11.
- *EL DÍA* (29 de mayo de 1970). “Una victoria de limpieza alentadora”. *El Día*, p.7.
- *EL DÍA* (27 de agosto de 1970). “Estudiantes igualó en dos goles con el Feyeenord de Holanda”. *El Día*, p.1.
- *EL DÍA* (2005). *Estudiantes del Mundo. 100 años de gloria*. La Plata, Argentina: diario *El Día*.
- *EL GRÁFICO* (7 de julio de 1928). *El Gráfico*. (N° 470). p.15.
- *EL GRÁFICO* (8 de agosto de 1967). *El Gráfico*. (N° 2496). p.1.
- *EL GRÁFICO* (7 de mayo de 1968). “Estudiantes ya es Argentina”. *El Gráfico*. (N° 2535). p.1.
- *EL GRÁFICO* (14 de mayo de 1968). “¿Qué hay que hacer en Montevideo.?” *El Gráfico*. (N° 2536). p.52.
- *EL GRÁFICO* (28 de octubre de 1969). “La página más negra del fútbol argentino”. *El Gráfico*. (N° 2612). p.22-24.
- *EL GRÁFICO* (28 de octubre de 1969). “Osvaldo Zubeldía contra la pared”. *El Gráfico*. (N° 2612). p.10-11.
- *EL VECO*. (1 de octubre de 1968). “Las invasiones inglesas”. *El Gráfico*. (N° 2556). p.18.
- FABBRI, A. (2008). *Historia negras del fútbol argentino*. Buenos Aires, Argentina: Capital Intelectual.
- FABBRI, A. (2012). *El nacimiento de una pasión conti-*

mental: Historia de todos los clubes que jugaron la Libertadores. Buenos Aires, Argentina: Capital Intelectual.

- FONTARROSA, C. (30 de abril de 1968). “Fútbol”. *El Gráfico*. (N° 2534). p.3.
- FONTANARROSA, C. (21 de mayo de 1968). “Estudiantes y el ‘antifútbol’”. *El Gráfico*. (N° 2537). p.3.
- FONTANARROSA, C. (28 de octubre de 1969). “Para hoy y para siempre”. *El Gráfico*. (N° 2612). p.3.
- FONTANARROSA, C. (12 de mayo de 1970). “Y ustedes qué van a decir ahora que ganó Estudiantes”. *El Gráfico*. (N° 2640). p.3.
- FRYDENBERG, J. (2013). *Historia Social del fútbol: del amateurismo a la profesionalización*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- GARAY, P. E. (2012). “‘La nuestra’ El sentido social del gusto por el fútbol espectáculo” en *Congreso de Periodismo y Medios de Comunicación*. La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.
- JUVENAL. (8 de agosto de 1967). “Un triunfo de la nueva mentalidad”. *El Gráfico*. (N° 2496). p.8.
- JUVENAL. (2 de abril de 1968). *El Gráfico*. (N° 2530). p.52.
- JUVENAL. (1 de octubre de 1968). “La pobreza de una final del mundo”. *El Gráfico*. (N° 2556). pp.16-21.
- JUVENAL. (5 de noviembre de 1968). “Algo está pasando en el fútbol argentino”. *El Gráfico*. (N° 2561). pp. 30-33.
- JUVENAL. (17 de junio de 1969). “¿Qué puede prestarle Estudiantes a la Selección?”. *El Gráfico*. (N° 2593). pp. 48-50.
- JUVENAL. (7 de octubre de 1969). “‘Somos el fútbol argentino, aunque muchos no piensen así?...’”. *El Gráfico*. (N° 2609). pp.4-8.
- JUVENAL. (2 de junio de 1970). “La limpia revancha

de Estudiantes”. *El Gráfico*. (N° 2643). pp.20-21.

- JUVENAL. (1 de septiembre de 1970). “Estudiantes regaló media Copa (aunque todavía no perdió la otra mitad)”. *El Gráfico*. (N° 2656). Pp. 18- 21.

- KARAM, T. (2005). “Una introducción al estudio del discurso y al análisis del discurso”. *Global Media Journal*, vol. 2, núm. 3, primavera 2005. México: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.

- LA HISTORIA. “La gloria para la eternidad”. La Historia Nro. 9 en *Revista Animals*. p.6.

- LA HISTORIA. “Crónica de una noche triste (y violenta)”. La Historia Nro. 11 en *Revista Animals*. p.8.

- LÓPEZ, A. & LÓPEZ, M. H. (2012). “Primeros apuntes del periodismo deportivo en Argentina”, en López, Andrés y otros; Cuaderno de cátedra Periodismo Deportivo I, La Plata, UNLP. Facultad de Periodismo y Comunicación Social.

- MARELLI, R. (1978). *Estudiantes de La Plata. Campeón Intercontinental*. Buenos Aires, Argentina: Norte distribuidora editorial.

- MAZYPINCHA. (26 de mayo de 2011). Primera final de la Libertadores del '70 ante Peñarol. [Entrada en blog]. Mazypincha. Recuperado de: <http://mazypincha.blogspot.com.ar/2011/05/primera-final-de-la-libertadores-del-70.html> Fecha de consulta: 27-11-2016.

- MAZYPINCHA. (27 de mayo de 2011). Estudiantes Tricampeón de la Copa Libertadores de América 1970. [Entrada en blog]. Mazypincha. Recuperado de: <http://mazypincha.blogspot.com.ar/2011/05/estudiantes-tricampeon-de-la-copa.html>. Fecha de consulta: 27-11-2016.

- MAZYPINCHA. (8 de septiembre de 2012). Primera final Intercontinental de 1969 entre Estudiantes y Milan. [Entrada en blog]. Mazypincha. Recuperado de: <http://mazypincha.blogspot.com.ar/2012/09/primera-final-intercontinental-de-1969.html> Fecha de consulta: 27-11-2016.

- MAZYPINCHA. (5 de julio de 2013). Final Intercontinental de 1969 entre Estudiantes y Milan. [Entrada en blog]. Mazypincha. Recuperado de: <http://mazypincha.blogspot.com.ar/2013/07/final-intercontinental-de-1969-entre.html>. Fecha de consulta: 27-11-2016.
- MORENTE, N. (2011). *Osvaldo Zubeldía: a la gloria no se llega por un camino de rosas*. Buenos Aires, Argentina: Corregidor.
- MY SPACE. (18 de mayo de 1968). “Primer apunte: TRABAJO. Segundo apunte: PLANIFICACIÓN. Tercer apunte: ¡HUMILDAD!”. *El Día*, p. 9.
- MY SPACE. (15 de octubre de 1969). “Contestando a Panzeri”. *El Día*, p.14.
- PANZERI, D. (9 de agosto de 1967). “¿Qué digo yo?... ¡NO! ¿Qué dicen ellos?”. *El Día*, p.11.
- PANZERI, D. (21 de mayo de 1968: 11). “Fútbol con guantes blancos”. *El Día*, p.11.
- PANZERI, D. (24 de mayo de 1968: 11). “El ruido del antibochinche”. *El Día*, p.8.
- PANZERI, D. (4 de octubre de 1968). “No nos hagamos los ingleses... (queda feo)”. *El Día*, p.12.
- PANZERI, D. (9 de octubre de 1968). “Historia del éxito del off side”. *El Día*, p.13.
- PANZERI, D. (25 de mayo de 1969). “Estudiantes: fútbol de una sola ‘G’: GANAR”. *El Día*, p.9.
- PANZERI, D. (14 de octubre de 1969). “¿Quién salva a los salvadores?”. *El Día*, p.15.
- PANZERI, D. (2011). Fútbol. Dinámica de lo impensado. Madrid, España: Capitán Swing (año de publicación del libro original; 1967)
- RODRÍGUEZ, W. (2006). *El dictador contra Estudiantes de La Plata. Cómo ser campeones en los tiempos de Onganía*. Buenos Aires, Argentina.
- SCHER, A. y PALOMINO, H. (1988). *Fútbol: pasión*

de multitudes y de elites. *Un estudio institucional de la Asociación del Fútbol Argentino (1934-1986)*. Buenos Aires, Argentina: CISEA.

- SEBRELI, J.J. (1998). *La era del fútbol*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.
- SOMOS FUTBOLEROS [sirjohnpenguin4] (15 de junio de 2016). Somos futboleros – 15 de junio de 2016 [Archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=RPLEdyMspLM> Fecha de consulta: 15-03-17.
- SZTAJNSZRAJBER, D. (23 de junio de 2014). Del resultadismo a la utopía del juego lindo. 442. Perfil. Recuperado de: <http://442.perfil.com/2014-06-23-289225-del-resultadismo-la-utopia-del-juego-lindo/> . Fecha de consulta: 3-03-2017.
- SZTAJNSZRAJBER, D. (02 de julio de 2014). Los mil modos de antifútbol. 442. Perfil. Recuperado de: <http://442.perfil.com/2014-07-02-292047-los-mil-modos-de-antifutbol/> . Fecha de consulta: 3-03-2017.
- VALENTINO, A. y FINO, C. (2013). “El discurso de la información de la catástrofe. El caso de las inundaciones de La Plata”. *Question*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- VARGAS, W. (16 de octubre de 2016). “A 48 años de la gesta de Estudiantes en Manchester”. *El Día*. Recuperado de: <http://www.eldia.com/nota/2016-10-16-a-48-anos-de-la-gesta-de-estudiantes-en-manchester> . Fecha de consulta: 5-11-2016.
- VIGIL, C. (22 de octubre de 1968). “Sobre ‘Animals’ y ‘Gentlemen’”. *El Gráfico*. (N° 2559). p.3.
- ZUBELDÍA, O. y GERONAZZO, A. (1965). *Táctica y Estrategia del fútbol*. Buenos Aires, Argentina: Jorge Álvarez, editor.

